

5

MEMORIAS DE RESISTENCIA Y SOBREVIVENCIA

Por muchos años prevaleció en la memoria de los habitantes de la ciudad y del país el relato sobre las violencias asociadas al conflicto armado en Medellín. No obstante, al mismo tiempo, pero de modo menos visible, se construía el relato de las resistencias. Si bien algunos habitantes de la ciudad fueron indiferentes, indolentes, temerosos e incluso hubo quien fue oportunista frente a las complejas situaciones que en el marco del conflicto armado vivían buena parte de los habitantes de Medellín, otros encontraron la forma de hacer sus vidas, proteger a sus familias y vecinos, relacionarse con los actores armados, comprender su entorno y saber cómo hacer las cosas para no correr riesgos; organizarse para sobreponerse al miedo, para ocupar los espacios que

la guerra pretendía cooptar; utilizar todos los recursos disponibles para hacerle frente a la violencia, decir lo que pensaban, proponer alternativas, denunciar. En últimas, para sobrevivir y resistir.

En este capítulo se abordarán las memorias de resistencia y supervivencia de los habitantes de Medellín; se mostrarán algunas de las formas como los sujetos padecieron las violencias, pero también, cómo las enfrentaron, evadieron, negociaron para sobrellevarlas, adaptarse, y redefinir órdenes, relaciones y estructuras sociales (Ortega Martínez, 2008; Uribe de Hincapié, 2006). Es preciso resaltar lo profuso de las acciones, organizaciones, iniciativas y procesos que han existido en la ciudad. La ciudad resistió y sobrevivió porque sujetos, comunidades y colectivos se organizaron, por su capacidad para comprender su entorno, trabajar juntos y superar sentimientos como el miedo, la angustia y la desesperanza. En la ciudad se dio una confluencia de acciones individuales, de organizaciones sociales y respuestas institucionales que permitió encontrar salidas a momentos de crisis. Fue también central la participación de agencias de cooperación internacional, como veremos más adelante y como se mostró en los capítulos anteriores.

Se parte del supuesto de que los sujetos tienen capacidad de agencia, es decir, la capacidad y la posibilidad de maniobra y transformación de las condiciones del contexto¹⁵³. Queremos resaltar, primero, el carácter intersubjetivo de los procesos sociales y, segundo, la capacidad-posibilidad de los actores individuales y colectivos de producir efectos y modificaciones

153 La categoría de agencia la retomamos del análisis que para el caso colombiano hacen García, Guzmán y otros (2014). Según los autores, el concepto *agencia* incorpora hábitos, elementos y recursos del pasado, formas de hacer las cosas; pero también una orientación hacia el futuro, identificar nuevos sentidos, resignificar experiencias, crear soluciones novedosas para responder a demandas y contingencias, reflexionar comparativa e históricamente sobre las problemáticas. De este modo los autores se distancian de las condiciones binarias de obediencia/desobediencia, cooperación/no cooperación, para centrarse en el concepto de agencia que permite entender las variadas posiciones que los sujetos pueden asumir respecto a los patrones de acción y pensamiento y a las capacidades de maniobrabilidad y transformación de las condiciones del contexto (página 6).

de contextos coercitivos y de violencia mediante el despliegue de diversas prácticas (García y otros, 2014, página 10). Dentro de la investigación se analizarán dos modalidades de agencia: la resistencia y la sobrevivencia, que pueden presentarse de manera combinada o diferenciada.

Por repertorio de resistencia se entiende aquí aquellas acciones de oposición, confrontación, inconformidad por parte de sujetos y colectivos, frente a estrategias de dominación de grupos armados relacionados con el conflicto armado, que involucran prácticas prioritariamente no violentas (García y otros, 2014, página 11). Una lucha sin armas que supone un aprendizaje y una conciencia del riesgo. Por ello la resistencia cobra importancia en las organizaciones sociales a la luz de ciertos ideales de ciudadanos que se asumen como sujetos de derecho. En este contexto ganan importancia el recurso de la palabra y el uso de prácticas convencionales como las marchas, los plantones, las huelgas, pero también otras más sorprendidas, creativas y simbólicas (Osorio, 2001, página 71). También se entiende el concepto de acciones de resistencia como aquellas prácticas que buscan restituir, de alguna forma, la cotidianidad de los lugares, la “normalidad”, esto es, la posibilidad de existencia por fuera del marco de orden que se pretende implantar.

Pero la guerra y la violencia asociada a ella imponen, más allá de la resistencia, unas prácticas de sobrevivencia en las que las negociaciones, los cruces, los acuerdos contingentes, los pactos y las alianzas transitorias resultan ser muy eficaces para protegerse, mantenerse con vida y poner algunos límites a las acciones de los grupos armados (Uribe de Hincapié, 2006). Por repertorio de modos de sobrevivencia se entienden aquellas formas de hacer “algo”, procedimientos silenciosos usados cuando la situación no favorece el uso de interpelaciones abiertas o de acciones colectivas públicas de rechazo. En tales situaciones los ciudadanos apelan a prácticas de sobrevivencia que no llaman la atención de quien ostenta el poder, pero que logran hacer más fácil el día a día. Este tipo de

acciones no son visibles y pasan desapercibidas por mucho tiempo, pero en el relato de los habitantes de la ciudad estas emergen con fuerza pues encontraron formas de sobrevivir y de resistir, fracturando por lo bajo las estructuras de dominación de los actores armados.

No quiere decir esto que haya una separación clara entre acciones de resistencia y sobrevivencia. Ambas coexisten, se relacionan y sus fronteras son porosas. Tampoco que sea más importante una que la otra o que deba darse una secuencia predetermined. Serán el contexto y las posibilidades de acción de los pobladores los que determinen el recurso a una u otra. Centrar la atención en el repertorio de resistencias y sobrevivencia permite indagar por la astucia, la creatividad, la diversidad de las prácticas cotidianas de los sujetos frente al conflicto. Estas acciones dan luces para responder a la pregunta de por qué los habitantes de Medellín no sucumbieron ante la violencia asociada al conflicto armado.

En cuanto a las acciones colectivas de resistencia es posible caracterizar tres períodos: el primero va de 1982 a 1994 y está marcado por acciones colectivas orientadas a la defensa de los derechos humanos y el derecho a la vida. En el segundo, 1995-2005, las víctimas irrumpen en el espacio público, haciendo evidentes los daños y las pérdidas que el conflicto armado les había provocado y reclamando por políticas públicas de atención a esta población. En el tercero, 2006-2014, aumentan las iniciativas de memoria como eje de resistencia frente a la pretensión de olvido. Este último período se destaca por la consolidación de las organizaciones sociales, sus denuncias sobre los daños causados por la guerra y la exigencia de justicia y reconocimiento de ese daño.

En segunda instancia se abordarán las formas de sobrevivencia y resistencia en lo cotidiano, el día a día de los pobladores, pequeñas e invisibles formas con las que los ciudadanos lograron mantenerse con vida, recuperar su dignidad y sobreponerse al miedo.

5.1.

Por la defensa de los derechos humanos y el derecho a la vida: 1982-1994

Durante este período se presentaron acciones colectivas de denuncia y resistencia frente a la violencia política del Estado y los grupos paramilitares. En medio de uno de los momentos más aciagos de la historia de la ciudad surgieron organizaciones sociales y culturales importantes que tendrían un fuerte protagonismo en el período siguiente. Las acciones ciudadanas demandaban la defensa de la vida y la necesidad de establecer un pacto social que pusiera fin a la violencia que la ciudad vivía.

5.1.1.

La defensa de los derechos humanos como resistencia frente a la violencia política

La mayoría de las acciones registradas en este momento están asociadas a la violencia política, el exterminio de la Unión Patriótica (UP), la desaparición forzada y el asesinato de sindicalistas, líderes comunitarios y defensores de derechos humanos. Sus protagonistas son las organizaciones de derechos humanos y en particular el Comité de Defensa de los Derechos Humanos de Antioquia y el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos. El sentido de las acciones era la defensa de los derechos humanos, pero este discurso fue estigmatizado y asociado con la izquierda armada, lo que generó a su vez asesinatos, amenazas y desapariciones hacia aquellos que promulgaban estas denuncias de violaciones de los derechos humanos: “Lo cierto del caso es que en todos los ires y venires, quienes teníamos cierta convicción sobre los derechos humanos empezamos a ser señalados por la fuerza pública como guerrilleros” (CNMH, Grupo Focal Defensores de Derechos Humanos, hombre, Medellín, 2015).

En los testimonios son repetidas las referencias a la “guerra sucia” que marcó a los movimientos sociales y comunitarios. Esta condujo a la disminución, neutralización y al cambio en su repertorio de acciones, especialmente hacia aquellos orientados a hacerse menos visibles y camuflarse. En particular, obligó a desplegar un nuevo discurso público de lucha que dejó de ser reivindicativo y contra estatal para asumir la forma de un discurso en pro de los derechos humanos, bajo el supuesto de que así estarían más protegidos:

Esa coyuntura de los ochenta hace emerger una cantidad de grupos que ya se denominaban defensores de derechos humanos, que eran la única forma de actuar en política, eso nos permitía hacer relaciones internacionales, reunarnos con el alcalde, etc. Con esto el movimiento social encontró una forma de hacer unas jugadas (CNMH, grupo focal defensores de derechos humanos, hombre, Medellín, 2015).

Pero el discurso público sobre los derechos humanos también provocó discusiones en las organizaciones sociales en torno a cuál era su alcance y su nivel de compromiso:

El tema de los derechos humanos lleva a un fuerte debate en la ciudad en relación con quiénes eran los responsables de esas violaciones, si era sólo el Estado o si había otros responsables. Esos debates tenían que ver con lo siguiente: lo primero, sobre quién viola los derechos humanos y estoy hablando de la década de los ochenta. Hay una respuesta inmediata: el Estado, el Estado es el único que viola los derechos humanos, pero alguien dijo: el Estado es el principal violador pero no el único, los particulares también violan los derechos. [...] Y entonces aquí aparece el debate sobre la dimensión jurídica de los derechos humanos y luego la dimensión ética de los derechos humanos. Todo ese debate se movía mucho ya no sólo en las organizaciones de derechos humanos sino también en las organizaciones no gubernamentales, o sea, ya se movía

ese debate en el IPC, en la Escuela Nacional Sindical, en el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, a nivel nacional el CINEP, el Comité Permanente de Derechos Humanos (CNMH, entrevista, hombre, defensor de derechos humanos, Medellín, 2015).

En este escenario cobró protagonismo el papel desempeñado por el Comité de Defensa de los Derechos Humanos (CDDH), presidido por Héctor Abad Gómez. El Comité se preocupó por el creciente número de asesinatos y desapariciones forzadas que se registraban en Medellín, denunciaba públicamente las múltiples violaciones a los derechos humanos por parte de las fuerzas de seguridad del Estado, pero también las acciones de los grupos paramilitares y sus vínculos con otros sectores de la sociedad.

El CDDH lideró diferentes acciones orientadas a despertar debates y a concientizar a la ciudadanía acerca de lo que estaba pasando. En sus columnas de opinión en el periódico *El Mundo* Héctor Abad Gómez y Alberto Aguirre señalaban las violaciones a los derechos humanos que sucedían en Medellín y en el departamento, responsabilizaban al Ejército y los grupos paramilitares, pero también a la guerrilla de las acciones contra la población civil. Para lograr que el tema de la desaparición forzada y la violencia política fuera visible, el Comité organizó eventos en la ciudad, ejemplos de ellos fueron el primer Foro Nacional por los Desaparecidos y la conmemoración del primer aniversario de los acontecimientos ocurridos en el Palacio de Justicia el 6 y 7 de noviembre de 1986.

La UP, apoyada por el CDDH, lideró manifestaciones en contra de la violencia política y el asesinato de sus integrantes. El 12 de septiembre de 1986, la UP convocó a la jornada Canto a la Vida por la Paz y veinte mil personas se unieron a la marcha. Días después, el 29 de septiembre, la coordinación departamental de la UP convocó al CDDH y a otros sectores de la ciudad al Gran Acto de Convergencia por el Derecho a la Vida que se realizó en el Parque de Berrío.

Entre 1984 y 1986 es necesario destacar dos acciones realizadas por iniciativa de familiares de víctimas de desaparición forzada. Se nombran, no porque sean los únicos, sino por haber sido representativos de un sector de la población que, sin tener ningún vínculo con organizaciones de defensa de los derechos humanos y ninguna experiencia en el trabajo político, buscaron apoyo en estas organizaciones para denunciar la desaparición de sus hijos; usaron un repertorio de acciones novedoso para denunciar los hechos y darle visibilidad a una práctica que pasaba desapercibida para la sociedad. Nos referimos a doña Fabiola Lalinde y su operación Sirirí y al colectivo Los Amigos de José Mejía.

Fernando Lalinde, estudiante de último semestre de Sociología en la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín y miembro del PCML fue desaparecido por el Ejército en octubre de 1984. Doña Fabiola, madre de Luis Fernando, en compañía de sus hijos, se dio a la tarea de averiguar qué había pasado con Luis Fernando. Es así como empezó lo que posteriormente se denominaría la operación Sirirí: “Los militares hicieron la operación Cuervos para desaparecer a Luis, entonces yo me inventé mi propia operación. De niña, mi papá me decía que yo era un Sirirí y cuando le pregunté el significado, me respondió que era un pájaro muy insistente que defendía a sus crías de los cuervos sin matarlos” (Verdad Abierta, 2015). La estrategia de Doña Fabiola consistió en persistir en su propósito hasta encontrarlo: envió cartas, comunicados, participó en foros, reuniones, denunció públicamente en instancias locales, nacionales e internacionales. No sólo para saber qué había pasado con su hijo, sino también para hablar sobre un delito, la desaparición forzada, del que poco se sabía y que era permanentemente ignorado por las autoridades y por la sociedad. Tal vez el resultado más elocuente de ese esfuerzo fue su archivo, donde ella recopiló a lo largo de años los documentos que salieron a la luz durante la lucha por encontrar a su hijo y que hoy es no sólo en un archivo de derechos humanos protegido por el Centro Nacional de Memoria Histórica y su Dirección de Archivos de Derechos Humanos,

sino que además fue incluido por la Unesco en el registro regional del programa Memoria del Mundo.



📷 Después de 23 años Fabiola Lalinde regresa a la vereda Verdún, Antioquia, para visitar el lugar donde fue visto por última vez su hijo Luis Fernando Lalinde Lalinde. Jardín, Antioquia, 2015. Fotografía: María Paula Durán para el CNMH.

El colectivo Los Amigos de José Mejía se creó luego de que el estudiante de Economía de la Universidad de Antioquia del mismo nombre desapareciera el 8 de febrero de 1986. Los Amigos de José Mejía, para llamar la atención sobre su desaparición, lanzaron una campaña cuyo título era: “Que aparezca vivo mi amigo José Mejía, desaparecido el ocho de febrero”. En un comunicado público afirmaban:

No desconocemos que esta desaparición está inserta en un problema social general que día a día se agrava y por lo tanto llamamos a los demás familiares y amigos de los desaparecidos a que enarbolan sus nombres y acompañen sus campañas con las nuestras.

No somos una organización política, somos un grupo amplio que trata, en torno a un problema, articular infinidad de sentimientos acumulados de dolor por las injusticias en nuestro país (comité Los Amigos de José Mejía, 1986)

Afirmar que no eran una organización política era una forma de protección frente a los señalamientos y la estigmatización de los defensores de los derechos humanos, a la vez que lograba movilizar los sentimientos de solidaridad, compasión y empatía. Esta acción quería destacar los vínculos familiares y de amistad de José Mejía, mostrándolo como una persona cualquiera, con vínculos, con afectos. Según un testimonio, el trabajo del grupo Los Amigos de José Mejía animó a otras personas que tenían familiares desaparecidos a unirse para denunciar:

A raíz de esa desaparición de José Mejía se formó este grupo de Los Amigos de José y en torno a esto se fue como aglutinando un gran movimiento, muy acelerado, muy rápido, para trabajar el tema de los desaparecidos. [...] Fue un proceso de recopilar y recoger rápido los desaparecidos que habían, algunos todavía del setenta, parte de lo que había en los ochenta que no estaban digamos muy documentados, ni asociados, ni agremiados, pues no había como una agremiación en Medellín que permitiera esto. Este movimiento, que se empezó a generar a principios del año 86, permitió la llegada y la confluencia de muchas personas, muchos familiares, muchos procesos, muchas historias de desaparecidos que llegaron allí y muchas organizaciones que se comenzaron a aglutinar en torno a esto: el Comité de Solidaridad de Presos Políticos, el Comité Permanente de Defensa de Derechos Humanos, muchos sindicatos. El movimiento estudiantil estuvo muy pendiente como de todo el proceso, el movimiento artístico y cultural de la época estuvo muy activo porque además a ellos les golpearon mucho. [...] La desaparición de José que fue un caso de esos emblemáticos que se tomó como bandera, pero eso lo que permitió era que afloraran otra historias y poder conocer y abrir ventanas para que mucha gente pudiera también mostrar sus casos (CNMH, grupo focal desaparecidos, hombre, Medellín, 2015).

En 1987 se presentaron manifestaciones en el centro de la ciudad reclamando por las personas desaparecidas. Una de las más recordadas fue la Marcha de los Claveles Rojos, realizada el 13 de agosto. Encabezaban la marcha Carlos Gaviria Díaz, Leonardo Betancur Taborda, Héctor Abad Gómez, Pedro Luis Valencia Giraldo. Detrás de ellos estaban los familiares de las personas desaparecidas y asesinadas portando carteles con las fotos y sus nombres.

El día posterior al asesinato de Luis Felipe Vélez Herrera, Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur Taborda, por lo menos cinco mil personas recorrieron las calles de Medellín desde el Paraninfo de la Universidad de Antioquia hasta el cementerio Campos de Paz para rendir el último homenaje a los líderes asesinados. El sindicato de profesores ADIDA declaró un paro de 72 horas, que rápidamente obtuvo apoyo nacional. Este hecho permanece en la memoria de los participantes en esta investigación. No obstante, no fue la única acción: durante todo 1987 los universitarios se manifestaron contra los asesinatos selectivos de estudiantes y profesores, las acciones fueron variadas e involucraron otros sectores de la población como los campesinos y los obreros¹⁵⁴.

Pero no fueron sólo los sindicalistas y estudiantes: en el barrio La Floresta se realizó una marcha del silencio contra la violencia. También el 25 de octubre de 1987, muchos medellinenses participaron del primer Carnaval Contra el Miedo y la Violencia convocado por habitantes de la ciudad dedicados a disciplinas afines al arte. El Parque Berrío se llenó con aproximadamente dos mil personas que, con sus caras pintadas o disfrazados, entonaron un canto que afirmaba “viva la vida” (*El Tiempo*, 25 de octubre de 1987).

¹⁵⁴ Entre las acciones realizadas para denunciar los asesinatos de profesores y estudiantes de la Universidad, destacamos la toma del bloque administrativo de la Universidad de Antioquia; la declaración de huelga de hambre para protestar contra la ola de crímenes que azotaba la Universidad; la toma, el 18 de agosto, de la Catedral Metropolitana y el 24 de agosto del claustro universitario y posteriormente del edificio de la Procuraduría.

A pesar de las movilizaciones de ese año quedó en la memoria de un sector importante de los habitantes de la ciudad la percepción de que con el asesinato de Héctor Abad Gómez se había llegado a un límite de lo posible. Ese hecho significaba el inicio de otro momento, marcado por la desesperanza y el miedo:

Lo de Héctor Abad Gómez marca un tránsito a otra cosa, es ya la juntura de todas esas estructuras de narcotráfico con las autodefensas del Magdalena Medio, eso se estaba dirigiendo desde aquí. Y lo de Héctor Abad ya son las fuerzas del narcotráfico y paramilitares en asociación con otras fuerzas del Estado, seguramente para producir esos efectos, eso fue un crimen político. A mí me tocó el tránsito de que la violencia pasara de las páginas rojas y judiciales a las páginas políticas y de derechos humanos (CNMH, grupo focal creadores, hombre, periodista, Medellín, 2015).

Los asesinatos de estas personas marcaron un punto de quiebre y no retorno, no sólo por la conciencia del riesgo “si mataron a Héctor Abad, pueden matar a cualquiera” (CNMH, taller mayores de 40 años, mujer, Medellín, 2015), sino también porque significó un resquebrajamiento del movimiento político, un temor de actuar en lo público y desesperanza frente al futuro. La sensación de que ya todo estaba perdido.

Para mí un punto de inflexión ahí es la muerte de Héctor Abad, o sea es como quién dice: le vamos a dar no solamente a los líderes de los movimientos sociales guerrilleros, si no que le vamos a dar también a quienes los defiendan. Y ese golpe al Comité Permanente a mí me significó como un campanazo, o sea, estamos en guerra, fue como lo que yo sentí (CNMH, grupo focal defensores de derechos humanos, hombre, Medellín, 2015).

El miedo y la zozobra se impusieron en la ciudad. El contexto de violencia generalizada e indiscriminada hizo difícil definir de dónde podía provenir el peligro, frente a quién hacer resistencia. El uso del terror para

intimidar fue trágicamente eficaz. El conflicto armado además dificultaba expresiones políticas y movimientos sociales autónomos. Pero como veremos más adelante, las personas encontraron la forma de recuperar los espacios a la guerra.

5.1.2.

Construcción colectiva de un pacto social para buscar alternativas para la ciudad

Los primeros años de la década de los noventa parecían el punto máximo de violencia. La magnitud de los problemas que enfrentaba la ciudad y las presiones ejercidas por diversos sectores civiles que criticaban la respuesta del Gobierno, enfocada en las acciones represivas y punitivas, llevaron a que finalmente se pensarán estrategias para intervenir con un enfoque integral. En este contexto, el Gobierno creó, mediante el Decreto 1875 del 17 de agosto de 1990, la Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana.

Para algunos de los entrevistados el aporte fundamental de la Consejería y sus programas fue crear un espacio público donde la participación ciudadana fuera el eje. Inició entonces lo que según estos significó “la construcción de lo público en la ciudad” (CNMH, entrevista, hombre, directivo de ONG, Medellín, 2016).

En febrero de 1991 fueron convocados los foros comunales. La convocatoria fue amplia y sin distinciones a grupos o líderes sociales; al llamado acudieron más de mil personas y cerca de 435 organizaciones sociales de las distintas comunas y municipios del Área Metropolitana. En los foros se debatían los problemas locales, sectoriales y de ciudad, los habitantes de los diferentes territorios pudieron intercambiar sus experiencias, descubrir otros lugares de la ciudad y problemas que eran comunes a todos o específicos de

ciertos sectores; allí se discutieron las alternativas de futuro para Medellín de acuerdo con la visión de los pobladores. (Camacho, 1992)¹⁵⁵.



📷 Visita de María Emma Mejía, consejera presidencial para Medellín, a la comuna nororiental, 1992. Fuente: archivo Corporación Región.

Este espacio público de debate y deliberación sobre el futuro de la ciudad dio como resultado la idea de generar un “pacto social”. La instalación en septiembre de 1991 del I Seminario Alternativas de Futuro para Medellín y su Área Metropolitana significó, en palabras de María Emma Mejía, “el destape de una ciudad desconocida, que ha permitido en cierta

155 Como resultado de los foros se redactó un documento titulado “Propuestas de Futuro para Medellín visión de sus pobladores”. Entre los participantes a los foros, se eligieron 60 representantes encargados de elaborar un documento que debía retomar los 712 proyectos presentados para agruparlos y seleccionarlos. Finalmente, en el texto se plasman 59 propuestas, con las cuales se formuló el texto a partir del cual se estructuró el proceso del pacto social. En ese documento se especifican seis áreas de acción: empleo e ingresos; vivienda y espacio público; salud y medio ambiente; educación y cultura; recreación y deporte; características de la organización comunitaria (Camacho, 1992).

medida el descubrimiento mutuo y público, entre los diferentes actores de la sociedad –los desconocidos y los anónimos– siguen su camino hacia la formulación de un verdadero pacto social” (Camacho, 1992, página 10).

El Seminario Medellín Alternativas de Futuro, en sus cuatro versiones, se transformó en un gran evento de ciudad, como bien lo expresó María Teresa Uribe:

Todos estaban allí, aún fragmentados y atomizados, dueños de sus miedos y de sus fantasías, de sus reclamos y de sus justificaciones, de sus terrores y celos, pero confundidos en un propósito común: buscarle alternativas de futuro a una ciudad doliente y estigmatizada, después de décadas de oscuridad y silencio. Llegaron de todos los rincones de la ciudad, llevando auestas el fardo del dolor, muerte y resentimiento que han dejado en todos los sectores sociales los recientes años de violencia, pero dispuestos a escucharse (Uribe, 1992. Página 12).

Estas palabras resumen lo que significó la celebración del primer Seminario: la posibilidad de crear un espacio para el debate de lo público, para encontrar conjuntamente salidas a la situación de violencia indiscriminada que vivía Medellín. El Estado, los ciudadanos y los representantes de las organizaciones sociales se unieron como interlocutores válidos para pensar la ciudad, hacer un diagnóstico de la crisis y buscar soluciones. Como afirmó uno de nuestros entrevistados, si en los años ochenta la lucha era “contra el Estado”, la época de la Constitución del 91 y la Consejería les mostró que se podía trabajar “con el Estado”:

Los años ochenta era una mentalidad contra el Estado, era una lucha contra el Estado [...]. Y al aire de la Constitución del 91, el asesoramiento de la Consejería Presidencial nos llevó a otro escenario que es con el Estado: venga pues concertemos el desarrollo con el Estado. Claro, una coyuntura para nosotros especialmente favora-

ble porque la Consejería encuentra una comunidad organizada con una propuesta de intervención integral en el centro del barrio que le sirviera a toda la comunidad y era una propuesta, entonces ellos la asumen y coinciden con la concesión de Núcleos de Vida Ciudadana y hacen una inversión grande y ahí nos encontramos con la nororiental y con otras comunas donde también había inversión, etc. Muy ligero nos damos cuenta que realmente si no tenemos una incidencia en el poder del Estado la inversión no tiene continuidad, desaparece la Consejería y la Alcaldía no asume y abandona los espacios incluso, o sea muchos de los espacios fueron abandonados todavía hoy (CNMH, entrevista, hombre, líder comunitario, 2016).

Como lo afirmaba uno de los coordinadores de los foros, en ellos se pusieron en diálogo los diversos saberes: el saber académico de las universidades, el saber técnico de los funcionarios del Estado y el saber popular que la gente, los grupos, y las comunidades habían construido a lo largo de décadas de resolver, a través de convites y formas organizativas, sus más inmediatas necesidades colectivas. Al mismo tiempo, asuntos que hasta entonces se decidían en las oficinas de funcionarios o de agentes concretos del Gobierno con especialistas, como el tema de la seguridad, pasaron a ser discutidos en los foros, es decir, se volvieron temas de ciudad: “Y aquí lo volvimos un problema público, la seguridad como un problema y una cuestión pública, entonces la gente en los barrios opinaba sobre el problema, las organizaciones sociales, académicas” (CNMH, entrevista, hombre, directivo ONG, Medellín, 2016).

Entre los programas¹⁵⁶ que se ejecutaron durante ese primer año de la Consejería estaban los Núcleos de Vida Ciudadana, los proyectos de Inver-

156 Para la implementación de los programas se invitaron a las comunidades a participar en talleres donde le fueron consultadas sus opiniones, a partir del conocimiento de su propio territorio, analizando conjuntamente las estructuras existentes, los espacios, las actividades que cotidianamente se realizaban e identificando ellos mismos sus carencias y necesidades. Los proyectos fueron evaluados en términos de viabilidad y prioridad y finalmente aprobados por la Consejería, la Alcaldía y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

sión Semilla, el programa de Mejoramiento de Barrios Subnormales, los programa de Empleo para Jóvenes. Según uno de nuestros entrevistados “lo que pretendían esos programas era generar dinámicas urbanas que promovieran la convivencia, atendieran los problemas de injusticias social y la inclusión” (CNMH, entrevista, hombre, funcionario de la Consejería, Medellín, 2016).

¿Por qué la Consejería tuvo ese impacto sobre la ciudad? ¿Por qué aún hoy es posible identificarlo como un hito de memoria que surge con frecuencia en los relatos de los pobladores de Medellín? En palabras de uno de nuestros entrevistados: “La Consejería como tal tiene ese impacto gracias a que establece una llave con las organizaciones de la sociedad civil” (CNMH, entrevista, hombre, directivo ONG, Medellín, 2016). Según Gerard Martin (2012), la Consejería no sólo puso a la ciudad a reflexionar sobre sí misma, sino que implementó nuevos modelos de gestión pública, donde los diagnósticos y la participación ciudadana fueron centrales.

Durante esos años, 1991 a 1994, los y las habitantes de Medellín buscaron formas de consenso, miraron su realidad para pensar un futuro posible y se propusieron realizar un “pacto social” para alcanzarlo. De hecho, las propuestas para la ciudad que surgieron de los foros, mesas, seminarios y demás espacios de debate y deliberación pública fueron las bases de lo que en 1996 sería el Plan Estratégico para Medellín¹⁵⁷.

¹⁵⁷ Sergio Naranjo, electo para la Alcaldía entre 1995 y 1997, propuso la elaboración de un Plan Estratégico para Medellín, asunto que ya se discutía en otras grandes urbes en el mundo como Barcelona, Porto Alegre y Bogotá. Pero lo que debemos destacar es que, si bien la elaboración del Plan Estratégico no fue un proceso tan participativo como el de la Consejería, sí retomó muchos de los proyectos, insumos y propuestas que allí se presentaron.

5.1.3.

La Mesa por la Vida y la Convivencia: “elegimos la vida”



📷 Marcha por la Vida. Medellín, Plazuela Uribe Uribe, 1992. Fuente: archivo Corporación Región.

Uno de los eventos más dolorosos en la memoria de los habitantes de la ciudad fue la masacre de Villatina en 1992¹⁵⁸. La conmoción que provocó el hecho llevó a que varios sectores de la sociedad se reunieran para analizar lo que estaba pasando. El 19 de noviembre de 1992 se efectuó una reunión en la que participaron representantes de la Policía, el Ejército, la Consejería Presidencial para Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, la Procuraduría, el Comité de Derechos Humanos Héctor Abad Gómez y la Arquidiócesis de Medellín. El objetivo era promover en

¹⁵⁸ Véase capítulo 3.

la ciudad una discusión sobre el derecho a la vida (*El Tiempo*, 2 de mayo de 1993). El 16 de diciembre se dio una nueva reunión liderada por la Arquidiócesis de Medellín en la que participaron más de 30 organizaciones sociales, ONG y representantes gubernamentales. Decidieron que su objetivo de trabajo era generar una “cultura de la vida” en Medellín y la convocatoria a una movilización ciudadana por el derecho a la vida.

En las reuniones era tan alto el nivel de participación¹⁵⁹ que decidieron crear la Mesa de Trabajo por la Vida, liderada por monseñor Héctor Fabio Henao¹⁶⁰. El objetivo fundamental de la Mesa era constituirse en un espacio de concertación y deliberación que permitiera diseñar estrategias para la convivencia pacífica en la ciudad y apoyar en la solución de los conflictos en los barrios de Medellín, así lo explica Hurtado (1996) en su análisis:

Para ello se hace una convocatoria a los distintos actores sociales y políticos y al Estado mismo, entidades con capacidad de decisión, de tal manera que se dé viabilidad y respuesta eficaz a los diferentes problemas planteados en la Mesa. Una de las características fundamentales de la Mesa es la pluralidad social, política y religiosa de sus miembros, allí se permite el intercambio de opiniones desde diversos puntos de vista (Hurtado, 1996, página 77).

159 A la Mesa asistían los representantes de Pastoral Social y de la Comisión de Justicia y Paz por parte de la Iglesia; la Consejería Presidencial para Medellín y el Área Metropolitana, la Secretaría de Gobierno Municipal, la Procuraduría Departamental, la Personería de Medellín y algunos miembros del Concejo de Medellín. Organizaciones como Asocomunal, la Corporación Región, ASFADDES, el Comité Permanente para los Derechos Humanos “Héctor Abad Gómez”, la Escuela Nacional Sindical, La Unión de Ciudadanas de Colombia y la Fundación Progresar; los gremios representado en la ANDI; líderes sociales, artistas y cineastas. Asociaciones y grupos juveniles, culturales, estudiantiles, comunales y barriales (Hurtado, D., 1996, página 77).

160 Desde 1992, antes de la masacre, la Iglesia había implementado una estrategia de inserción social en Medellín. El propósito era unir esfuerzos y recursos para brindar respuestas a los conflictos y retos de la ciudad, contribuir a la construcción de una sociedad más justa, pacífica y solidaria. En 1992 monseñor Héctor Rueda Hernández creó la Vicaría Episcopal para la Evangelización de lo Social y la Pastoral para la Promoción de los Derechos Humanos. La Iglesia se comprometía a generar procesos organizativos en las comunidades para la defensa de la vida y la dignidad del hombre; fomentar una cultura de la vida; capacitar a los sacerdotes de la parroquias y a los habitantes de los barrios en derechos humanos, respeto a la vida y convivencia pacífica; realizar campañas educativas por los medios de comunicación, entre otras actividades. (Hurtado, 1996).

La Mesa de Trabajo por la Vida desarrolló diversas acciones para sensibilizar sobre el valor de la vida, entre las que estuvieron la primera Fiesta por la Vida, que se realizó el 27 de febrero de 1993 en el Jardín Botánico y a la que asistieron habitantes de la zona nororiental. Posteriormente se realizaron en la zona noroccidental, Bello y Villatina. En total fueron nueve Fiestas por la Vida durante 1993. En ellas, además de conciertos, actividades, culturales, chirimías, mimos, comparsas y juegos deportivos, se realizaron foros sobre el derecho a la vida, talleres, un plebiscito por la vida en la comuna II, cabildos comunitarios por la paz y la convivencia, jornadas de ayuno por la paz y eucaristías y encuentros artísticos (Hurtado, 1996).

En 1994 se realizó la Semana por la Paz, de octubre 3 al 9, que incluyó fiestas comunitarias, cabildos comunitarios por la paz y la convivencia; jornada de ayuno por la paz, celebración litúrgica por la paz, la eucaristía y la oración para pedir el don de la paz. Encuentro de ciudadanos y líderes comunitarios por la paz con el objetivo de fortalecer los lazos de unión y compromiso.

La Mesa también intervino en la búsqueda de solución a los conflictos en diferentes barrios: Moravia, Trinidad, La Paralela, Alfonso López y Villatina. Participación en los procesos de paz con la Corriente de Renovación Socialista y con las Milicias Independientes del Valle de Aburrá; también como testigos en el compromiso con la paz entre las bandas de los barrios Santa Inés y las Granjas. Intervinieron en los problemas del Liceo Gilberto Alzate Avendaño, del Marco Fidel Suárez y de la Universidad de Antioquia; incluso en los problemas de los venteros ambulantes y estacionarios. Participaron en la Reunión de la Red Nacional por el Derecho a la Vida, convocada por la dirección de Iniciativas Nacionales contra la Guerra y por la Paz. En este evento se puso en evidencia que se habían instalado en todo el país varias mesas de trabajo por la vida, además, se planteó que se estaba dando inicio a un movimiento por la paz a nivel nacional que llegaría a ser fundamental en los siguientes años (Hurtado, 1996, página 86).



📷 Pacto por la paz y la convivencia. Medellín, Barrio Villatina, 1993. Fuente: archivo Corporación Región.

5.1.4.

Quitar espacios a la guerra y al miedo

A finales de la década de los ochenta e inicio de los noventa, en la ciudad, las comunas y sus barrios los jóvenes accedieron a la imagen mediática de una ciudad violenta a través de hechos atroces y espectaculares. El sicario se convirtió en un personaje de la mitología nacional y todos los jóvenes habitantes de las laderas de la ciudad quedaron cobijados por este manto. La Medellín de estos años, urbanizada, conflictiva, en crisis, desbordada, se empezó a ver gracias al frenético relato de los medios de comunicación. En este contexto se entiende la importancia fundamental que tuvo en 1979 Helí Ramírez y su relato de una generación que había nacido “en medio de regueros de sangre”. Como afirma Giraldo (2016), el

poeta Helí Ramírez le puso como nombre a su canto brutal “En la parte alta abajo” (1979) que era donde él estaba y soñaba y sobrevivía.

Por su parte, Víctor Gaviria y Alonso Salazar pusieron el dedo en la llaga y mostraron la cruda realidad en la película *Rodrigo D. no futuro* y el libro *No nacimos pa’ semilla* (1990), ambos proporcionaron una mirada casi antropológica y documental de los jóvenes. Como afirma Gerard Martin estos exploraron “la fascinación por el sicario, su mundo, su religiosidad y su parlache”¹⁶¹ (2012, página 269). La ciudad se debatía entre la atracción y el horror por las historias allí contadas.

Los jóvenes fueron también el objeto de análisis y reflexión para la academia, las ONG y la sociedad¹⁶². Era evidente que debían atenderse asuntos como el desempleo, la precaria infraestructura y la falta de cobertura educativa en las comunas, el fenómeno del narcotráfico y de las drogas, las bandas, las milicias y demás grupos armados que reclutaban a los jóvenes en sus filas. Pero 1990 también representó la participación activa de muchos jóvenes universitarios, con el impulso dado por ellos a la “séptima papeleta”, movimiento que convocó la Asamblea Nacional Constituyente y llevó a la promulgación de la Nueva Constitución de 1991 (CNMH, entrevista, hombre, rector de colegio y funcionario público, 2016).

Esa transformación se hizo evidente también en la organización de los jóvenes de la ciudad. La Red Juvenil es un buen ejemplo de ello: creada en 1990, inicialmente era un movimiento articulador de diversas propuestas de organización juvenil en la ciudad; su objetivo era modificar el estigma de los jóvenes como peligrosos. Más adelante, en 1997, entró con fuerza

¹⁶¹ Término usado para referirse al lenguaje creado por los jóvenes en los barrios de Medellín. Véase: Castañeda Naranjo y Henao Salazar (2001)

¹⁶² Corporación Región propuso en agosto de 1990 un simposio titulado: la Comuna Nororiental de Medellín, Violencia Juvenil, Diagnóstico y Alternativas; de la Consejería Presidencial Para Medellín y el Área Metropolitana surgió la Mesa sobre Juventud.

la reflexión sobre la no violencia activa como una postura filosófica y política. Para 1999 la objeción de conciencia al servicio militar y la no violencia pasaron a convertirse en la reivindicación fundamental de la Red Juvenil (Restrepo Parra, 2007).

El interés por mostrar otros jóvenes diferentes a aquellos que los estereotipos definían llevó a la creación, en 1993, de uno de los programas de televisión más recordados de aquella época: *Muchachos a lo bien*, producido por Teleantioquia en asocio con la Fundación Social y la Corporación Región.

Con *Muchachos a lo bien* la idea explícitamente era dar visibilidad a aquellos jóvenes que tuvieran una experiencia de vida bacana, interesante, para que fuera eso lo que se viera en los medios y no el joven que está articulado al bandido tal o el que es el representante del capo no sé qué. Fue una narrativa visual alrededor de experiencias de vida de jóvenes con proyectos de vida interesantes, se cumplió perfectamente y, por supuesto, *Arriba mi barrio* cumplía exactamente con el mismo propósito pero con un formato de magazín que fue muy interesante (CNMH, Hombre, entrevista, hombre, directivo ONG, 2016).

Pero los “muchachos” también mostraron su gran potencial de organización y de cambio a través de la cultura. Fueron ellos y ellas quienes con el arte, la música, la danza y diversas manifestaciones culturales desafiaron el miedo y se tomaron las calles. Fue así como gracias a organizaciones sociales de jóvenes, a su apuesta por la cultura, lo comunitario, la identidad barrial, lograron hacerle frente a la violencia e intentaron crear otros espacios y relaciones que permitieran devolver la alegría y la vida a sus territorios. En 1991 se inició un proceso de reconocimiento de las organizaciones y grupos culturales de la zona nororiental, que tuvieran puntos en común y les permitiera reunirse para llamar la atención sobre lo que pasaba en esos territorios. Querían mostrar que en esas comunas había también otras realidades, otras formas organizativas que debían ser visibilizadas (CNMH, Entrevista, hombre, líder cultural, Medellín, 2016).

La movilización con las organizaciones y los habitantes de la comuna nororiental hizo posible superar temporalmente el miedo para traspasar las fronteras invisibles que limitaban su espacio vital, exigir el respeto por la vida y el fin de los asesinatos de jóvenes en las comunas.

Y nosotros vemos la necesidad a finales de los noventa como de convocar a otras organizaciones que estaban en las comunidades cercanas para ver como activábamos el rescate de los espacios públicos, las canchas, y las partes para que fueran menos violentas y que la gente perdiera el miedo y recuperara el espacio de la vida, del territorio. Entonces surge una cantidad de propuestas en la zona de la comuna nororiental, donde vamos identificando cantidades de grupos que estaban también haciendo trabajos similares a nosotros, como es: Nuestra gente, "Convivamos" (estamos hablando de los comienzos de los años noventa). Y lo que hicimos fue como encontrar un mapa de organizaciones que habitaban en la comuna nororiental y con ellos lo que hicimos fue concertar no un día cultural en el 91, sino 10 días. Terminaron siendo de gran impacto cultural, es decir, donde todo nos reunimos y hicimos una movilización para ese rompimiento de esas fronteras, para ayudar a la población a que se fortaleciera, es decir, que pudiéramos entrar como a unas metodologías de diálogo o algo que no rompiera tanto los lazos entre la comunidad y el Estado. [...] Entonces se genera un movimiento que se llamó la comparsa del barrio, Barrio Comparsa, donde participaron en el 91, entre el 4 de marzo y el 11 de marzo, más de 56 organizaciones de la zona. Inclusive algunos grupos de la ciudad se unieron a esta movilización y creo que empezamos como a intervenir el espacio público y hacer un llamado a los medios de comunicación y buscar las formas y las alternativas de cómo el Estado se involucrara más en este territorio. Es cuando llega ya la Consejería Presidencial, María Emma, y también nace *Arriba mi barrio* y los tres nos juntamos en impactar esta movilización (CNMH, hombre, líder cultural, Medellín, 2016).

Barrio Comparsa surge en la década de los noventa como una alternativa lúdica, recreativa y de encuentro, creación y convivencia de las comunidades barriales. Rescatando el juego como posibilidad de realización, potenciación y transformación del ser humano y de sus relaciones con el entorno. Desde entonces Barrio Comparsa ha venido desarrollando diversas actividades con jóvenes en los barrios populares de Medellín y su área metropolitana que buscan la reelaboración de nuevos referentes simbólicos, la recuperación de espacios públicos y la socialización creativa y festiva. Lo que ellos denominan como “la red de la alegría”.



📷 “La vida es bonita”. Obra de teatro callejero del grupo Barrio Comparsa, 1996. Fuente: archivo Barrio Comparsa.

Barrio Comparsa se unió a otras organizaciones sociales que estaban desarrollando trabajos similares en la comuna nororiental. Convivamos, que surgió en 1990 en Villa Guadalupe, comuna nororiental, fue una de ellas. Desde su creación Convivamos le apostó a la cultura popular, la comparsa, el teatro callejero, la magia, la chirimía, el circo y el arte como estrategias para que los jóvenes expresaran lo que sentían y pensaban, el arte como denuncia y movilización popular. Así, actividades como La Fiesta Popular, que nació durante la primera Semana por la Paz, en 1992, eran escenarios para la construcción del tejido social, procesos de participación y proyección comunitaria y la convivencia. Lo que buscaban en ese momento era habitar los espacios, romper las fronteras invisibles en barrios como Villa Guadalupe, La Salle, San Pablo, San Blas y El Jardín.

Del mismo modo, en la comuna 2, Santa Cruz, en el barrio La Paz, estaba la Corporación Cultural Nuestra Gente. Fue creada en 1987, uno de los años más aciagos de la ciudad, cuando era casi impensable un espacio en la comuna dedicado a las artes, el teatro, la música, la danza, la literatura, las manualidades y los procesos formativos de jóvenes y habitantes en general. Pero ahí estaba Nuestra Gente y su Casa Amarilla para contrarrestar los estigmas, la indolencia de la guerra y retomar la calle y la posibilidad de habitarla a través del proceso creativo y las artes (Corporación Cultural Nuestra Gente, 2016).



📷 Corporación Cultural Nuestra Gente, taller de derechos humanos. Medellín, barrio Santa Cruz, 2010.
Fuente: archivo Corporación Cultural Nuestra Gente.

La comuna nororiental no fue una excepción, en la noroccidental hacían presencia organizaciones como la Corporación Casa Mía, creada en 1989, dedicada a los temas de convivencia, reconciliación y mediación con jóvenes víctimas y victimarios del conflicto:

Casa Mía nace como medio de intervención del conflicto de 9 bandas de Santander, París, Bello, Castilla, Pedregal. ¿Por qué nos estamos matando? Si somos los mismos jóvenes que crecimos juntos. Nace como la creación de un tercer escenario que permitiera que esos jóvenes antes que asumir la vida del otro, buscaran solucionar la problemática social (CNMH, conversatorio teatro al aire libre, Pedregal, hombre, Medellín, 2015).

Con el lema “Detener la muerte apostándole a la vida”, logró consolidar espacios de convivencia, generar nuevos referentes sociales mediante la

promoción de diversas manifestaciones culturales, vincular a niños y jóvenes con la metodología de trabajo “lo efectivo es lo afectivo” que daba lugar a compromisos de defensa de la vida por encima de todo (Casa Mía, 2016).

Otra organización importante es la Corporación Para el Desarrollo Picacho con Futuro. Surgió en 1994, conformada por ocho organizaciones comunitarias de la comuna 6 de Medellín¹⁶³. Su objetivo era contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de la comuna 6, parte alta, a través de la gestión, ejecución y evaluación de programas y proyectos de los ejes de intervención del plan de desarrollo local. También buscaba salidas no violentas y marcadamente democráticas, surgidas del interior de las comunidades, para la resolución de conflictos (Corporación para el Desarrollo Picacho con Futuro, 2016).

Pero no fue sólo en las comunas donde las y los ciudadanos buscaron alternativas a la guerra. En el centro, en el corazón de la ciudad, surgió el que se transformaría con el tiempo en el gran evento de ciudad, congregando multitudes en torno a la poesía. ¿Cómo era posible que los habitantes de Medellín, en medio de la espiral de muerte y de violencia que vivían en 1991 pensarán en sentarse en una plaza pública a escuchar poemas? El Festival Internacional de Poesía es para muchas de las personas entrevistadas un hito de memoria y resistencia en la ciudad. En él multitudes se reunían a escuchar poesía. Durante la década de los noventa, los habitantes salían del encierro al que el miedo les tenía sometidos para reunirse en espacios públicos, de manera tranquila y con una increíble sensación de seguridad, de que nada podría pasar, nadie podría atentar contra un espacio como ese.

¹⁶³ Integrado por las Asociaciones de Madres comunitarias Amor y Esperanza y El Triunfo, Juntas de Acción Comunal Santa Teresa y La Pradera, Organización Juvenil Juventud Unida Comunicaciones, los grupos de Afectividad y Vida en Familia París y Santa Mariana, el Comité de Deportes Barrios Unidos, la Corporación Comunitaria Antena Parabólica Doce de Octubre y seis organizaciones juveniles que hacían parte de la red de organizaciones juveniles de la comuna 6 parte alta.

El Festival de Poesía fue uno de esos espacios, pero hubo otros. Latina Estéreo, una de las emisoras de salsa en la ciudad, programó entre 1989 y 1992 dos festivales de salsa multitudinarios. En la “época de las bombas” llenó de gente las calles de Manrique y Castilla para bailar sin temor a ser feliz, como dice la canción de salsa. Otros eventos pequeños pero de una grata recordación entre los habitantes de la ciudad fueron el festival cultural Bazarte, en el sector de Suramericana, el cual reunía artesanos, artistas, músicos, libreros e incluso escritores de cartas de amor para convocar a los ciudadanos a un fin de semana de encuentro alrededor de la cultura y el arte. La cinemateca El Subterráneo, la del Museo de Arte Moderno de Medellín y el Centro Colombo Americano y su sala de cine, con la presencia emblemática de Luis Alberto Álvarez, eran los lugares de los jóvenes universitarios. Allí el séptimo arte era la excusa para encontrar otras salidas a una realidad avasalladora.

5.1.5.

El arte le susurraba a la ciudad que algo andaba mal¹⁶⁴

En medio de acontecimientos tan sensacionalistas como la creación del grupo Muerte a Secuestradores en 1981, algunos artistas de la ciudad se negaban a esconder una realidad que era cada vez más evidente. Así, con rumores gráficos musitados por el artista Adolfo Bernal¹⁶⁵ y sus carteles que inundaron la ciudad con el nombre “Medellín, Medellín, Medellín”, cuando esa palabra era sinónimo de miedo, drogas, sicarios. Este fue otro “Cartel de Medellín” que anunciaba a la ciudad misma como la función central.

¹⁶⁴ Esta sección está basada en el documento elaborado por Giraldo (2016a).

¹⁶⁵ Adolfo Bernal, *Intervención urbana con carteles*, 1981.

Como afirma Giraldo (2016) cada vez era más difícil no ver lo que estaba pasando. El desacomodo entre los discursos oficiales y las realidades urbanas se fue volviendo un tema de reflexión para los artistas. Juan Camilo Uribe con su obra *Medellín, un lecho de rosas* (1982)¹⁶⁶ hace un comentario mordaz a la euforia colectiva, en esta “década conflictiva [...] la ficción de estabilidad estaba ya indudablemente herida y gracias al atrevido juego de palabras y de objetos, esta cama se erigía como un demoledor artefacto de crítica política” (Giraldo, 2016, página 6).

Los artistas empezaron a llamar la atención sobre lo que estaba pasando. Clemencia Echeverri, artista dedicada a realizar esculturas geométricas y monumentales, estremeció al público con los gritos de un cerdo sacrificado en una de sus obras. Por su parte, Ana Claudia Múnera mostró las alas de una paloma muerta en sus videos, poblados en otras ocasiones de velos, cunas o juegos infantiles. Capas de óleo rojo inundaron paisajes desolados de la habitualmente fría y conceptual obra de Ana Patricia Palacios. Las reflexiones formales y geométricas de Alberto Uribe terminaron convertidas en cruces de un camposanto (Giraldo, 2016).

¹⁶⁶ Un ensamblaje donde el artista instala sobre una cama de hierro un jardín de rosas plásticas, las cuales sin embargo tienen tallos como espinas que se entretejen por debajo en una masa agresiva y brutal.



📷 El pájaro de Botero. Recorrido de memoria. Parque de San Antonio, Medellín, 2015. Fotografía: Focus Narrativo para el proyecto de investigación.

Pero Giraldo (2016) llama la atención para la escultura *El Pájaro*, de Fernando Botero, como la expresión final del llamado que los artistas hacían para evidenciar lo que pasaba en la ciudad:

Sin embargo, la bomba que explotó el *Pájaro* de Fernando Botero puede considerarse, si no el beso del príncipe, si la bofetada que despertó definitivamente a la bella durmiente de las artes de la ciudad. [...] El escultor, quien en 1987 había dicho públicamente: “Sólo quiero ser pintor. Quiero ver los temas como pintor, no como comentarista, filósofo o psicoanalista” (Villegas, 2003), hizo entonces uno de los comentarios políticos más fuertes y decisivos de estos años. Cuando se enteró de los acontecimientos, pidió que no retiraran los restos de la escultura, que dejaran los restos del pájaro: [...] “Quiero –dijo en ese momento- que esa escultura quede ahí, como recuerdo de la

imbecilidad y de la criminalidad de Colombia” (Becerra, 1998). Y de esta manera terminó protagonizando uno de los actos más contestatarios del arte de este momento. (Giraldo, 2015, página 10)¹⁶⁷.

Esta escultura destruida y propuesta como testimonio, y posteriormente apropiada y completada por la acción de los transeúntes, fue de las primeras en demostrar que en unos momentos históricos y sociales como los de la sociedad medellinense de esos tiempos, las formas acabadas, esteticistas y cerradas se quedaban cortas¹⁶⁸. El agujero y la fragmentación de esta forma terminó logrando todo lo que la forma cerrada y completa no pudo: dialogar con su entorno, narrar un momento, resistir a la lógica de la muerte. Proponemos este hecho cargado de historia, estética, política y simbolismo, como el paradigma de lo que sucedería con el arte durante las siguientes décadas en Medellín (Giraldo, 2016, página 12).

5.2.

Las víctimas irrumpen en el escenario de la ciudad, 1995-2005

Las acciones de resistencia durante el período que va de 1995 a 2005 dan cuenta de la consolidación y el empoderamiento de procesos socia-

167 “Aunque cinco años después volvió a donar una escultura igual a la destruida a la que llamó *Pájaro de la Paz*, como un voto de confianza por los nuevos tiempos pidió que no retiraran al primero. La pareja alada se quedó desde entonces en el parque, pero el pájaro que convoca no es el redondo y sin historia, sino el otro, el “herido” (como se le conoció desde entonces)” (Giraldo, 2015).

168 Así lo registra en una crónica el periodista Juan Miguel Villegas: “En 2009, cuando levantaron de su pedestal al Pájaro herido para llevarlo a Plaza Mayor por poco más de un mes, de las grietas y rincones del ave cayeron al piso cientos de monedas de diferentes nacionalidades, estampitas y medallas: pequeñas ofrendas dejadas por creyentes para pedir favores a las almas de las víctimas [de la explosión] (...). Es uno de los objetos más visitados, fotografiados, acariciados, rayados y observados del centro de Medellín. Un objeto, además, en el que se reza y se llora. Un santuario, mejor dicho. Como lo sabe todo aquel que pasa un día en el Parque San Antonio. Como lo saben quienes se congregan cada año para honrar la memoria de los muertos” (Giraldo, 2015).

les y comunitarios que empezaron a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa. Grupos sociales diversos: desplazados, jóvenes, mujeres, conformaron sus propias organizaciones para emprender acciones de reivindicación de sus derechos, apoyados por varias ONG, organizaciones sociales y grupos de derechos humanos que habían surgido en la década de los ochenta.

Entre sus reivindicaciones más urgentes estaban el derecho a la vida y a la no participación en la guerra; visibilizar los daños ocasionados por esta y exigir acciones por parte del Estado para atender a la población o para impedir nuevas modalidades de victimización. Buscaban también hacer un llamado al Estado y a la sociedad sobre la necesidad de iniciar procesos de diálogo y negociación a nivel nacional con la guerrilla y a nivel local promover acuerdos, pactos y negociaciones entre grupos armados (bandas, combos, milicias), así como recuperar espacios a la guerra y la violencia.

5.2.1.

Visibilizar los daños

Como se vio, durante el período 1995-2005 la guerra alcanzó su punto más álgido. Fue un período de reconfiguración del poder de los actores armados en la ciudad, por lo cual era necesario para muchos grupos poblacionales hacer visibles los daños que habían sufrido y exigir acciones por parte del Estado para atender a los afectados. Así mismo era preciso denunciar e impedir modalidades de victimización como el desplazamiento forzado, el reclutamiento forzado, el secuestro, la desaparición forzada, los asesinatos políticos y las fronteras invisibles en los barrios.

Entre 1996 y 1997 entraron en escena miles de desplazados que llegaron a la ciudad junto con una variedad de acciones de resistencia. Granada y González (2009) proponen una periodización para comprender las diná-

micas de la acción colectiva de la población desplazada en la ciudad. Los autores identifican dos ciclos de protesta: el primero, entre 1996 y 2003, que es el inicio de las acciones colectivas que buscan visibilizar en el escenario público la problemática del desplazamiento, así como sus aprendizajes políticos previos y sus iniciativas de interlocución con la administración. En el segundo ciclo, entre 2004 y 2009, se muestran los cambios en la creación de instituciones responsables de apoyar a la población desplazada y, como se vio en el capítulo 1, hay una tendencia a la estabilización del orden institucional, lo que permite usar un repertorio de acciones diferentes sin abandonar los ya utilizados en el ciclo anterior. Según los autores, es posible observar un cambio en el discurso de los sujetos afectados por la violencia, porque ahora exigen las garantías de los derechos otorgados consagrados en la legislación, y mantienen en el tiempo la organización y participación de la población desplazada y su interacción con las instituciones del gobierno municipal canalizadas a través de la Mesa de Organizaciones de Población Desplazada en Medellín. La evidencia aportada por muchos testimonios escuchados en la investigación del *Medellín: memorias de una guerra urbana* corroboran esta periodización.

Algunas de las acciones que se destacan en el primer ciclo de protesta señalado son: la conformación de asentamientos en Vallejuelos, La Cruz, La Honda, El Pacífico y Mano de Dios; la toma de la iglesia de La Veracruz en 1998 y 2001; la toma de la Universidad de Antioquia en 1996 y 2002¹⁶⁹; los bloqueos de vías en el año 2000, cuando un grupo de aproximadamente mil desplazados bloqueó la Autopista Medellín-Bogotá, cerca de la Curva de Rodas¹⁷⁰ (Murcia, 2011; Tobón y Gallego, 2009).

¹⁶⁹ Esta última toma de la universidad, fue llevada a cabo por la comunidad desplazada ubicada en La Honda, La Cruz y Bello Oriente, la cual fue asesorada por el Movimiento Social de Desplazados de Antioquia y la Asociación Campesina de Antioquia, y apoyada por algunos estudiantes y miembros de la Pastoral Social.

¹⁷⁰ La manifestación tenía tres motivos: denunciar las deficientes condiciones de vida de 35 asentamientos subnormales ubicados en Medellín y Bello; oponerse a la orden de desalojo emitida por la Alcaldía de Medellín contra 400 familias del asentamiento Mano de Dios y exigir el cumplimiento de las reubicaciones de las familias de El Pinal, Vallejuelos y El Picacho (Granada, 2008; Murcia, 2011).

Igualmente es notable la conformación de organizaciones de desplazados para exigir la garantía del derecho a la vida y la dignidad humana, la intermediación y respuesta efectiva de las autoridades locales y la solución a su situación de desplazamiento. En 1995 se constituyó la Asociación Nacional de Ayuda Solidaria (ANDAS), conformada principalmente por desplazados de la zona de Urabá¹⁷¹. A principios de la década del dos mil se creó el Movimiento Social de Desplazados de Antioquia (MOSDA), antes denominado Comité de Desplazados, que estuvo integrado por líderes de diferentes asentamientos (Vallejuelos, Olaya Herrera, El Pinal, entre otros). Sin embargo, debido al problema que significó la construcción del mismo y el proceso de criminalización y persecución contra él, sus participantes se redujeron a las comunidades de La Honda, La Cruz y Bello Oriente¹⁷².

Pese a la magnitud del fenómeno del desplazamiento forzado en la ciudad, la sociedad parecía poco consciente y en ocasiones incluso indiferente frente a la dramática situación que vivían los afectados. Para hacerlo visible como uno de los resultados dramáticos de la guerra y propiciar un diálogo con la ciudad, la Corporación Región, en asocio con la artista Gloria Posada, creó, en 2000 una propuesta artística denominada “Tenemos nuevos vecinos”.

171 Esta iniciativa contó con el apoyo de la Asociación Campesina de Antioquia (ACA) con la cual se desarrolló un proceso de coordinación para llevar a cabo diversas acciones, como la toma de un sector del barrio Villatina con aproximadamente 75 familias, las que duraron allí dos meses hasta ser desalojadas por la fuerza pública. Después, estas familias se tomaron la Catedral Basílica Metropolitana (1996) y de allí fueron trasladados por la Secretaría de Bienestar Social para un albergue en Belencito. Después de dos años, se reubicaron 19 familias en una finca en el municipio de Campamento (Tobón y Gallego, 2009).

172 La organización social no se limitaba a asuntos netamente políticos u organizativos; su labor se manifestaba además en el aspecto económico y en las obras de mejoramiento físico del sector que se hacían a través de convites. Finalmente, después de la operación Estrella VI en 2003 y los constantes atropellos y hostigamientos sufridos por parte de la Fuerza Pública y los grupos paramilitares, el MOSDA prácticamente desapareció (Tobón y Gallego, 2009).



📷 Imagen promocional de la campaña Tenemos Nuevos Vecinos. Medellín, 2000. Fuente: archivo Corporación Región.

La iniciativa intentaba responder la difícil pregunta de cómo comunicar los problemas sociales cuando las cifras no le decían nada a los pobladores de la ciudad, llegaron a la conclusión de que debía ser a través del arte, que esa sería la mejor forma (Giraldo, 2016, página 29). Como señala el relato de un integrante de la Corporación Región:

Nosotros hicimos una campaña que se llamó “Tenemos nuevos vecinos”. Eso en algún momento fue una cosa muy arriesgada incluso, porque una de las estrategias que había era construir unos “cambuches” [Casa de construcción precaria con plástico y madera] en espacios públicos con toda la experiencia que tenían las personas que llegaron desplazadas a la ciudad [...]. Fue una experiencia muy valiosa para nosotros pero muy tenaz desde el punto de vista simbólico. [...] En casi todos los otros lugares se produjo lo que no-

sotros queríamos: la gente se acercaba y nos preguntaba a nosotros por qué estábamos ahí, en el Parque Lleras no, no se acercó nadie, nadie se acercó a hablar con la gente que estaba ahí (CNMH, hombre, directivo ONG, entrevista, Medellín, 1 de septiembre de 2016).

Como se vio en capítulos anteriores, Medellín fue una de las ciudades con más víctimas de secuestro. Frente a este flagelo la ciudadanía se manifestó en diversas ocasiones. En 1985, ante la magnitud del fenómeno en el país (la prensa hablaba de más de tres mil ganaderos secuestrados), los ganaderos y agricultores se reunieron en la Feria de Ganados de Medellín para celebrar una misa por sus colegas secuestrados. Ese día las actividades de la Feria fueron suspendidas (*El Tiempo*, 20 de marzo de 1985). En 1996 partieron desde el Teatro Pablo Tobón Uribe un grupo de madres de soldados retenidos por las FARC. Marchaban para pedir una pronta liberación y mostrar su oposición al secuestro y narcotráfico (*El Mundo*, 17 de octubre de 1996). El 15 de diciembre de ese mismo año se realizó otra marcha que contó con una mayor participación de público y a la que asistieron los familiares de soldados secuestrados, pero también otros familiares de secuestrados civiles. El futbolista Luis Fernando “Chonto” Herrera, cuyo hijo había sido secuestrado, leyó el mensaje que envió el presidente de la Fundación País Libre, Francisco Santos (*El Tiempo*, 15 de diciembre de 1996). Si en un inicio las personas preferían ocultar el secuestro o resolver el problema por su propia cuenta, la presencia de las madres de soldados y policías secuestrados mostró a la ciudad y al país que este no era un problema individual, por el contrario, era una violación a un derecho humano fundamental como es la libertad y por lo tanto era un deber moral y ético de la sociedad ocuparse de ello y reclamar acciones para detener esa práctica, respetar la vida de los secuestrados y liberarlos.

Si bien las marchas contra el secuestro continuaron en el país, un evento significativo, el secuestro del gobernador Guillermo Gaviria Correa y su asesor de paz Gilberto Echeverri, por parte del Frente 34 de las Farc, el 21 de abril de 2002, mientras lideraban una marcha por la

Noviolencia, que pretendía llegar desde Medellín hasta Caicedo (Occidente antioqueño), motivó nuevas manifestaciones. En agosto de 2002 más de veinte mil personas se reunieron en el estadio Atanasio Girardot para manifestar con la palabra *libertad* sus deseos de un mejor país (*El Colombiano*, 25 de agosto de 2002). Las personas pedían la liberación del gobernador, Guillermo Gaviria, y su asesor de paz, Gilberto Echeverri¹⁷³.



📷 Fuente: *El Colombiano*, 6 de mayo de 2003, página 1a (portada).

173 El gobernador gaviria, su asesor de paz y ocho suboficiales y oficiales del Ejército que también permanecían secuestrados en el mismo lugar fueron asesinados por las FARC en una frustrada operación de rescate en un área rural del municipio de Urrao durante el primer mandato del presidente Álvaro Uribe.

Como parte de las respuestas sociales para visibilizar los daños ocasionados por la guerra y exigir justicia también se encuentra la conformación de organizaciones sociales, comunitarias, de mujeres y de familiares de víctimas¹⁷⁴. Durante este período fue particularmente notoria la participación de las mujeres, quienes se movilizaron alrededor de una consigna por la paz e imprimieron su propia voz a esta reivindicación, compartida con otros actores sociales. Como ya se ha visto, las mujeres han sido también víctimas del conflicto armado, no obstante han sido quienes en buena medida han reclamado por las pérdidas y cumplido un papel protagónico a la hora de denunciar públicamente los efectos de la guerra. Pero el lugar protagónico de las mujeres no se debe sólo a que son las sobrevivientes de una violencia que ha afectado en particular a los hombres; se debe también a que han sabido movilizar sus demandas por justicia, verdad y reparación, y han logrado crear comunidades afectivas, apoyos, solidaridades, reconocimiento social de los daños. Ellas, desde su lugar de madres, esposas e hijas, legitiman sus reclamos¹⁷⁵.

Este protagonismo se refleja en la convocatoria y participación en acciones como la Marcha de Solidaridad, realizada en 2002, convocada por la Ruta Pacífica de Mujeres y Mujeres de Negro. La marcha se originó por la detención de tres mujeres integrantes de la Asociación Mujeres de las Independencias (AMI) en la operación Orión, como manifestación

¹⁷⁴ Predominan las organizaciones defensoras de derechos humanos, de víctimas del secuestro, del paramilitarismo y de desaparición forzada, dentro de las que cabe destacar la Mesa de Derechos Humanos de la comuna 6, Corporación Manos de Amor y Paz, Corporación para la Paz y el Desarrollo Social (Corpades), Fundación Sumapaz, Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la Fuerza Pública Retenidos y Liberados por Grupos Guerrilleros (Asfamipaz), y Movimiento Social de Desplazados de Antioquia (Mosda).

¹⁷⁵ Se destacan las organizaciones de mujeres y de familiares de víctimas que tienen como propósito la defensa de los derechos humanos, la visibilización de los daños, la exigencia de reparación y justicia y la construcción de paz, derivadas de un proceso de consolidación de las mujeres como agente social frente a las violaciones cometidas en el conflicto armado. Algunas de estas organizaciones son: Asociación Mujeres de Las Independencias (1996), Ruta Pacífica de las Mujeres (1996), Coordinación de Mujeres de la Zona Nororiental (1997), Mujeres de Negro (2000), Corporación Madres de la Candelaria (1999), Caminos de Esperanza y Línea Fundadora y Mujeres Sembradoras de Esperanza (2001).

de solidaridad con los habitantes del sector y respaldo a las integrantes de AMI. La movilización salió desde el centro de la ciudad y llegó a la comuna 13 con cientos de mujeres vestidas de negro que exigían la libertad de Teresa Yarce, Socorro Mosquera y Mery Naranjo. A la marcha de personas y organizaciones de afuera de la comuna 13 se unieron algunos habitantes y líderes de la comuna (CNMH, 2011a).



📷 Las Mujeres de Negro acompañaron diversos territorios marcados por el conflicto armado. En 2007, en el asentamiento Altos de la Torres, comuna centro oriental. Fuente: archivo Corporación Región.

Otro ejemplo claro en la ciudad es el surgimiento de Madres de la Candelaria, en 1999, a través de ejercicios de denuncia como marchas y tomas inspiradas en la experiencia de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina. Se trató de un colectivo que continuó la línea de denuncia precedente en los años ochenta en torno a la desaparición forzada, como la operación Sirirí (1984), Los Amigos de José (1986) y el capítulo Antio-

quia de ASFADDES. Inicialmente se congregaron en torno a la denuncia de la desaparición forzada pero posteriormente también incluyeron la denuncia de secuestros y homicidios.

Este grupo está conformado por familiares de las víctimas, especialmente por las madres, quienes fueron las principales protagonistas de las movilizaciones y empezaron a aparecer como importantes actores políticos de resistencia al conflicto armado. Su origen se encuentra en la confluencia de varias mujeres que deciden “hacer algo”, no quedarse quietas ante los hechos. Muchas de ellas ya habían vivido victimizaciones anteriores como desplazamientos o asesinatos de familiares; sin embargo, fue la desaparición, como hecho que victimiza día a día y queda inconcluso, lo que provocó su insistencia en el activismo y su permanente búsqueda. Así lo expresó una de sus integrantes en un testimonio:

Entonces dijimos que no nos podemos quedar aquí, hay que organizarnos, aunque el dolor jamás pasa, ese dolor es latente, es permanente. Pero tratamos de levantarnos de esto, porque entramos a los que nos habían matado, pero los desaparecidos ¿qué pasará con ellos? Ese “qué pasó” es fundamental porque siempre lo recordamos. Pero a medida que pasa el tiempo nos damos cuenta que no nos podemos quedar en el “pobrecita”, ya venimos buscando otra transformación. Una transformación que uno dice “nos tenemos que levantar de esta y no más”, pero eso continúa, porque decir que tengo 13 personas muertas y desaparecidas en mi familia, uno siente que no va a ser capaz. Pero no. Siendo una lideresa tengo que pensar en las mujeres que van llegando a mi asociación para ser el apoyo (CNMH, grupo focal víctimas de desaparición forzada, mujer, Medellín, 2015).

Las Madres tienen como particularidad la realización de una acción que se ha vuelto emblemática en la ciudad: el plantón en la iglesia La Candelaria en el Parque de Berrío. Este plantón involucra el uso de pancartas y

arengas, permite no sólo la denuncia y visibilización, sino el crecimiento permanente del mismo pues es fácil de ubicar y mediante la rutina de la acción esta se hace cada más visible. Muchas de sus integrantes llegan al grupo “mientras caminan por el centro”, por el voz a voz o porque vecinas que conocen o vieron el plantón las llevan a la toma de la iglesia.

Las Madres prestan servicios sicosociales, jurídicos, de emprendimientos y de estudios. Sin embargo, tal vez lo más destacado por ellas mismas es que se trata de un “sitio de encuentro” en el que se construye una nueva comunidad de sentido, de autorreconocimiento y superación a través del encuentro con la historia de otras. Se habla del colectivo como “una familia”, aludiendo tal vez a su título de madres. “En Madres de la Candelaria encontré otra familia, porque en la familia uno no sabe si lo están escuchando, en cambio en Madres llega uno y si quiere conversar, conversa con la otra, si quiere llorar, llora con la otra” (CNMH, grupo focal víctimas de desaparición forzada, mujer, Medellín, 2015).



📷 Madres de la Candelaria. Semana contra la desaparición forzada, 2014. Fotografía: Álvaro Cardona para el CNMH.

Estas mujeres crearon estrategias en el espacio público para exigir reconocimiento del daño y darles un valor político a sus pérdidas. Pusieron de presente su condición de madres como elemento de autoridad moral y mostraron su tránsito entre el dolor personal y las causas colectivas, entre sufrimiento y justicia, entre las diferentes dimensiones que el luto adquiere como proceso al tiempo individual y social. Hablaban de sus historias, de las relaciones construidas a partir de la muerte o desaparición de sus familiares, ponían en evidencia cómo ese hecho transformó el curso natural de sus vidas, destruyó vínculos morales y afectivos, reformuló el propio sentido del tiempo en un antes y un ahora determinado por ese instante inolvidable y a la espera de un futuro de justicia y reconocimiento que parece no llegar nunca (Vianna, 2011).

Además, este es un discurso que se legitima por su lugar social de enunciación: la madre. Que busca conmover con una narrativa de luto: el dolor que nunca pasa, y no tienen nombre el llanto, la soledad, la incompreensión y la enfermedad en los cuerpos y en el alma. Pero también denuncian públicamente pues sienten que su causa es justa y que su condición de madres las protege. En esa narrativa de luto usada por las mujeres ha habido un tránsito entre su caso particular y el de otras madres. Su discurso al tiempo que reivindica justicia para sus hijos, hace visibles otras madres y lo que ellas vivieron, y crean comunidades afectivas a partir de la condición fundamental de madres cuyos hijos fueron asesinados o desaparecidos. Dicha des-singularización abandona el “no me pasó sólo a mí” y pasa al “a otras les pasaron cosas peores” y es la condición fundamental para expandir su denuncia, para que tenga una repercusión pública (Arenas Grisales, 2014).

5.2.2.

La no violencia, la convivencia y el respeto por la vida

En la década de los noventa, particularmente en los años comprendidos entre 1995-1997 y 1999-2003, los habitantes de diferentes barrios promovieron acuerdos y pactos de no agresión entre grupos armados, con el objetivo de facilitar la convivencia y la defensa de la vida¹⁷⁶. El papel de las instituciones en estos procesos fue importante¹⁷⁷. A mediados de los años noventa con la apertura de la Oficina de Paz y Convivencia y hasta finales del año 2000, la administración municipal emprendió acciones que buscaban promover procesos de mediación y firma de pactos con y entre combos y bandas que hacían presencia en los barrios. Como se señaló ya en los capítulos anteriores, era evidente una tendencia en el Estado hacia la negociación del desorden¹⁷⁸.

¹⁷⁶ Se pudo establecer que se realizaron pactos de no agresión entre grupos armados en: 1-Popular: San Pablo, Carpinelo, Moscú 2, Granizal, La Avanzada, Santo Domingo 1 y 2, Popular; 2-Santa Cruz: Santa Cruz, Playón de los Comuneros, Pablo VI, La Isla, La Francia, Andalucía, La Rosa, Moscú; 3-Manrique: Manrique oriental, Las Granjas, Versalles 1 y 2, Santa Inés, El Pomar, María Cano, Carambolas; 4-Aranjuez: Moravia, Aranjuez, Campo Valdez, La Piñuela, San Isidro, Manrique central; 5-Castilla: Alfonso López, Castilla, Plaza de Ferias, Boyacá, Toscana, Héctor Abad Gómez; 6-Doce de octubre: Doce de Octubre, El Triunfo, Santander, Pedregal, Picacho, La Esperanza, Kennedy, Mirador del Doce; 7-Robledo: Fuente Clara, Bosques de San Pablo, Cerro El Volador, La Iguaná, Aures 1 y 2; 8-Villa Hermosa: Enciso, El Pinal, La Libertad, Villatina, San Antonio, La Sierra, Las Estancias; 9-Buenos Aires: Buenos Aires, Loreto, Cataluña, Los Cerros, El Vergel, San Pablo, 8 de Marzo; 10-La Candelaria: Sector La Bayadera; 15-Guayabal: Guayabal, Trinidad; 16-Belén: Los Alpes. Fuente: elaboración propia con información de prensa, Riaño (2006) y Probapaz (1998).

¹⁷⁷ Aunque a mediados de 1994, en el gobierno de Ernesto Samper, se cerró la Consejería Presidencial para Medellín, y con ello se dio el retiro de la administración nacional del proceso de reinserción de las milicias (dejando esta competencia en manos de los gobiernos locales).

¹⁷⁸ Producto de estas acciones institucionales para 1999: "Se habían establecido en la ciudad procesos de mediación y pactos que comprometían a cerca de 160 bandas, combos y milicias, para cubrir unas 3.000 personas en 86 sectores de la ciudad" (Vélez, 2001, página 282). Esto también fue cuantificado por Giraldo y Mesa (2013), quienes señalan que "entre 1995 y 1999 se realizaron 57 pactos de este tipo con igual número de bandas o milicias, en 71 barrios, en 5 de las 6 zonas de Medellín, muchos de los cuales implicaron transferencia de dineros públicos a los grupos armados" (página 232).

Estos pactos y acuerdos de no agresión hacían parte de la política de convivencia y seguridad ciudadana en Medellín y tenían como propósito desactivar conflictos específicos entre bandas. En algunos casos hubo entrega de armas a cambio de programas y proyectos de empleo y talleres de capacitación, entre otros. La mayoría de estos pactos contaron con el respaldo de las comunidades, con amplia difusión en los medios de comunicación, con la mediación de la Oficina de Paz y Convivencia de la ciudad, y recibieron aportes económicos para lograr su continuidad y éxito. Todo esto hasta la finalización de la administración de Juan Gómez en diciembre del año 2000 (Vélez, 2001).

Pero los pactos fueron también iniciativa de los habitantes de los barrios, quienes contaron con el apoyo de instituciones como la Iglesia, asociaciones y organizaciones sociales y comunitarias y en particular de la Mesa de Trabajo por la Vida¹⁷⁹. En 1995, dadas las confrontaciones entre bandas de distintos sectores del Barrio Antioquia, comenzaron a gestarse nuevos pactos. En 1996 surgió Probapaz, organización creada para coordinar el pacto de no agresión entre las bandas del Barrio Antioquia y emprender programas educativos, recreativos y comunitarios con niños y jóvenes. Se creó desde la misma comunidad un proyecto de paz y convivencia comunitario que buscaba completar el proceso iniciado en 1993, con el objetivo de recuperar el estado de convivencia y paz que logró el barrio en los dos años anteriores, a través de un proceso de acercamiento con los actores involucrados en el conflicto. Esta segunda etapa del proceso posibilitó una concertación más específica de lo público, lo privado y lo comunitario.

¹⁷⁹ Este tipo de iniciativas se identifican desde el período anterior, 1980-1995, a raíz del papel que jugó la Mesa de Trabajo por la Vida, convocada por la Arquidiócesis de Medellín tras la masacre de Villatina en 1992 y acogida por organizaciones cívicas, no gubernamentales, de defensa de los derechos humanos, sindicales, juristas y periodísticas de la ciudad, y que poco a poco se ganó un espacio de respeto entre la comunidad. Algunos de los pactos impulsados por la Mesa de Trabajo por la Vida se iniciaron desde 1993, por ejemplo en Villatina y el Barrio Antioquia.

Como líderes barriales nos vimos motivados a promover nuestra propia política de paz, porque nos sentíamos saturados de violencia [...]. La estrategia que se utilizó para llegar a estos jóvenes que se encontraban en conflicto fue el diálogo directo con ellos y el compromiso de que nosotros hablábamos con las otras cinco bandas del sector para hacer un pacto de caballeros de no agresión y no más muertes violentas [...]. Fue así como reunimos a los muchachos líderes de cada grupo en una bodega del barrio a conversar y aunque asistieron entre 30 y 40 muchachos, todos armados, se hizo un pacto de paz entre ellos. Sin prometerles nada (trabajo, ayudas económicas, libretas militares, capacitaciones, etc.) los jóvenes se entregaron a esta propuesta de paz, la aceptaron y la sostuvieron durante algún tiempo [...]. El 27 de diciembre se produce un pacto de paz entre las seis bandas a partir de la convocatoria que hace Roldán, un líder del sector, a los diferentes combos. Inmediatamente la dinámica del barrio se transforma, la gente empieza a salir a las calles y aparece uno de los cuerpos que le da unidad al barrio: la fiesta y la rumba, y es por eso que el 31 de diciembre de 1993 tiene un significado muy grande en el imaginario de sus habitantes. Fue ese día en el que la gente volvió a salir tranquilamente a la calle, se integró y recuperó el espacio que estaba sitiado por el conflicto armado. En 1994 entran las diferentes entidades: Estado, empresa privada, ONG, organizaciones barriales y la Iglesia a apoyar ese pacto de paz desde diferentes propuestas de trabajo para los jóvenes (entrevista a líder del Barrio Antioquia, Probapaz, 1998).

Los cambios producidos por los pactos de convivencia en el día a día de los habitantes de los barrios eran tan evidentes que el interés por promoverlos venía de los sectores sociales, integrantes de bandas y organismos estatales, pero también involucraba a toda la comunidad, toda vez que “las muertes correspondían a gentes del barrio producidas por gente del mismo barrio”. Esto implicaba, por un lado que fuese más difícil el perdón y la reconciliación, pero también que fuera más probable la in-

tervención de ciertos líderes para proponer negociaciones y pactos que pusieran límites a los actores (Nieto, Alzate y otros, 2008, página 242).

Por esta razón el respeto a los pactos de paz se volvió central para la convivencia en los barrios, de ahí que durante este período fueran reiteradas las acciones que promovían el respeto por lo pactado. Se destacan la Marcha por la No Violencia en la zona nororiental, Manrique y Aranjuez en 1993 y 1996, y, en 1997 la Semana por la Paz y la Mesa de Diálogo por la Paz en el barrio Manrique Oriental, La Cruz. Igualmente se recurría a actividades culturales para convocar a la comunidad y propiciar espacios de encuentro y fortalecimiento de la convivencia.

Una entrevista con un líder de un barrio de la zona noroccidental dejó claro que los problemas entre los grupos armados se debían al control de los negocios en el territorio, pero en buena medida a malos entendidos, viejas peleas entre vecinos o rivalidades. Pero todos eran conscientes de la necesidad de proteger sus negocios, resguardar la vida de los vecinos y que las bandas no querían que se “calentara el parche”¹⁸⁰. Sin embargo, aunque los pactos traían la tranquilidad temporal al barrio, algunos vecinos cuestionaban esos acuerdos pues existía el riesgo latente de la ruptura del pacto y además era difícil lograr que se prolongara en el tiempo, de ahí que las negociaciones no resultaran como se esperaba. Así lo narró un líder comunitario:

Bueno, el impacto fue interesante, se podía caminar de noche más tranquilos, que ellos [jóvenes pertenecientes a grupos armados] de alguna manera acompañaban las actividades sociales. Claro, para mucha gente nosotros estábamos siendo condescendientes con los delincuentes y decía: “entonces uno se tiene que volver delincuente para que le den trabajo, pues porque si ustedes

¹⁸⁰ La expresión hace referencia a que en el territorio se llamara mucho la atención de las autoridades por los altos índices de violencia.

a mí no me dan trabajo y a ellos sí les dan trabajo, entonces ¿qué hacemos?”, y yo: “bueno, estamos tratando de encontrar un camino para que haya más tranquilidad en el barrio, y una manera es buscarle una alternativa económica a estos muchachos, bregar a que se motiven a estudiar, a que sigan algo en su vida”. Yo creo que con muchos no lo logramos, logramos que se pacificara, que entraran en una lógica de participación en cosas, pero en cosas: en una semana cultural, en una actividad deportiva, en una película. Teníamos que ser muy creativos para mantener algún interés en ellos. Ahora, eso dura hasta que claro [...] cuando se acaba la plata, ¿ya qué? Ya nos abandonaron y fuera de eso viene la crisis de la cooperativa y peor unos dicen: “nos endulzaron y nos abandonaron”. Yo voy por allá y me dicen cosas, me dicen: “qué hace que ustedes nos embaucaron en un cuento, nos endulzaron un tiempo y nos abandonaron después”. Algunos recuperaron, recuperaron familias, hay pelados que se lograron rescatar en la droga o por lo menos evitar que entraran a ese círculo de carritos y de que se volvieran el [...] fortalecían pues esas bandas algunos, obviamente hay nuevas generaciones que surgen ahí (CNMH, entrevista, hombre, líder comunitario, Medellín, 2016).

Este período finalizó con la decisión del alcalde Luis Pérez Gutiérrez de cerrar la Oficina de Paz y Convivencia (responsable de los pactos de no agresión y de la mediación con los actores armados locales), con el argumento de que no había cumplido su papel y que los recursos a su disposición se usaban para fines ilícitos, e hizo un llamado a la revisión del programa. El cierre de la Oficina dejó a la ciudad sin una política oficial para manejar el conflicto armado y puso nuevamente sobre la mesa el debate sobre la naturaleza de las negociaciones de paz con los actores armados locales (Riaño, 2006).

5.2.3.

Música para decirle no a la guerra

Debido a la agudización de las confrontaciones entre actores armados y a su fuerte presencia en los territorios, los jóvenes se vieron obligados a crear estrategias para la apropiación y el uso del espacio. Como parte de estas estrategias, propiciaron la creación de organizaciones sociales y actividades como conciertos, festivales, actos conmemorativos, religiosos y deportivos, que tenían el sentido de reivindicar el derecho a la vida y la no participación en la guerra.

La mayoría de estas acciones tuvieron una dimensión barrial. En 1996 se llevaron a cabo múltiples acciones que reclamaban por el derecho a la vida, las Jornadas por la Vida en el barrio Popular 2, comuna 1, la Semana por la Paz en la zona nororiental, la Fiesta por la Vida en la comuna 13, organizada por la Corporación Sal y Luz, las Fiestas por la Vida en la comuna 8 y en la zona nororiental (ver mapa 2: Medellín por barrios y comunas). También, en ocasiones, estas acciones tuvieron una intención de denuncia, por ejemplo en la zona Noroccidental en 1996 se convocó a una marcha para decir “No a la violencia” y denunciar las alianzas entre integrantes de la fuerza pública y bandas delincuenciales. Una de las consignas era: “No a la Policía, al Ejército y a los grupos paramilitares y sí a la comunidad organizada” (Urán, 2000, página 148).

En el Barrio Antioquia, a pesar del impulso de alianzas y pactos para cesar la guerra, la confrontación entre bandas continuaba. No obstante, la actividad comunitaria crecía en los campos recreativo, cultural y educativo. Aparecieron nuevos liderazgos, particularmente de mujeres y jóvenes que compartían una visión de su barrio, en la que a partir de la valoración de la historia local, la cultura y el trabajo con los niños ofrecían los medios para reconstruir un sentido de comunidad y una paz du-

radera. Después de 1997 el trabajo de estos líderes obtuvo un reconocimiento importante y logró involucrar a cientos de niños en actividades deportivas, de arte, danza y grupos juveniles de teatro. Sin embargo, factores como las renovadas guerras territoriales, la ausencia de fondos para financiar sus programas y los cambios en la política local y en las alianzas amenazaron la continuidad de su trabajo y su liderazgo (Riaño, 2006).

Se destaca para este período el festival Antimili Sonoro. Esto inició como un acto para conmemorar el día internacional de la objeción de conciencia y mostrar las formas de reclutamiento forzado de los jóvenes en la ciudad. El Antimili era una forma de “liberar espacios” pero también una acción de resistencia frente al dominio de actores armados, organizado por un colectivo de grupos de diversos géneros musicales y la Red Juvenil, se realizó durante 15 años desde 1998 en el Parque Obrero del barrio Boston. Como señaló el relato de uno de los entrevistados:

Con la música pudimos liberar espacios, porque eran espacios de la ciudad donde operaba otra lógica, la ciudad funcionaba de otra manera, funcionaba colaborativamente. Yo fui a la Red Juvenil y conversamos. Yo recuerdo que hablé con dos parceros [amigos] y yo les conté: “parce a mí la verdad yo siento que aquí hay como dos cosas en las que nos podemos ayudar. Ustedes tienen una idea bacana, están hablando de una cosa que es importante para esta ciudad que es la objeción de conciencia, pero no mucha gente los está escuchando y nosotros tenemos una herramienta para llamar gente que es la música y sobre todo una música que de alguna manera resuena con ese tipo de causas y vueltas, entonces pues la gente va a tener como unos oídos bien dispuestos” (CNMH, entrevista, hombre, músico, Medellín, 2015).

Entre 2000 y 2003 la fuerte confrontación armada vivida en la comuna 13 y en la comuna 3, sumada a las operaciones militares que se hicieron en varias zonas de la ciudad (como operación Orión, Mariscal,

Estrella 6), llevaron a los habitantes a emprender acciones de tipo simbólico y cultural para hacer frente a esa violencia. En el caso de la comuna 13, mientras sus habitantes resistían e intentaban recuperarse de las diferentes operaciones militares, los jóvenes comenzaron a hacer del hip hop la herramienta para contar sus historias, para decirle “no más” a los violentos. En ese sentido, se destaca la realización del festival musical convocado por la Red Hip Hop La Élite de la comuna 13, el cual nació en el año 2002 con la consigna “En la 13 la violencia no nos vence”, y que sirvió como antecedente al festival “Revolución sin muertos” que tuvo lugar a partir del año 2004, como una jornada por la paz, la memoria y la no violencia. Este proceso contó con el apoyo de la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ-YMCA), organización con sede en San Javier y que ha acompañado el trabajo con jóvenes y organizaciones de la comuna 13.



📷 Festival Revolución Sin Muertos. Comuna 13, 2010. Fuente: archivo Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ).

También en la comuna 13, como una forma de responder a las “frenteras invisibles” y cierres por parte de los actores armados, se desarrollaron acciones que buscaban recuperar espacios de uso colectivo de la comuni-

dad como la calle, las canchas y el tiempo de la noche. Los líderes de los semilleros y grupos juveniles, en especial La Corporación Jóvenes Líderes Unidos, realizaron eventos públicos que intentaron recuperar el sentido del encuentro social con actividades como alboradas y torneos de fútbol. Estas acciones, según los jóvenes, buscaban reclamar justicia y reforzar el mensaje de la no violencia como alternativa (CNMH, 2011a).



Caravana juvenil. Porque los límites no son fronteras! Junio 2008. Fuente: archivo ACJ-YMCA.

El deporte, en particular los torneos de fútbol, también fueron una forma de recuperar espacios a la guerra en los barrios. Por ejemplo, en el barrio Independencias III se realizó una semana nocturna, la gente reunía equipos con los grupos juveniles de 4 Esquinas, los de Juventud XXI, los de Conquistadores y los del 12 para jugar partidos relámpagos a partir de

las 10:30 de la noche hasta las 11:30 p.m. En el año 2001, ante la presencia y confrontación de diferentes grupos armados en el barrio Los Mangos y las fronteras invisibles, se desarrollaron actividades deportivas impulsadas desde la Mesa de Convivencia del barrio (Nieto, Alzate y otros, 2008).

En cuanto a las actividades deportivas, vale la pena destacar el papel del Instituto de Deportes y Recreación (INDER) como promotor y acompañante de muchos de estos procesos. Su acción se vio encaminada a promover el deporte como un medio para calmar los ánimos y buscar el retorno a la cotidianidad en los barrios en contextos de confrontación entre actores armados.

Como se señaló anteriormente, el protagonismo de los jóvenes durante este período se vio también reflejado en la participación y conformación de organizaciones artístico-culturales como Crew Peligrosos y su proceso 4 Elementos Skuela, Realizadores de Sueños, Red Élite Hip Hop, Fundación Forjando Futuros, Corporación Pasolini en Medellín, Corporación Cultural Diáfora, entre otras.

5.2.4.

Inicia el proceso de construcción colectiva de la memoria

Entre 1995 y 2002 hubo una serie de acciones de tipo reivindicativo y conmemorativo de la memoria de las víctimas de la violencia en el marco del conflicto armado en la ciudad. Para ello se realizaron intervenciones artísticas, marchas, plantones y placas conmemorativas a través de las cuales fue posible recordar a las víctimas y denunciar lo ocurrido.

La bomba puesta en el Parque Lleras tuvo una respuesta por parte de la sociedad, como relató una participante de los talleres de memoria. A

pocos días de los hechos, se congregaron familiares, amigos, vecinos que, superando el miedo al terrorismo, realizaron un acto de memoria a las víctimas:

Pero ese sábado siguiente por la noche mucha gente se fue para el Parque Lleras y hubo como un acto en memoria de las víctimas, pero estaba todavía todo quemado. Y en todo el parque montaron un escenario y cantó Andrés Cepeda y era pues todo el mundo llorando y mis papás: vamos, vamos. [...] Entonces me llamó mucho la atención fue la gente, no sé cómo habrá sido la bomba de verdad, pero aquí la gente se fue para la calle y se fue para el lugar de los hechos a decir ¡juepucha! Es que cantaban [...] había una canción que decía que el amor es más fuerte, y la cantaban y la cantaban y la gente lloraba, pues mis papás lloraban y yo no entendía eso, pero claro, para uno como de mi edad y de pronto los que ya eran mayores de edad que podían ir a esas partes, pues, lo estaban viendo tan en carne propia. A otros les estaba removiendo un pasado como con un delirio de persecución (CNMH, taller de memoria empleados sector financiero, mujer, Medellín, 2015).

También hubo expresiones artísticas como la jornada “Altavista pintó el dolor” en 1996, una jornada cultural para rendir tributo a la masacre de 16 jóvenes y exigir el esclarecimiento de los hechos, organizada por juntas de acción comunal, grupos juveniles y la Corporación Jurídica Libertad (Urán, 2000, página 151). En la zona nororiental, ese mismo año se colocó la placa conmemorativa por el asesinato de Silvio Salazar, director operativo de Con-vivamos, asesinado el 11 de febrero de 1996. La placa está acompañada de un grafiti en homenaje a Silvio, el cual fue realizado por Con-vivamos y por el grupo cultural y artístico Rajaleñas ese mismo año.



📷 Restauración del mural homenaje a Silvio Salazar en el marco del día de los liderazgos comunitarios. Medellín, Barrio Villa Guadalupe. Fuente: archivo Corporación Convivamos.

Otra experiencia pionera de construcción de memoria colectiva a partir de acciones simbólicas fue “La piel de la memoria”, un proyecto interinstitucional del que participaron la Corporación Región, Presencia Colombo Suiza, la Secretaría de Cultura de Medellín y Comfenalco. Bajo la dirección de la antropóloga Pilar Riaño y la artista Suzanne Lacy y a partir de un proceso de recuperación de la historia del barrio, se impulsó este proyecto de arte público comunitario que consistió en la construcción de un bus itinerante en el que se consignaron 500 objetos significativos para los residentes del barrio relacionados con sus vivencias. Según Giraldo, “debía ser itinerante porque el reto era que recorriera los diferentes sectores del barrio que no se podían comunicar, por razones de la guerra y el conflicto que se vivía allí”, cuenta el investigador Mauricio Hoyos (Giraldo, 2016, página 43)¹⁸¹.

¹⁸¹ Una explicación de esta experiencia puede consultarse en Hoyos (2001).



📷 Piel de la Memoria. Medellín, Barrio Antioquia, 1997. Fuente: archivo Corporación Región.

5.2.5.

La defensa de los defensores de derechos humanos

Hacia finales de la década de los noventa, en un contexto de recrudecimiento de la violencia en la ciudad y de persecución a defensores y organizaciones de derechos humanos, se produjo una proliferación de acciones enfocadas en la denuncia, protección y defensa de los defensores de los derechos humanos, sindicalistas, estudiantes y de otros líderes sociales. Especialmente en el período 1999-2001 fue álgida la persecución contra defensores y organizaciones de derechos humanos, como la Corporación Jurídica Libertad, Semillas de Libertad Codhesel y el Instituto Popular de Capacitación, entre otros. Las formas de acción en contra de estas organizaciones no eran sólo la amenaza, desaparición y asesina-

to, sino la judicialización de sus integrantes, algo que no sólo pretendía deslegitimar sus denuncias y señalarlos de aliados de la guerrilla, sino también llevarlos a prisión.

La paradoja de este período es que, si bien se trata de un momento en el que surgieron múltiples proyectos, premios, alianzas y posibilidades para las organizaciones sociales, comunitarias y de derechos humanos, también aparecieron persecuciones, señalamientos y vulneraciones a representantes y miembros de estas organizaciones, quienes se vieron incluidos en las lista de los sectores previamente afectados por la violencia política, como los líderes de derechos humanos, sindicalistas y académicos. Particularmente el año 2000 llegó con la desaparición de dos líderes de ASFADDES y la explosión de una bomba puesta en su sede, precisamente cerca al lugar donde esta organización almacenaba los archivos de sus investigaciones. En 1995 surgió el Proyecto Colombia Nunca Más, un proceso iniciado por varias organizaciones sociales y de derechos humanos, convocado a nivel nacional y realizado por numerosas organizaciones sindicales, campesinas, comunitarias, eclesiales y culturales, de carácter local, regional y nacional, que se fueron articulando a través de los equipos de trabajo de diferentes regiones¹⁸². El proyecto Colombia Nunca Más terminó siendo una iniciativa para recuperar la memoria de las víctimas de la última etapa de violencia política en el país.

Hacia finales de la década de los noventa, la Universidad de Antioquia se constituyó en un espacio desde el cual estudiantes, profesores y empleados promovieron acciones por la defensa de los derechos ante el

182 La idea de este proyecto surgió en la etapa final de la campaña denominada "Colombia Derechos Humanos Ya" realizada por organizaciones sociales y de derechos humanos no gubernamentales a mediados de los años noventa. Estas pretendían hacer una denuncia nacional e internacional de las múltiples violaciones a los derechos humanos y de la impunidad en que se encontraban. Algunas de las organizaciones que hicieron parte fueron: ASFADDES, Fundación Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, Colectivo de Derechos Humanos Semillas de Libertad, Corporación Jurídica Libertad, Asociación Nacional de Ayuda Solidaria (MOVICE, 2008).

recrudescimiento de la violencia sobre la Universidad. Se destacan como hechos de gran impacto para las resistencias ejercidas desde la academia y por la defensa de derechos humanos los asesinatos de Jesús María Valle en 1998, jurista y defensor de derechos humanos, y en 1999 de Gustavo Marulanda y Hernán Henao, estudiante y profesor de la Universidad de Antioquia respectivamente.

En este contexto se recuerda la valentía y el compromiso de sujetos y organizaciones que mantuvieron el ejercicio académico y de denuncia a pesar de las violencias (CNMH, taller de memoria Equipo Basta Ya, 2015; CNMH, grupo focal defensores de derechos humanos, 2015). Después de estos asesinatos surgieron en la Universidad colectivos como el Comité de Derechos Humanos Gustavo Marulanda que sostuvieron una estrategia de denuncia y protección de sindicalistas, estudiantes y líderes sociales. Desde el año 1999 se celebran en la Universidad de Antioquia las Jornadas por la Vida y la Libertad Jesús María Valle, un espacio académico, político y cultural impulsado por estudiantes y profesores de la Facultad de Derecho como un homenaje a este defensor de los derechos humanos.

5.2.6.

El valor de llamar las cosas por su nombre

Entre 1995 y 2002 los artistas, escritores y cineastas de la ciudad lograron con sus trabajos expresar lo que sucedía y capturar las particularidades de la guerra en la ciudad. Libros, crónicas, películas, pinturas y música se convirtieron en actos de resistencia en sí mismos pero también en ventanas informativas que buscaron visibilizar, denunciar, alertar, hacer comprender lo que pasaba en la ciudad, para que sus habitantes conocieran lo que estaba sucediendo (taller de memoria empleados sector financiero, taller de memoria zona noroccidental, grupo focal creadores).

En 1995 apareció la obra de Fredy Serna, joven de Castilla, estudiante de Artes de la Universidad Nacional:

[...] quien empezó a decir cosas entonces impensables como: “aunque en nuestras montañas se cruzan fuerzas duras, salvajes, también son tiernas, fantásticas, llenas de encantos”. Su principal aporte [...] fue cambiar el punto de vista desde donde se estaban construyendo los relatos de Medellín. Estas inéditas apropiaciones espaciales lograron un giro no sólo estético sino político de la mirada. [...] Serna se convirtió en el cronista de la “segunda fundación de medellín” (Salazar, 1996), como ha sido nombrada la apropiación caótica de sus laderas” (Giraldo, 2016, páginas 18- 20).

Mata que Dios perdona es una obra de Patricia Bravo creada en 1996. “Es una instalación en la que el horizonte y el cielo se tiñen de rojo en tres grandes fotografías. Sobre esta mancha se reproduce una lista con los nombres de las 4.675 personas que tuvieron una muerte violenta en Medellín ese año” (Giraldo, 2015, página 21). Por su parte, en *Horizontes*, versión de Carlos Uribe, 1999:

El dedo del campesino señala una tupida selva sobre la que vuela una avioneta mientras riega glifosato sobre los campesinos antioqueños sembrados ahora de coca. [...] Uribe retomaría esta reflexión en 2010, como un mural realizado en el Centro Colombo Americano, donde el campesino de Cano se transforma en Pablo Escobar, personaje que parece ser ahora el descubridor y señalador de los nuevos y tumultuosos horizontes. Una lectura tan descarnada y polémica que a casi dos décadas de la muerte del capo causó un profundo malestar en la ciudad, con repercusiones en la prensa nacional (Giraldo, 2015, páginas 21 y 22).

La artista Gloria Posada, cuando era todavía estudiante “se había interesado por las huellas de los habitantes del campus de su universidad y había seguido las sinuosidades de sus devenires espon-

táneos, contradiciendo cotidianamente las rígidas pautas de movilización que imponía el orden arquitectónico del lugar”. En 1997, volvió a tratar el tema pero ya desde una perspectiva macropolítica. Entonces se interesó por los caminos de la exclusión de un país expulsor, siguiendo el rastro de la población desplazada de Sabanalarga. Tomó fotos de las manos de estos nómadas de la guerra y construyó con esas líneas nuevas rutas en la instalación-territorio *Caminos de vida* (Giraldo, 2015, página 25).

Estas obras “se habían decidido por un acercamiento a planteamientos más o menos generales sobre la violencia”, sin embargo, “puede rastrearse al tiempo en la producción artística de estos años otra tendencia a ocuparse de hechos concretos, con nombre propio, que así se proponen como símbolos más o menos complejos de la reciente historia colombiana” (Giraldo, 2015, página 29). Masacres y bombas han sido registrados por distintos artistas, aunque desde técnicas y sobre todo perspectivas diferentes, como por ejemplo: *La muerte de Pablo Escobar* (Botero, 1999), *Guayacán* (Ethel Gilmour, 1994). Las recurrentes bombas que se pusieron en las calles de Medellín también ha sido un tópico retomado por varios de nuestros artistas: *Carrobomba* (Botero, 1999), *Lo que quedó* (Bravo, 1997).

También es importante resaltar para este período otros artistas que han contribuido a esas formas de narrar la violencia y la guerra en la ciudad: Clemencia Echeverri, Ana Claudia Múnera, Jesús Abad Colorado, Taller 7, Mauricio Carmona, Germán Arrubla, Víctor Muñoz, Ana Patricia Palacios, Libia Posada. Igualmente es importante señalar iniciativas como el Programa Desearte Paz, liderado por la galería del Centro Colombo Americano desde 2002, encabezada por su director, Juan Alberto Gaviria. Este espacio fue una apuesta social de la Galería de Arte, en la que se promovía un modelo de desarrollo cultural comunitario a través de prácticas artístico-sociales, donde artistas internacionales, nacionales y locales orientaron procesos creativos en comunidad, que conllevaron a

los y las participantes de la experiencia a una reflexión de las realidades del entorno que atentaban contra la calidad de vida o el libre y digno desarrollo individual y colectivo. El modelo implicó reflexionar sobre las realidades que atentaban contra la calidad de vida. La búsqueda no era sólo contribuir, por ejemplo, a la construcción de vivienda, era también recordar que desde la metáfora se sanean psicológicamente las comunidades afectadas (Giraldo, 2015).

En la literatura y el cine se encuentran obras que narran y reconstruyen la Medellín del narcotráfico. Como lo describe Alzate, las características principales de este grupo de relatos son la crudeza y la crueldad de los episodios narrados: la ciudad que se desangra, la guerra incesante y la lucha por el poder. Las narraciones del narcotráfico sintetizan una violencia en la que convergen la violencia política, la violencia armada y la violencia que se desprende de la injusticia social. Son relatos que tienen como eje la figura del joven sicario, el asesino a sueldo de las barriadas cuyas motivaciones son la situación de exclusión y el deseo de superar la pobreza, su credo el amor por la madre y su mayor contradicción ontológica la confianza en la Virgen María (Véase Alzate, 2015, página 20).

Una intervención artística que es importante destacar es la que se llevó a cabo en el Metro de Medellín durante la década de los noventa, en la que se elaboraron figuras religiosas en casi todas las estaciones. Mientras Alberto Valencia fue gerente del Metro, entre 1993 y 1998, el miedo a un ataque con bombas fue una preocupación para muchos en la ciudad, de ahí que el artista Humberto Pérez le propusiera poner Marías a custodiar el Metro para evitar que el atentado sucediera.

Las estaciones del joven metro de Medellín en plena década de los noventa fueron decoradas con representaciones de múltiples advocaciones marianas, como en los tiempos de la Colonia, ni más ni menos. Con esta acción, que repetía la tradición popular de una

virgencita en cada esquina de la ciudad, se esperaba contener la desatada violencia de aquellos años. [...] En medio de esa oleada de carros bombas y atentados, Hernán Pérez le dice al gerente del Metro: “nos van a hacer un atentado terrorista, entonces encomendémosle las estaciones a las vírgenes”. Por eso las vírgenes, esas figuras de la mamá, de la religiosidad, se pusieron allí. Se encomendó, entonces, cada estación a una virgen. Sin embargo, fue una mirada y una propuesta muy artística. Hubo vírgenes de todos los colores y de todas las técnicas (Giraldo, 2016, página 38).

5.3.

La memoria como resistencia: 2006-2014

Como se vio en capítulos anteriores, durante el período 2006-2014 hubo una importante reducción del número de homicidios y un cambio en las características de la violencia. De igual forma la ciudad pudo sentir el impacto de la tregua de los paramilitares y su posterior desmovilización. Fue un período de fortalecimiento de las instituciones locales, de fuertes apoyos por parte de agencias internacionales de cooperación y de ejecución de políticas públicas con énfasis en los derechos humanos y creación de programas de apoyo a las víctimas del conflicto armado. En buena medida todo ello fue una respuesta institucional a las demandas de organizaciones sociales y de víctimas, como se mostró en el apartado anterior. Este es un escenario propicio para que la acción colectiva de las organizaciones sociales exponga en el escenario público sus demandas de reconocimiento de lo vivido durante el conflicto armado, se reivindiquen las memorias de las víctimas de ese conflicto y se reclame por verdad, justicia y reparación.

Es así como emergieron con fuerza y se consolidan acciones encaminadas a garantizar los derechos de las víctimas y resistir al olvido. Los

protagonistas fueron las víctimas del conflicto armado, particularmente las mujeres y jóvenes, y sus organizaciones. Gracias a la demanda continua de estas y al acompañamiento de ONG tanto locales como nacionales, se ha logrado avanzar en el reconocimiento de los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación, reflejado en el diseño institucional a partir de 2005 (Muñoz, 2015). Pero también el arte, la música, el grafiti, los performance, los festivales, las pequeñas y cotidianas acciones de memoria de los familiares y amigos han hecho que en Medellín se presenten acciones profusas y variadas para llamar la atención sobre el pasado, pero visto desde el presente y con el objetivo de evitar que ocurra nuevamente.

5.3.1.

En honor a nuestras víctimas, para que no nos vuelva a pasar

Entre 2001 y 2003 se presentó una agudización del conflicto armado en la ciudad, cuyo ápice fueron las acciones militares a gran escala en la comuna 13 y en la comuna 3 (ver mapa 2: Medellín por barrios y comunas). Como respuesta a estos operativos y a la violencia anterior y posterior a los hechos, los habitantes desarrollaron acciones y procesos con un sentido conmemorativo, pero también con la intención de exigir verdad, justicia y garantías de no repetición, dadas las violaciones a los derechos humanos que trajeron consigo los operativos militares y la consolidación de los grupos paramilitares en la ciudad.

En la comuna 13, desde 2002, cada 21 de mayo y 16 de octubre se realiza la conmemoración de la operación Mariscal y la operación Orión, respectivamente. Con una gran variedad de acciones como foros, vigiliass, recorridos, performances y el Festival Revolución Sin Muertos, se conmemoran estos hechos y su significado para la población. Los jóvenes

han relatado con el hip hop lo que sucede en la ciudad y pueden considerarse agentes de memoria debido a sus canciones pero también a los grafitis, fiestas y estéticas que dan cuenta de lo que pasó en el barrio, en particular sobre las operaciones militares de 2001-2002¹⁸³. Uno de los colectivos de hip hop que guarda la memoria en sus letras y acciones es Agroarte. Ellos combinan el hip hop con la siembra: “Esta es una apuesta de acrobacia, un grupo de raperos que enseña rap, hip hop, pero como condición le enseñan a los niños que deben aprender a sembrar, a arar la tierra” (CNMH, Recorrido Centroccidental, hombre, Medellín, 2015). Han recurrido a la siembra y a la metáfora de la tierra que da frutos para preservar la memoria. Es así como a las afueras del cementerio de San Javier crearon un jardín vertical y en cada planta se escribe el nombre de un ser querido ausente: asesinados o víctimas de desaparición forzada. Uno de los líderes de Agroarte expresa: “Es muy loco porque nosotros juntamos tradiciones normales de la gente y la metemos dentro de un contexto. Mira, nosotros no somos ni que religiosos ni nada, pero nos gusta la gente cómo simboliza la vida, o sea, los símbolos, la ritualización de la vida, o de la muerte” (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

¹⁸³ Es el caso de la canción “Amargos recuerdos”: “lo recuerdo / hay fechas memorables / cómo recuerdo / el nombre de personas inolvidables / hay historias aterradoras / de asesinos despreciables / un 21 de mayo, 16 de octubre / no se hable (...) / Mariscal y Orión / acertijos indescifrables / en calles cientos de heridos / y una lista interminable / y como todos saben / no han hallado el responsable / miembros de la autoridad / con sus verdes trajes / a diestra y siniestra / disparan con sus ideales / ideales inestables / de una guerra tan insoportable / lo mismo son de asesinos / sólo que estos son legales. / Nadie sabe qué se siente / hasta que sucede / llanto, rabia, miedo e impotencia (...)” (C.E.A., “Amargos recuerdos”).



📷 Conmemoración Operación Orión. Medellín, 2016. Fotografía: Harold García para el CNMH.

El grafiti y los murales han sido elaborados en diferentes partes de la ciudad para hacer homenaje y memoria de personas asesinadas. El grafiti narra, interpela y cuestiona en tiempos presentes, pero también preserva la memoria de tiempos pasados y hace llamados al futuro. Para Kbala, rapero de la comuna 13, el grafiti opera como preservador de la memoria; sobre la obra *Mariscal*¹⁸⁴, explica:

[Mariscal] deja como resultado siete niños asesinados. Socorro Mosquera [...] sale a la calle con un pañuelo blanco y empie-

¹⁸⁴ Su nombre hace referencia a la operación militar llevada a cabo el 21 de mayo de 2002. En la obra se observan tres animales, cada uno con un pañuelo y con un significado particular: el águila, la libertad; la lechuza, la sabiduría y el conocimiento; y los elefantes, la memoria, ya que el elefante es el animal que más memoria tiene (Giraldo, 2015, página 53).

za a gritar que no más guerra. Eso genera una acción colectiva donde todas las personas de la comuna 13 desde los balcones y las ventanas sacaron pañuelos y sábanas blancas y gritaron “no más guerra”. Ese día esa acción colectiva, esa unión de la comuna ganó y la guerra, por ese día se detuvo. Cada una de las obras representa la acción colectiva con el pañuelo blanco (Giraldo, 2015, página 53).

El grafiti ha sido una expresión tan fuerte en la comuna 13 que incluso ha dado lugar a la realización de uno de los recorridos más reconocidos en la ciudad, se trata del “Grafitour”, “un recorrido histórico, estético y político” liderado por los jóvenes de Casa Kolacho y en la cual se camina por las calles de la comuna para conocer sus dinámicas. Narran las acciones violentas que la comuna 13 ha vivido, pero también, y muy especialmente en la narrativa de los últimos años, el “Grafitour” conserva la memoria de las acciones de resistencia en el territorio.





📷 Grafitours comuna 13. Medellín, 2011. Fuente: archivo personal Jenny Giraldo.

Al occidente de la ciudad, en la comuna 6, se mantiene viva la memoria del defensor de derechos humanos Jesús María Valle¹⁸⁵, y hay diversas acciones que así lo muestran¹⁸⁶. Si bien esas marchas tienen el sentido de recordar la memoria de Jesús María Valle, también son ocasiones para activar otras demandas, para dialogar con los grupos armados del territorio y pedir que paren las fronteras invisibles y los asesinatos de jóvenes. En un acto simbólico, los marchantes llevaban ataúdes vacíos con espejos para que cada uno de los que se aproximaba a ellos viera su imagen reflejada y comprendiera que la violencia podía acabar con la suya propia. Con su acto exigían: “Ni un muerto más en mi comuna”.

Fue frecuente en este período la creación de organizaciones centradas en la recuperación de la memoria histórica de los barrios y comunas. Una de ellas fue el Comité de Impulso de Acciones de Memoria de la Comuna 13, fundado en febrero de 2012. El Comité ha liderado las conmemoraciones anuales de las operaciones Mariscal y Orión y ha acompañado el proceso de exigencia de verdad en torno a La Escombrera. Es un espacio de encuentro de diversos ejercicios relacionados con la memoria y la reparación. De esta forma buscan “que todo el que participe pueda cumplir sus objetivos aportando a su vez a la construcción de posibilidades de reflexión y reparación a las víctimas desde la memoria y la no violencia” (Comité de Impulso de Acciones de Memoria de la Comuna 13, s.f.).

Otra organización es Lluvia de Orión, una corporación que trabaja con la pedagogía de la memoria y la no repetición. Lluvia de Orión, como

185 Como rechazo a la muerte del abogado Jesús María Valle y defensa de su labor, la banda de rock Parlantes grabó la canción “Camino al valle” (2005): “La primera parada / mirar el mostrador / un yogurt un pan / cuánto valen por favor / soy gotera de agua / en el espejo retrovisor / no termina la marcha / la promesa se gasta / camino eterno / es el camino al valle / el camino al valle / mi camino al valle / Jesús María Valle”.

186 En 2005 se realizó una marcha por Jesús María Valle, llamada Marcha Contra la Violencia, en la cual participaron los colegios de la comuna portando una pancarta con la imagen de defensor de los derechos humanos.

sus mismos creadores lo afirman, parte del concepto de la “memoria recreada”, entendida como una metodología propia que pretende acercarse “a la memoria del conflicto armado como si fuese una cantera de historias que debemos recrear”. Consideran que la recreación, en el sentido de la reelaboración de las memorias, pero también del movimiento, permite que los participantes tomen un papel activo en el presente a partir de la divulgación de dichas historias; se habla de papel activo en tanto los participantes se valen de diversas técnicas artísticas para hacer memoria (Lluvia de Orión, s.f.).

En la comuna 3, la Red de Instituciones y Organizaciones Comunitarias de los barrios La Cruz, la Honda y Bello Oriente, en asocio con el Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia (2013), realizó un proyecto que tenía como objetivo la reconstrucción de la memoria colectiva de los procesos de asentamiento y poblamiento de estas comunidades. Esta acción ayudó en la consolidación del tejido social, el autorreconocimiento como agentes de resistencia al reconstruir sus procesos de organización, de defensa de sus derechos a habitar la ciudad, de la violencia que han debido enfrentar, pero también de la resistencia civil para hacerle frente.

Hay algunas iniciativas gestionadas y ejecutadas por la administración municipal, que para algunas víctimas de la ciudad son un logro de sus reivindicaciones y demandas. Es el caso del Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado¹⁸⁷, de la Unidad Municipal de Atención y Reparación

¹⁸⁷ El Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado, creado mediante acuerdo municipal 045 de 2006, hizo parte de la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía de Medellín. Su objetivo era trabajar por el restablecimiento de los derechos de las víctimas del conflicto armado y el reconocimiento de su dignidad. Para ello el Programa trabajó desde cuatro áreas: Reparaciones y acompañamiento jurídico, oferta institucional y sostenibilidad económica, asesoría, acompañamiento/atención psicosocial y memoria histórica. Algunos de los proyectos desarrollados por el Programa de Víctimas son: “Museos comunitarios” tuvo como eje la participación ciudadana como posibilidad para la construcción de conocimiento desde la reflexión y el hacer; para ello se conformaron grupos en diferentes barrios de la ciudad con la pretensión de identificar sus patrimonios, articular los proyectos desarrollados en estos territorios y fortalecer las dinámicas grupales. El concurso “Experiencias Comunitarias de Memoria del Conflicto Armado” es una propuesta que buscó reconocer y fomentar las iniciativas

a Víctimas¹⁸⁸ y de la Casa Museo de la Memoria. Una de las lideresas de las víctimas de desplazamiento forzado y participante de la Mesa de Participación de Víctimas de Medellín se refirió así a la Unidad de Víctimas:

Esta movilización y organización de las víctimas en Medellín comenzó fuerte desde 2005 y así logramos que la Alcaldía de Medellín fuera la primera con una gerencia de desplazados y hoy ya tenemos la Unidad Municipal. Así logramos tener una atención diferencial del Estado, porque logramos que se nos reconociera como víctimas con derechos y no como población de pobres históricos (Unidad para las víctimas, 2016).

Como se desprende de ese testimonio, para que estos programas funcionaran mucho antes de la Ley 1448 de 2011 fue fundamental la fuerza organizativa de las víctimas. Así también lo reconoce una funcionaria de la Casa Museo de la Memoria entrevistada:

Eso es fundamentalmente por la fuerza organizativa de las víctimas que ha ayudado mucho a que la ciudad no se quede tranquila, que la ciudad tenga ese tema latente ahí. Yo creo que pues también ayudamos mucho a que la ley se construyera, a que hubiera una respuesta ya de política pública por esa demanda que hubo. Pero el origen del programa de víctimas fue muy bello porque activó, movió y dio mucha voz (CNMH, entrevista, mujer, funcionaria de la Casa Museo de la Memoria, Medellín, 2016).

comunitarias sobre memoria histórica a la vez que se fortalecían las organizaciones sociales mediante los estímulos económicos que se otorgaban. De cada comuna se seleccionaba la iniciativa con más puntaje, las cuales debían hacer parte de una de las siguientes áreas: pedagógica, medios alternativos de comunicación o creativa (literatura, artes escénicas, audiovisual, artes visuales o música) (Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado, 11 de noviembre de 2011).

188 En 2012, tras la promulgación de la Ley 1448 de 2011, la Alcaldía fusionó el Programa de Atención a Víctimas y la Unidad de Atención a Población Desplazada y creó en noviembre de ese año la Unidad Municipal de Atención y Reparación a Víctimas como responsable de coordinar la política pública de atención y reparación a víctimas del conflicto armado en la ciudad. La Unidad continuó con proyectos como "Museos comunitarios" y "Ruta de memoria joven", entre otros. (Unidad Municipal de Atención y Reparación a Víctimas, 2013).

La Casa Museo de la Memoria de Medellín, inaugurada en diciembre de 2011, es un espacio que logró ser apropiado por parte de comunidades y organizaciones de víctimas de la ciudad. La iniciativa fue gestionada y puesta en ejecución por parte del Área de Memoria Histórica del Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado¹⁸⁹. Algunas organizaciones de víctimas, comunitarias y colectivos culturales se han apropiado de la institución. Ellos hacen mayor énfasis en el apelativo de “Casa” que de “Museo”, porque la sienten como un lugar para estar, su punto de encuentro, discusión, construcción y ejecución de muchas de sus iniciativas de memoria y construcción de paz, además de tener un papel protagónico en las decisiones sobre el enfoque dado a los procesos a su interior.

Yo creo que la dinámica estaba, lo que faltaba era la convocatoria, yo creo que las organizaciones estaban ahí listas y dispuestas y llenas de procesos, proyectos, iniciativas y de un montón de cosas importantes, yo no creo que el Museo hubiera hecho nada particular o distinto a convocarlas y darles un lugar. Eso es un trabajo de ellas, ese no es un trabajo nuestro, pues el lugar les da resonancia y les da articulación con otros procesos y otras organizaciones, pero la convocatoria era convocarlas (CNMH, entrevista a funcionaria Casa Museo de la Memoria, Medellín, 2016).

La Casa Museo de la Memoria apoyó el desarrollo de proyectos como “Memorias en Diálogo”¹⁹⁰, el cual surgió en 2014 con el objetivo de “dinamizar acciones tendientes a la construcción de memoria y el fortalecimiento de iniciativas de Paz en las comunas 1, 6, 8 y 13 de Medellín”.

¹⁸⁹ Fue incluido en el Plan de Desarrollo Municipal 2008-2011 “Medellín es solidaria y competitiva”, en la línea 1. Medellín, ciudad solidaria y equitativa, en los componentes: Reconciliación, restablecimiento de derechos y reintegración social y económica – Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado. En este sentido, esta iniciativa es leída como una respuesta del Estado para cumplir con su deber de memoria.

¹⁹⁰ El proceso está integrado por la Corporación Convivamos (comuna 1), la Corporación Picacho con Futuro (comuna 6), La Corporación Ciudad Comuna (comuna 8), la Asociación Cristiana de Jóvenes (comuna 13), La Corporación Pulp Movies y el Museo Casa de la Memoria.

Pero la memoria ha sido una forma de resistencia política mucho antes de la aparición de estos programas de la Alcaldía. En la ciudad abundan las marcas de la violencia y de la resistencia, es así como los grafitis, murales, altares, placas conmemorativas, vírgenes, santos, jardines han sido expresión de la memoria en los espacios de lo cotidiano, íntimo, familiar o comunitario. Todos ellos realizados por personas interesadas en mantener la memoria de aquellos que murieron debido al conflicto armado y la violencia en la ciudad (Medellín, Alcaldía, Programa de Atención a Víctimas, 2010; Arenas Grisales, 2014).

Un claro ejemplo de este tipo de acciones es el mural en homenaje a las víctimas en la iglesia de Santo Domingo Savio en la comuna nororiental. Construido en 2005 y ubicado en la parte posterior de la iglesia de Santo Domingo Savio, en él están escritos los nombres de más de 380 personas asesinadas en el barrio.





📷 Mural en la parte posterior de la Iglesia Santo Domingo Savio. Fotografía: Sandra Arenas.

Se construyó por iniciativa del sacerdote Julián Gómez junto con habitantes del barrio, desmovilizados del grupo paramilitar Cacique Nutibara y exmiliticianos. Hacía parte de un proceso de negociación entre grupos armados y de reconciliación entre estos y los vecinos del barrio. Los nombres en el mural incluyen a los vecinos que murieron en las confrontaciones entre grupos armados por balas perdidas o por cruzar fronteras invisibles, entre otras circunstancias, pero también los de hombres y mujeres que hicieron parte activa de estos grupos armados y que fueron responsables de las muertes de sus vecinos. La construcción del mural tuvo el objetivo de fortalecer los vínculos de identificación debilitados por los enfrentamientos entre los diferentes bandos. El lugar se transformó en un espacio de conmemoración. No era sólo una forma de expresión de memoria: el mural demandaba transformaciones y reconocimiento del pasado. La frase escrita en él: “En honor a nuestras víctimas, para que no nos vuelva a pasar”, dejaba claro la responsabilidad social del acto de recordar. El mural señalaba un horizonte ético al demandar que esos actos no deberían ocurrir de nuevo. No obstante, por inscribir en él tanto a

víctimas como a perpetradores instauró la discusión sobre quién merecía ser reconocido como víctima y qué vidas eran dignas de ser recordadas, sobre la posibilidad o imposibilidad de reconocimiento del daño y la vulnerabilidad como factor común (Arenas y Coimbra, 2016).

5.3.2.

Resistir en medio de la confrontación armada

Dadas las particularidades del conflicto en la ciudad es fundamental destacar las acciones que quisieron resistir frente al dominio de los actores armados. Tal vez una de las acciones más anclada en la memoria de los habitantes de la comuna 13, pero de igual forma en muchos habitantes de la ciudad, es aquel momento durante la operación Mariscal el 21 de mayo del 2002, cuando una multitud de personas agitaron pañuelos blancos desde sus ventanas o salieron a la calle para exigir el cese al fuego. La acción buscaba parar la guerra para permitir llevar a los heridos al centro médico. Según el Informe del CNMH sobre el desplazamiento forzado en la comuna 13 (2011), una niña se paró en la calle con un palo y agitando una sábana blanca pidió detener la confrontación. El relato quedó inscrito en la memoria colectiva de la guerra como una acción intrépida que logró detener los combates. Un joven líder de procesos comunitarios, a quien le tocó de manera directa dicha operación, compartió un relato casi heroico del momento:

La gente empezó a salir con banderas, con pañuelos, con sábanas, con manteles, con toallas blancas para que pararan la guerra, estaban diciendo: ¡Basta ya que nos van a matar! ¿Cierto? Y creo que esa es la historia que más me ha tocado y que me gusta compartirla y que me gusta contarla porque no fueron los milicianos o no fue el Gobierno o no fue la Policía o no fue [...] no fue ningún encabezado de todos que dijera: "Paren ya la guerra y que bajen ya las

tanquetas”, fue la gente que tuvo el poder, fue la gente que tuvo la fuerza de decir ¡No más! Todos al unísono, creo que es lo más rescatable y lo más importante: que todos hacemos la fuerza (CNMH, entrevista, hombre, líder comunitario, Medellín, 2015).

Menos conocida por los habitantes de Medellín, la Declaratoria de Asentamiento de Refugiados Internos es otra acción de resistencia que buscaba parar la guerra y exigir el respeto por los habitantes de esos territorios donde se llevaron a cabo operaciones militares. Fue realizada en el año 2003 por habitantes de los barrios La Honda, La Cruz, Altos de Oriente y El Pinar, comuna 3, como una manera de protegerse y resistir a las violencias generadas en el desarrollo de la operación militar Estrella 6. En la Declaratoria fue muy importante el apoyo de organizaciones defensoras de derechos humanos y de agencias internacionales.

Según los testimonios, durante la operación los vecinos resistieron simbólicamente con banderas blancas en sus casas y denunciando públicamente lo que ocurría: “Mucha gente se unió, todos pusieron banderitas blancas en las casas, esa foto es de ese día (señala). La ACA [Asociación Campesina de Antioquia] la registra, está el video donde ellos registran el hecho, eso levantó polvorera aquí en Medellín, en Bogotá y sale a nivel internacional y se muestra qué era lo que pasaba, es que no eran ni tres ni cinco desplazados” (CNMH, entrevista colectiva comuna 3, mujer, Medellín, 2015).

En 2003 nació La Red de Organizaciones de Instituciones Comunitarias de Bello Oriente y la Red de Bello Oriente, en respuestas a las oleadas de violencia que vivió la comuna 3 en ese año debido a la operación Estrella VI, particularmente en La Honda y la Cruz, barrios conformados en su mayoría por personas desplazadas por la violencia, en especial de Urabá y el oriente antioqueño. La comunidad tuvo el apoyo de organizaciones como ANDAS (Asociación Nacional de Ayuda Solidaria), ACA (Asociación Campesina de Antioquia) y Colectivo de Derechos Humanos Semillas de Libertad (CODEHSEL); y con organizaciones internacionales

como la Cruz Roja Internacional y agencias de la ONU. Los hechos posteriores a Estrella VI llevaron a que las acciones de resistencia continuaran en esta comuna:

Después de la desmovilización vino la reorganización en términos institucionales y legales de los paramilitares, nace la Corporación Democracia y otra serie de organizaciones e instituciones avalladas y constituidas por ellos [...]. Uno de los grandes desmovilizados lo que hace es ir llamando a reuniones y llamó a la junta de acción comunal de La Cruz y de La Honda que eran las únicas de la comuna que no le habían copiado en llamados anteriores. Lo que hicieron las juntas de acción comunal en ese tiempo fue ir a las organizaciones que nos estaban apoyando, la Pastoral social y demás y ellos los asesoraron. De igual manera tuvieron que ir, eran tres tipos con las armas en la mesa y decían: “bueno, ustedes tienen que hacer parte de algunas de nuestras organizaciones o tener integrantes en sus juntas de acción comunal y desde ahí trabajar juntos, una idea muy organizativa, pero se les pararon en la raya y les dijeron que no, incluso fue alguien de la OEA a esa reunión y la Pastoral Social, cuando vieron que no iban solos sino acompañados entonces se timbraron mucho y como ellos estaban recibiendo ciertas garantías legales no podían imponer demasiado porque si no sus procesos judiciales se iban a pique entonces fueron cuidadosos, el hecho fue que La Cruz y La Honda en ese tiempo no se le arrodillaron al control paramilitar” (CNMH, entrevista colectiva comuna 3, hombre, Medellín, 2015).

5.3.3.

La cultura como alternativa de vida y resistencia

El papel de la resistencia y la generación de alternativas de vida mediante diversas expresiones culturales ha sido una constante en la ciudad. Durante los años 2005-2014, las expresiones artísticas que expresaban

rechazo al conflicto armado y sus actores tuvieron un alto componente musical¹⁹¹ y performativo. El hip hop por esencia ha sido de resistencia y en la ciudad, además de ser un medio de expresión y de denuncia, se ha convertido en la posibilidad de articular organizaciones sociales y juveniles, de preservar la memoria de las violencias y las resistencias en la ciudad y de ofrecer oportunidades de vida a los niños y jóvenes.

En las comunas 13 y 6 cobra protagonismo el hip hop, y muchos de sus desarrollos se ligaron a la creación de organizaciones o agrupaciones musicales como Red de Hip Hop La Élite (2001), Casa Kolacho (2004), Agroarte, Red Artística y Popular Cultura y Libertad (2006), Red Cultural y Artística Comuna 5 (2009) y Red Juvenil Arte, Talento y Cultura (2012). Estas organizaciones tuvieron un doble sentido: el desarrollo artístico, ser un espacio de reivindicaciones políticas, como la preservación de la memoria; y como alternativas de vida, en tanto permiten la formación de niños, niñas y jóvenes en diversas áreas.

Casa Kolacho es un proceso “estético y político” que incluye actividades como el “Grafitour”, pero también escuelas de formación gratuita para niños de la comuna en música y arte. Agroarte combina la formación en hip hop con la siembra. Todos los sábados el colectivo sale a sembrar y enseñar a sembrar como una manera de volver a conectarse con la madre tierra. Tiene dentro de sus áreas de trabajo, Semillas del Futuro, programa en el cual no sólo participan niños, niñas y jóvenes, sino que también hay cabida para los adultos:

191 La música ha dado cuenta del pasado y el presente, las letras de sus canciones narran el secuestro, el asesinato, la violación a derechos humanos y múltiples realidades más de la historia de la ciudad, ha servido como escenario de denuncia y resistencia, como ocurre con Mojiganga, grupo de ska-punk, que en la canción “Secuestrados” relata la condición de las personas que han sido privadas de la libertad (2007): “¿Cuánto cuesta una vida? / ¿Cuánto cuesta la libertad? / Callejón sin salida / ¿Cuánto cuesta? / (No es justo) / Condenado por salir a la calle / No hay sentencia, solamente impaciencia / Incertidumbre abrumadora / Que no deja pensar / En cualquier lugar / En cualquier lugar / No hay respeto, no hay seguridad / en cualquier parte te pueden lanzar / No hay respeto, no hay seguridad / Condenado al azar”.

Semillas del Futuro, que es una metodología de renovación generacional, son chicos, chicas, adultos; [...] ¿por qué adultos? Porque en últimas Semillas del Futuro permite acentuar lo que hacemos, o sea, hacer lectura de lo que hacemos, sin necesidad de hacer cátedra, si no invitando también a actores, y que comprendan a través de los cuerpos, los chicos, chicas, aprendan la historia de este país a través de los cuerpos que lo han vivido, y que después si ellos deciden se referencien a los libros, hay unas alusiones en el tipo nacional que tenemos. Entonces la renovación generacional, o sea, los nuevos liderazgos, no importa si sean jóvenes, adultos, niños, pero en últimas que cada persona entienda que en cada territorio hay que armar un pedacito, es creo que también, digamos yo como A.K.A, no quiero estar dentro de un año como cabeza. O sea, yo soy una de las cabezas más visibles pero hay que entregar, pa' que se renueve o pa' que mute, pa' que mute o desaparezca, es necesario (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

Una de las estrategias de los grupos armados ha sido tomarse espacios públicos o privados y ejercer un control sobre ellos. Por esto las comunidades han decidido reapropiarse de sus espacios mediante actividades como marchas, instalación de placas, realización de partidos de fútbol, reuniones comunitarias, carnavales y caravanas (Nieto, Alzate y otros, 2008); Angarita y otros, 2008). En la comuna 13, luego de las operaciones militares de 2002, se han realizado carnavales en los cuales los vecinos recorren la comuna en un acto de “traspasar fronteras” o de unir territorios. Esta movilización se realiza acompañada de consignas, disfraces, zancos, pinturas, entre otras. Se destacan también las caravanas realizadas en 2007 y en 2008, lideradas por la Red Cultural Expresarte.

Un proceso también ilustrativo de este sentido fue la recuperación de la Casa Vivero ubicada en el barrio Pinares de Oriente de la comuna 8. La Casa fue construida por la Corporación de Vivienda y Desarrollo Social (CORVIDE) para que fuera un vivero. En 2005 la administración munici-

pal entregó la Casa a la Corporación Democracia para que la administrara, pero “durante esta etapa la casa se fue convirtiendo en dos espacios, uno de día y otro de noche; de noche se daban las órdenes de desaparecer personas, se torturaba, violaba y se asesinaba, debido a esto fue empezando a reconocerse como la “casa del terror” (Comité de Memoria Zona Centroriental, 2016, página 14).

Durante 2009 y 2010, la Alcaldía reclamó esta Casa, la cual estuvo un tiempo abandonada. Posteriormente los vecinos la recuperaron para resignificarla como un lugar para las víctimas y la memoria, de encuentro de los habitantes de la comuna, sede social de la junta de acción comunal, la Mesa de Víctimas y la Mesa de Vivienda y Servicios Públicos, organizaciones que han liderado procesos de reivindicación de derechos de los habitantes de este sector. En noviembre de 2016 tomó el nombre Casa Vivero Jairo Maya, en honor al reconocido líder social y comunitario de la comuna que murió el 23 de marzo de 2016 y quien desde los años noventa articuló y lideró importantes procesos para la reivindicación de derechos y la vida digna de los habitantes de la comuna.

Otro caso de recuperación de espacios se dio en las comunas 5 y 6, con una acción de resistencia ante el toque de queda impuesto por los actores armados. Con ella, los jóvenes querían enviar un mensaje de posibilidad de disfrute de sus espacios y de defensa de su tiempo y territorio. En esta acción los jóvenes y otros habitantes de la comuna salieron por las calles en la noche con disfraces, instrumentos musicales y zancos, en una especie de carnaval que permitió hacer frente a la restricción impuesta por los actores armados. Con el tiempo, esta acción se convirtió en un proceso que en la actualidad se conoce como Colectivo Toque de Salida en 2009.

En esta misma línea se destacan acciones como el “Transbordador por la calle frente a las fronteras invisibles”, realizado desde el año 2010 en el barrio Picacho, liderada por la Mesa de Derechos Humanos de la co-

muna 6. En la comuna 8, en 2012, se realizó el carnaval por la vida Yo Soy Comuna 8, el cual tuvo como objetivo hacer frente a las fronteras invisibles, particularmente a la de Tres Esquinas, considerada la más antigua de Medellín.



📷 Plegable convocatoria campamento juvenil. Toque de Salida. Barrio Picacho, 2010. Fuente: archivo Corporación Picacho con Futuro.

La toma de espacios no sólo hace alusión a los espacios físicos y materiales, sino también a espacios intangibles pero poderosos como los espacios de la comunicación:

El papel determinante desempeñado por los y las jóvenes durante la fase post-Orión radica en que asumieron la tarea de promover la comunicación, teniendo en cuenta que se trata de una práctica necesaria dentro y fuera de la comuna. [...] Decidieron ejercer su autonomía frente a los distintos actores del conflicto armado y también ante los medios masivos de comunicación, los cuales —según los y las jóvenes— ayudaron a generar la estigmatización sobre la comuna. [...] Esas son las razones que los y las justifican para

que ahora hayan decidido crear medios propios, como periódicos y programas de televisión, pues, según ellos y ellas, necesitaban contrarrestar la información manipuladora de algunos medios masivos (Angarita, y otros, 2008, página 251).

Luego de Orión se crearon las emisoras Cuenta la 13 y Morada Estéreo. Los medios de comunicación comunitarios, además de narrar sus realidades han mostrado otra cara de la comuna y han buscado reducir la estigmatización, a la vez que han ofrecido oportunidades a los jóvenes mediante la formación en diferentes áreas del periodismo y la comunicación.

5.3.4.

Exigir verdad, justicia y reparación

Esta es una época de reconocimiento legal de los derechos de las víctimas, en la que se da continuidad a manifestaciones de rechazo frente a diferentes victimizaciones perpetradas y se exige derecho a la verdad, la justicia y la reparación. Con este propósito se realizaron acciones que van desde las exigencias legales, la realización de marchas y tomas, hasta la creación de organizaciones.

En este período se acentuó la polarización del país y ha sido difícil el diálogo entre las víctimas de diferentes actores armados. Hubo dos marchas paradigmáticas que dieron cuenta de esta polarización: la marcha contra el secuestro del 4 de febrero¹⁹²; y la marcha del 6 de marzo de 2008, llamada en “solidaridad con las víctimas de crímenes de Estado”, que buscó visibilizar la práctica estatal de victimización a sus ciudada-

¹⁹² En especial se hicieron críticas por parte de organizadores de la marcha del 6 de marzo contra la marcha del 4 de febrero al considerar que esa fue una marcha manipulada por sectores políticos y medios de comunicación y excluía a las víctimas del Estado.

nos¹⁹³. La primera, de carácter nacional, conocida también como “marcha contra las FARC” o la “marcha del No Más” fue uno de los eventos más recordados por lo multitudinaria y en la que se pudo advertir la capacidad de convocatoria desde las redes sociales.

Mirada desde los territorios, en este período en las comunas 6¹⁹⁴ y 13 se concentraron muchas de las acciones de defensa de la vida y rechazo a la muerte. En la comuna 13 se ha mostrado el rechazo a la violencia, a los asesinatos y al discurso oficial, según el cual en la comuna reina la paz. En el año 2009¹⁹⁵ se llevó a cabo la Caravana por la Vida, convocada por la Red Élite Hip Hop, el Colectivo Son Batá y la Red Cultural Expresarte¹⁹⁶.

Entre las organizaciones creadas en este momento se encuentra el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE)¹⁹⁷, el cual ha tenido un papel activo en el acompañamiento a víctimas en sus denuncias y elaboración de memoria. Algunas de las acciones más destacadas del MOVICE en Antioquia fueron la realización de asambleas y audiencias públicas de víctimas, como la Audiencia Na-

193 Además de estas dos, durante 2008 también se realizó la marcha contra el secuestro de militares. En esta participaron 17 militares discapacitados, quienes en sillas de ruedas se movilizaron desde Medellín hasta Bogotá. Otras acciones en contra del secuestro fueron la jornada contra el secuestro realizada en la Basílica Metropolitana en 2007 y la marcha contra el secuestro, en 2011, que fue de carácter nacional.

194 Con acciones como las mencionadas en “La memoria como resistencia y no repetición”.

195 En 2009 se realizó la marcha: Resistencia a las formas de violencia, convocada por la Mesa de Derechos Humanos de la Comuna, en la cual querían manifestarse en contra de la “guerra silenciosa” que estaban viviendo.

196 Otros territorios de la ciudad, donde se han desarrollado este tipo de acciones son en la comuna 1: Marcha por la Paz, en 2010; zona nororiental: Marcha Contra La Violencia en 2009; comuna 2, la Lunada Juvenil por el Derecho a Tener Alternativas Diferentes A La Violencia, llevada a cabo durante 2010; Convidarte Festival por la Vida en Belén en el año 2012 y en la comuna 8, en Caicedo, la Marcha pidiendo por la paz, ante la guerra desatada entre los combos, en esta marcha del año 2012 se izaron banderas y telas de color blanco.

197 Este movimiento tuvo como origen el I y II Encuentro de Víctimas de Crímenes de Estado, realizado en Bogotá durante los años 2004 y 2005 respectivamente.

cional de Víctimas en La Alpujarra en 2010 y la Asamblea Regional de Víctimas en 2013, en las cuales se documentaron y denunciaron las afectaciones sufridas.



📷 Movice, Capítulo Antioquia. Marcha 30 de agosto, 2014. Día del detenido desaparecido. Fuente: archivo Movice.

Asimismo, son muy recordadas las acciones realizadas durante las audiencias públicas de los paramilitares. En ese momento, organizaciones de víctimas se movilizaron hacia los lugares donde se llevaron a cabo dichas audiencias para conocer la verdad sobre sus seres queridos. Estas movilizaciones fueron prohibidas por la administración municipal en 2007, cuando se desarrolló la audiencia pública de *Don Berna*, pero las víctimas siguieron manifestándose:

Si no nos dejaban ir a La Alpujarra íbamos a ir a los barrios, que en su momento ir a los barrios era muy complicado, la gente no lo

hacía. Fuimos a la comuna 13 en unos buses y nos pusimos unos antifaces, unas cosas simbólicas. Le íbamos a entregar a la gente papelito y la gente de miedo no lo aceptaba, entonces lo metíamos debajo de las casas “denuncien, mire que estos son los teléfonos, tal cosa”, les dábamos algunas recomendaciones frente al tema, luego nos fuimos para la comuna nororiental Santo Domingo, y fuimos a Villa de Guadalupe donde funcionaba la Corporación Democracia. Allí estaba [...] sentado en la cancha de Villa de Guadalupe, allá fuimos nosotros y empezamos a gritarle, “asesino, asesino” [...] nos acompañó la Personería PBI, otra gente y estaba la Oficina de Naciones Unidas” (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).



📷 Plantón Mujeres de Negro durante audiencia de Justicia y Paz. Medellín, 2007. Fuente: archivo Corporación Región.

Durante buena parte de este período disminuyeron los homicidios, pero aumentaron las desapariciones forzadas, por esto muchas de las acciones estuvieron dirigidas a visibilizar este fenómeno, y también a realizar exigencias en materia de verdad y justicia. Entre estas acciones está la campaña nacional de 2006 “¿Y de los desaparecidos qué?”, la audiencia pública “La verdad sobre las desapariciones en Antioquia”, promovida por MOVICE y ASFADDES en 2008 y la audiencia preparatoria del Tribunal Internacional de Opinión sobre Desaparición Forzada, convocada por ASFADDES en ese mismo año.

En el tema de desaparición forzada se destaca la labor de los familiares de las personas desaparecidas y enterradas en La Escombrera, un vertedero de desperdicios de construcción ubicado en la comuna 13. Los hechos asociados a este sitio llevaron a la creación de Mujeres Caminando por la Verdad en 2003 y a la realización de actos como marchas, vigili-
as, campañas, misas y actos simbólicos y jurídicos que pedían detener el arroj-
o de escombros en este lugar y, sobre todo, iniciar las excavaciones para encontrar a las personas enterradas allí. El 7 de junio de 2014 se re-
alizó una de las vigili-
as, sobre aquella ocasión se cuenta: “Nos quedamos hasta las 11 de la noche, fueron casi 300 personas. Nos llovió parejo, como desde las 3 de la tarde, sin embargo, la gente subía así en medio del agua-
cero” (CNMH, recorrido zona centro occidental, hombre, 2015).

Mujeres Caminando por la Verdad, colectivo de mujeres que buscan la verdad sobre lo que pasó con sus seres queridos, se ha dado a conocer especialmente por las acciones colectivas y jurídicas llevadas a cabo con el acompañamiento y la asesoría de organizaciones como la Corporación Jurídica Libertad, el MOVICE, y la Fundación Social Madre Laura en una dimensión sicosocial.



📷 Vigilia en la Escombrera, 2014. Fotografía: Álvaro Cardona para el CNMH.

El arte fue muy importante para visibilizar los daños y se vio una línea de manifestaciones artísticas enfocadas en interpelar y narrar las dinámicas y efectos del conflicto armado, ya no centradas en los actores sino en las formas de victimización y sus efectos. Libia Posada abordó el desplazamiento forzado en *Hacer casa al andar*, obra en la que inscribió en las piernas de mujeres desplazadas los recorridos e historias de sus desplazamientos, para luego realizar fotografías en blanco y negro y en gran formato.

La Corporación Región también ha narrado con el arte el desplazamiento forzado como forma de acercar los problemas y dinámicas asociadas al desplazamiento a la sociedad en general. En 2004, bajo la idea de que “las casas están hechas de memoria” se realizó una convocatoria para que las personas en situación de desplazamiento reconstruyeran

imaginariamente su casa y luego se ubicaron en algunas calles de la ciudad, en el marco de la intervención “Esta es tu casa”¹⁹⁸.

El Museo de Antioquia también ha realizado una labor importante para reconocer y llamar la atención, a través del arte, sobre la situación de las víctimas y sus demandas de reparación. En septiembre y noviembre de 2008 realizó la exposición *Destierro y reparación*¹⁹⁹, la cual llamó la atención sobre el desplazamiento forzado en Colombia, “teniendo en cuenta los costos en términos sociales, económicos y culturales que una tragedia humanitaria como estas trae consigo” (Entretenimientoplus, 13 de septiembre de 2008)²⁰⁰.

Hasta ahora hemos visto una gama amplia de acciones colectivas y públicas de resistencia a la guerra y cómo la tradición de organización social en Medellín ha sido un factor importante para comprender las estrategias de resistencia de sus habitantes. Las marchas por la defensa de la vida y los derechos humanos, las denuncias por las graves violaciones a esos mismos derechos, las estrategias para denunciar y llamar la atención de lo que pasaba en la ciudad, el esfuerzo por demandar derechos, reclamar justicia y

198 “24 formaleas de casas intervenidas artísticamente se desplazaron por la ciudad y cuando llegaban a determinados puntos se extendía sobre el asfalto un mapa gigante de Medellín que rodeaban las casas ambulantes. Allí pedazos de telas con la frase “Esta es tu casa” fueron entregados a los transeúntes que se acercaban, para que tejieran en el mapa gigante el punto en el que estaba ubicada su propia casa. Así, la representación de Medellín se convirtió en un mapa construido con las puntadas y las casas de todos. Fue un intercambio de ideas, pensamientos y propuestas donde 12 gestores 1 (no todos artistas) y 12 familias en condición de desplazamiento se visitaron unos a otros en sus respectivas casas, en un acto de reciprocidad y horizontalidad (Región)” (CNMH, 2015, página 29).

199 Para la realización del proyecto se contó con el apoyo de más de 70 entidades, dentro de las cuales se encuentran: Corporación Región, Centro Internacional de Justicia Transicional, revista *Semana*, Alcaldía de Medellín y Museo de Antioquia.

200 *Destierro y Reparación* tuvo cinco ejes de trabajo transversales: antecedentes históricos, impactos del desplazamiento forzado, reparación a las víctimas de desplazamiento forzado, casos emblemáticos y destierro y refugio en el contexto internacional; y cuatro componentes: expositivo (artistas y fotógrafos internacionales), académico (seminarios y conversatorios diarios con investigadores nacionales e internacionales), cultural (conciertos, documentales, teatro, poesía, entre otros), y pedagógico (módulos educativos para colegios y escuelas con el fin de crear una reflexión sobre el destierro (*El Mundo*, 1 de septiembre de 2008).

hacer memoria. Esas fueron las acciones de resistencia en lo público que le permitieron a muchos de los habitantes de Medellín resistir. Pero ¿cómo fue sobrevivir el día a día y convivir con los grupos armados?

5.4.

Acciones de sobrevivencia y resistencia en lo cotidiano

¿Cómo sobrevivieron a la guerra las y los habitantes de Medellín directamente afectados por la violencia y las acciones de los actores armados? ¿Qué aprendizajes y transformaciones les dejó vivir en estos contextos? En este apartado veremos algunas de las tácticas de sobrevivencia y resistencia en lo cotidiano, en el día a día. La comprensión del orden, la desobediencia, los acomodos, las adaptaciones, la solidaridad, los silencios y las múltiples formas que encontraron para expresar, denunciar y cuestionar. Una variada gama de acciones de resistencia subterránea de las que habla María Teresa Uribe en su análisis sobre la resistencia civil en contexto del guerra (2006)²⁰¹. Para reconstruir las acciones de sobrevivencia se recurrió a las memorias construidas y compartidas a lo largo de talleres, grupos focales y entrevistas. Lo que aquí se presenta no pretende agotar el tema, pero sí busca dejar evidencia de esa memoria de sobrevivencia que buena parte de los habitantes de Medellín comparte.

201 Para pensar las formas de sobrevivencia y resistencia invisibles y subterráneas retomamos el análisis elaborado por Uribe (2006). La autora retoma las tesis generales de James Scott en su obra *Los dominados y el arte de la resistencia* para discutir las formas de resistencia de los grupos subordinados en contextos de guerra o violencia generalizada. Para la autora, a pesar de los intentos de dominio y control de los operadores de violencia en Medellín durante las tres últimas décadas, estos no lograron imponerse completamente. La población encontró la forma de oponerse, adaptarse, responder o rebelarse. Son formas no convencionales de resistencia, que recurren a acciones ocultas o solapadas para resquebrajar el intento de dominio y encontrar la manera de negociar o de cambiar la situación en la que se encuentran.

5.4.1.

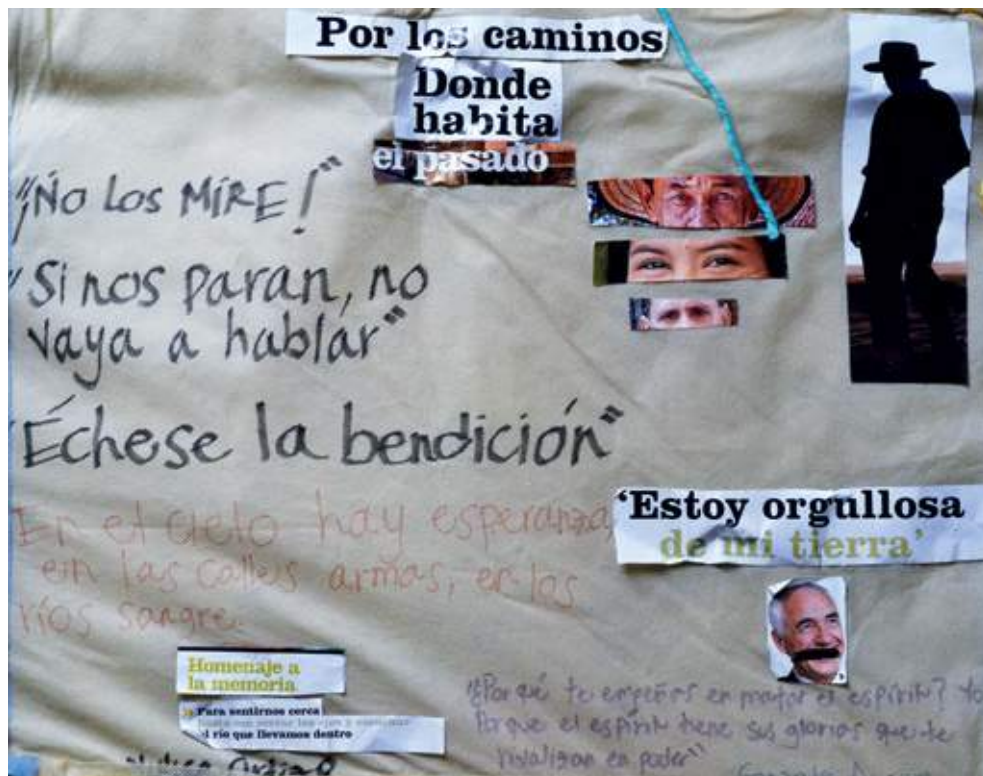
Códigos de sobrevivencia: "aprendiendo a moverse"

¿Cómo sobrevivir en una ciudad tan violenta como Medellín? ¿Cómo transitar por territorios marcados por órdenes diversos y cambiantes? ¿Qué hacer frente a tantos y tan diversos actores armados? Un joven de la comuna nororiental daba el siguiente testimonio que resulta revelador de la situación y de qué hicieron para sobrevivir:

Yo aprendí desde muy cachorrito a moverme, a moverme como se mueven los territorios. Entonces no soy ingenuo, y a los territorios que entro y aún utilizo [...] y "es muy gonorra"²⁰² yo a veces me pongo a pensar. Pero así nos criaron, con la rutina militar y la rutina militar es no dar el chico²⁰³, y no dar el chico no se trata de esconderse, no. Se trata de saber qué se mueve en cada territorio, quiénes son, quiénes hablan de nosotros y tener satélites, satélites que nos digan: podemos, no podemos (CHMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

²⁰² "Desagradable".

²⁰³ "No exponerse, no dar oportunidad de atacar".



📷 “Íbamos mucho donde mi abuelita. Entonces en el camino había mucha guerrilla, yo creo que era guerrilla pues estaba muy pequeña y mi mamá me decía que no los mirara, me decía que me echara la bendición, pues cosas así. Y yo siempre me quedaba mirando y me sorprendía que nunca, como los del ejército siempre sonríen, ellos eran pues con cara pues de malos, entonces eso me parece pues algo muy importante en mi vida. Entonces puse, pues el título se llama *Por los caminos donde habita el pasado* y puse una frase un poquito sarcástica y es: “Estoy orgullosa de mi tierra”. Pues no es que no esté orgullosa, pero hay cosas que no están bien” (CNMH, testimonio mujer, colcha de la memoria, taller pobladores zona noroccidental, Medellín, 2015). Fotografía: Corporación Región.

En Medellín los habitantes aprendieron a reconocer el orden en cual vivían. En contextos de violencia como los que se han descrito en los capítulos anteriores, con una gran diversidad de actores armados y de estrategias de poder, comprender ese orden, saber percibir sus cambios, sus matices y sus códigos, resultaba central para la sobrevivencia. Esa idea de conocer las reglas, saber cómo comportarse, qué hacer, adónde ir, por dónde caminar, cómo protegerse, cómo actuar y qué esperan los actores armados de la

población, son preguntas que aparecen con frecuencia en las narraciones. Aprender a moverse dentro del territorio era central para sobrevivir.

Cuando la situación era de control por parte de un grupo armado y este se imponía a través de la violencia, lo mejor era hacer “como si no” se viera, conociera o escuchara. Las personas se acomodaban a ese orden impuesto y no expresaban públicamente su rechazo; acataban, en apariencia, sus órdenes y prohibiciones y simulaban ignorar sus desafueros. Como lo muestran muchos de los testimonios aportados al informe, se esperaba a cambio seguridad, disminución de la incertidumbre y protección a la vida y los bienes. De lo contrario, si eran identificados como testigos, serían perseguidos o incluso asesinados. El rector de un colegio en la comuna nororiental contó cómo un estudiante le salvó la vida al indicarle qué hacer en el momento en que asesinaban a un hombre en la calle:

Mucha gente se tuvo que ir del barrio porque vivían al lado de eso o porque le tocó ver, entonces los muchachos decían “no miren”. A mí me tocó el asesinato de un muchacho, y yo iba llegando a la terminal y un muchacho del colegio me alcanzó: “¿Qué es lo que está pasando?”. “No mire, no mire, rector camine pero no mire” un alumno del colegio me decía. Entonces esa es como la cotidianidad: “camine y no mire”, y mataron el muchacho, el me animaba para salvarme la vida, me decía “camine rector pero no mire, camine, camine” y yo me paralicé porque la bala que estaban disparando estaba adelante con manos cruzadas (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2016).

Al discutir la situación de otro docente amenazado, otra maestra señalaba que este mostraba demasiado interés en saber asuntos del barrio y de la vida de los jóvenes. Al ser cuestionada por el rector, argumentando que esa era su responsabilidad como docentes, ella respondió: “no, aquí no se puede saber mucho, aquí hay que saber lo menos posible” (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2016).

El testimonio de otro hombre, habitante de un asentamiento de desplazados nos permite ver cómo ellos, a pesar de desconocer la ciudad, supieron leer esos códigos del territorio, aplicando los aprendizajes dejados por la guerra. Este afirmaba que a pesar de su militancia en la UP en Urabá, en la ciudad no debía mostrar mucha simpatía por la guerrilla, pues sabía que cuando perdieran el control en el asentamiento en que vivían, alguno de los vecinos podría señalarlo frente a los nuevos grupos armados. Él sabía que se trataba de soberanías inestables, en vilo (Uribe de Hincapié, 1998) por lo tanto, si quería permanecer en el territorio y no ser nuevamente desplazado, debía mantener una relación amable, pero distante, sin comprometerse (CNMH, entrevista colectiva, hombre, Medellín, 2015).

Para saber transitar la ciudad y reconocerla era frecuente la referencia a evitar transitar por ciertos lugares. A inicios de la década de los noventa, en pleno auge de la violencia asociada al narcotráfico, de los atentados con bombas y el asesinatos de policías, las personas desarrollaron una táctica que consistía en transitar por lugares alejados de estaciones y cuarteles, no pasar ni parquear cerca de los Centro de Atención Inmediata (CAI) o de patrullas de Policía, cambiarse de andén, alejarse o tomar otro camino por temor a un atentado.

La “época de las bombas” también fue recordada en función de acuerdos entre las familias y los amigos: después de las explosiones debía buscarse un teléfono público (no existían celulares ni internet) para llamar y dar reporte de vida y ubicación, además para saber dónde habían ocurrido los hechos. La radio y la televisión eran centrales, especialmente las noticias de última hora, pues funcionaban para saber dónde habían ocurrido los hechos, quiénes eran los afectados y dónde estaban los heridos.

Finales de los años ochenta y primeros años de los noventa significó para buena parte de la ciudad la instauración de los toques de queda por parte del Gobierno en 1989, pero que se autoimpusieron en la población por mucho

más tiempo (CNMH, grupo focal etario, hombre, 2015). Había cierto consenso sobre asuntos cotidianos como no dejar muchos carros parqueados fuera de una casa cuando había alguna celebración nocturna, ya que las reuniones eran percibidas como amenazantes. También era preferible quedarse a dormir en otras casas en caso de que “a uno lo cogiera la noche” y así evitar salir (CNMH, taller de memoria empleados sector financiero, mujer, Medellín, 2015).

Otra estrategia de supervivencia era encontrar una manera de decir las cosas. Desde saber entablar una conversación con los actores armados para tratar de calmar los ánimos o para defender alguna posición o controvertir una orden, hasta aprender a comunicarse con otros sin levantar sospechas. En otros casos esos lenguajes cifrados se presentaban en situaciones dolorosas: la hija de una de las víctimas de la UP en Antioquia narró cómo su padre debía separarse de la familia por amenazas y cuando lograban tener contacto lo hacían mediante lo que ella denomina un “lenguaje encriptado”, para ponerse de acuerdo en un encuentro o saber cómo estaban (CNMH, grupo focal exilio, mujer, Medellín, 2016).

Luego de la desmovilización de los paramilitares en 2005, en algunas comunas los márgenes de acción para las organizaciones sociales y comunitarias se estrecharon. Además de la presión a la que eran sometidas por parte de otras estructuras organizativas promovidas por los paramilitares con el fin de ganar reconocimiento social, dichas organizaciones estaban siempre bajo vigilancia y eran estigmatizadas asociándolas a la acción de la guerrilla (Ramírez, 2008). Sin espacios para el trabajo organizativo, debieron ser cada vez más cautelosos al hablar, sabían que en público no se podía decir “cualquier cosa”, por ello crearon estrategias para comunicar lo que querían sin despertar sospechas. Este relato de un dirigente comunitario de la comuna 3 lo ilustra:

Claro, nunca se puede decir todo lo que uno quisiera, pero uno se arriesga un poco. La gente cree en uno, después de tantos años en esto no hay cómo quedarse en silencio [...] ya hemos aprendido

muchas cosas. La carreta [el discurso] es la misma pero cambia según cada tema, según lo que pasa en el barrio, en la ciudad, la gente que llega [...] sino se habla aquí, ¿quién nos va a creer después? (entrevista con dirigente, comuna 3. En Ramírez, 2008, página 70).

Incluso los espacios más cotidianos, como las tiendas de barrio o los billares, dejaron de ser lugares en los cuales se podía hablar. Un testimonio de la investigación realizada por Nieto, y otros (2008) describe cómo allí debía usarse un lenguaje cifrado:

Ellos empiezan a involucrar a los muchachos menores de edad [...] donde esos grupos mandan a los muchachos a escuchar lo que están hablando las personas. Uno estaba hablando, tomándose los aguardientes, en la tertulia, cuando de pronto termina con unos muchachos poniendo cuidado. Entonces la gente empieza a detectar eso y dice “pilas”, obligándolo a utilizar muchas veces un lenguaje cifrado (testimonio de líder social. En: Nieto y otros, 2008, página 227).

Saber dónde hablar y “cómo decir las cosas” podía hacer la diferencia. Hablar directamente, nombrar los hechos y los responsables, pedir justicia, en pocas palabras, hablar claro, significó para muchos la muerte:

Igual nosotros iniciamos un proceso de mesa con Ana Fabricia [Córdoba Cabrera, lideresa de Organizaciones de Desplazados, asesinada en 2011], y nosotros tenemos que aprender en nuestro liderazgo también a preservar nuestra vida y la de nuestra familia, y la de los compañeros. Entonces [...] tenemos que saber qué terreno estamos pisando, qué vamos hablar, delante de quién lo vamos hablar, cómo vamos a hacer esa incidencia de que no se note, porque eso nos pone a nosotros en un riesgo muy latente cuando empezamos por ejemplo la defensa de los territorios. Entonces yo creo que también es un aprendizaje de todo aquello que ha pasado. Entonces uno tiene que saber con ellos, porque yo no me puedo poner a enfrentar con él [...] esa cuestión que yo sí llamo la atención porque

a veces nos emocionamos mucho en el liderazgo. Y a Ana Fabricia le decíamos a cada rato “Ana Fabricia no digas eso”, porque ella era muy latente en sus cosas que decía, en los espacios que hablaba. Entonces es como eso: para preservar nuestra vida y la de nuestras familias, nuestras comunidades. Eso nos enseña a nosotros, sin dejar de hacer la incidencia, pero cómo la vamos hacer (CNMH, taller Mesa de Víctimas, mujer, Medellín, 2015).

Otra estrategia consistió en encerrarse, “guardarse” en la casa, pues era allí donde se sentían seguros. Durante los años ochenta y noventa era frecuente hacer las fiestas en la casa porque había toque de queda en la ciudad o por el temor a los “taxis amarillos” donde circulaban los responsables de las masacres de jóvenes en los barrios o porque “era la época de Pablo Escobar y no se podía”. Varios relatos dan cuenta de cómo los niños eran obligados a encerrarse y dejar sus juegos a tempranas horas de la noche porque más tarde iniciaban los enfrentamientos. Una joven lo ilustró en uno de los talleres:

Bueno yo recordé, fui a mi infancia. Los años noventa, yo creo que era que 95 o 96 más o menos y yo vivo en un barrio que se llama París que limita con Picacho. Entonces en ese momento recuerdo que llegaba como una hora de la noche donde nos decían a todos los niños y, pues, a la gente que estaba en la calle, que ya deberíamos estar en las casas [...]. Era un asunto muy difícil porque digamos que ese espacio de la calle, de poder compartir con los niños y las niñas, en ese momento se perdía y era difícil no poder compartir, no poder estar tranquilos en las calles y no lo comprendíamos muy bien. [...] Pues 8:00 pm: no podía haber nadie en las calles del barrio. A esa hora no habían niños jugando. Este es el balón, el balón dejaba digamos de rodar en ese momento y ya (CNMH, taller víctimas, mujer, Medellín, 2015).

De igual forma en los talleres y recorridos en la comuna 13 o en los testimonios compilados en la Casa Museo de la Memoria se encuentra que

la práctica de encerrarse fue usada por varias generaciones de jóvenes que encontraban en la calle y en las esquinas de sus barrios un lugar de peligro.

En aquellos territorios donde los grupos armados eran conformados por los mismos habitantes del lugar pertenecer a ciertas familias tradicionales o con algún reconocimiento social, hacer parte de la Junta de Acción Comunal, grupos juveniles, casas de la cultura o de las actividades de la iglesia, eran un escudo protector. Esas sociabilidades básicas de los barrios significaron para muchos una especie de código de protección:

No, no. Yo me sentía muy seguro y siempre me siento muy seguro. No sé si todavía lo puedo decir, pero yo en estos días estuve en un callejón con un amigo allá tomando unas fotos y yo dije: si se me acercan esos manes yo les digo "parce yo soy sobrino de Irma, soy de la casa de doña Blacina", la familia era respetada de alguna manera, nos generaba un blindaje (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

En ocasiones la familia ejercía cierta presión para que los jóvenes buscaran otras alternativas, infundían en ellos la idea de que eran diferentes, que podían pensarse por fuera de la realidad que se les imponía en el barrio. Estudiar, trabajar, buscar "buenas compañías", dedicarse a la música o al arte. Todo con el fin de mantenerlos por fuera de las dinámicas violentas. Este relato es revelador en ese sentido:

Ahí en Andalucía a mí no me dejaban juntar con nadie de la cuadra. Habían familias muy particulares: había una familia que le decían "los cagaos", había otra familia que les decían "los marcianos". Entonces mi mamá me decía: "usted no se junte con nadie por aquí, usted es distinto, estos son una mata de gamines". Entonces mi infancia fue: mi hermana se va a estudiar primero que yo a coger la escuela y yo lo que hago es pasar más tiempo con mi mamá y jugar solo, entonces parte como de mi manera de ser se construyó fue ahí, jugando solo ¿sí o qué? (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2016).

5.4.2.

Resistencias subterráneas: "hacerle el quite"

En Medellín no sólo sobrevivieron, también resistieron. El trabajo de campo reveló una serie de acciones individuales o de pequeños grupos para hacer frente al dominio de los actores armados, recurriendo a tácticas de negociación, cuestionamiento, desobediencia, oposición frente a órdenes, imposiciones y castigos considerados injustos, excesivos o abusivos. Intentaban poner un límite, interpelar la pretensión de control de sus vidas y de su entorno. Para algunos representaron costos muy altos en términos de vidas humanas, pérdida de sus propiedades, desplazamiento o inseguridad. Eran por lo general actos aparentemente insignificantes, pero aun así las personas los recuerdan hoy como acciones de resistencia que tienen el valor de la disidencia, la desobediencia y el cuestionamiento.

Las y los habitantes de la ciudad debieron enfrentar a los actores armados sin más recursos que la palabra. Eran conscientes de su vulnerabilidad, sin embargo confrontaron, se negaron a obedecerles o pusieron en riesgo sus vidas para defender su dignidad, continuar con su trabajo, defender la vida de familiares o vecinos, propiedades o reclamar por sus derechos. Aunque los grupos armados lograron establecer formas de dominación sobre los territorios y los habitantes, también debieron crear mecanismos de mediación. Eso había un margen para la negociación y la interpelación.

El testimonio de una mujer transexual muestra en qué forma hacerse respetar era una posición de confrontación directa, posesionándose activamente en lugar de evadirlos o invisibilizarse. Este desafío frente a la pretensión de control sobre su vida fue para ella una forma de reivindicar su orientación sexual e identidad de género, marcar una posición y demandar respeto. Ella, en lugar de evadirlos, los enfrentó:

Cuando ellos saben que no tienen el poder del miedo sobre uno se acobardan o al menos se frenan. Yo ya tenía una posición de enfrentamiento porque ya había pasado por eso, bueno yo ya no soy su mariquita, ya soy una marica. Ah ¿qué tal cosa? pues entonces nos damos. Las cosas empiezan a cambiar por cómo me paro frente al otro pero no quiere decir que uno ya pueda todo, sino que empiezan a verlo de una manera diferente (CNMH, taller LGBTI, mujer, Medellín, 2015).

En Medellín las personas de sectores LGBTI debieron recurrir a diversas formas de resistencia. Desde negociar con los grupos armados para que les permitieran habitar en el territorio o conservar sus relaciones afectivas, convertirse en sus amantes, ocultar su orientación sexual y su identidad de género, hasta desafiar abierta y públicamente esos poderes y sus amenazas. Así lo cuenta el testimonio del informe del CNMH *Aniquilar la diferencia* (2015). Un caso relatado allí muestra una acción de resistencia simbólica frente a las amenazas de un grupo desmovilizados:

[Nosotros] le hicimos como una contrarrespuesta [a los panfletos], sacamos un nuevo panfleto pero como al contrario, [decía]: “No queremos en nuestro territorio a los bandidos”, como ese tipo de cosas así. También lo hicimos, colocamos [en el barrio] el que ellos enviaron y colocamos el de nosotros, entonces nosotros nos calentamos mucho. Eso es lo que nos ha dado como el reconocimiento en la comuna frente a los otros líderes (CNMH, Jhon, hombre gay, 28 años, entrevista, 2 de agosto de 2014; CNMH, 2015, página 377).

Esta acción les trajo el reconocimiento de otros hombres y mujeres líderes de sectores LGTBI y de los líderes comunitarios, puso en evidencia las amenazas que recibían y fue un desafío simbólico al poder de esos grupos.

Son significativos los testimonios de personas que enfrentaron a los actores armados para defender la vida de sus vecinos. Un hombre habitante de La Loma, narró cómo sus vecinos evitaron que los paramilitares lo mataran: “Ellos no me mataron porque unos vecinos que ya habían su-

frido el asesinato de sus hijos, salieron muy valientemente y los enfrentaron, sobre todo una muchacha, la hija de [...]. Salieron los dos y le dijeron reiteradamente que yo no tenía nada que ver” (testimonio, hombre, base de datos Casa Museo de la Memoria).

Un comerciante del barrio Santo Domingo Savio debía enfrentar constantemente los abusos de los grupos armados. Era a ellos a quienes debía pagar el arriendo del local, no a su dueña, iban al local a consumir los productos sin pagar, hasta que un día los descubrió robando energía de su local comercial para otros usos. En ese momento los enfrentó: “Necesito hablar con ustedes” y no salió nadie, no salía nadie y yo “ah, siempre les da miedo, ¿cierto?, siempre temen de uno ¿cierto? Por qué no frentean a uno y le dicen”. Pero algunos días después llegaron los mismos hombres y le ordenaron que los acompañara, eran órdenes del “patrón”. El hombre cuenta como lo retuvieron durante un día:

No, me tuvieron al pie de un majol [sic] ese día, eso fue antes [...] entonces llegó otra gente amigos del barrio y vecinos dijeron “yo no creo que ustedes hagan eso con ese señor, para nosotros es un señor y no tienen ese derecho a hacer eso, muy mal hecho me parece”. Yo les dije “primero muerto que meterme a ese majol”. “¿Si?” y se paró por allá. Al mucho rato que vio que molestaron y bregaron, yo le dije “que pena, yo no me dejo”. Se paró, se recostó por allá a un poste de luz y a lo último le dijo “sabe qué, vámonos, déjelos, vamos”. Y ya después, ese día del último problema ese, que fue definitivo pa’ no volverme dejar ir al barrio y amenazarme (testimonio hombre, base de datos, Museo Casa de la Memoria).

Este hombre debió abandonar su local comercial y desplazarse del barrio. Una mujer del barrio Santo Domingo no tuvo tanta suerte. Interpeló a un miliciano que había amenazado a su hijo de muerte por el simple hecho de burlarse del perro de su esposa. Frente a lo absurdo de la situación la madre del joven va hasta la casa del miliciano y lo interpeló:

“Pasó eso, yo fui y lo busqué y le dije: que como era que si él era novio mío, marido, esposo o algo pues conmigo, que él iba a llegar a mi casa a sacarme las cosas, que si el perro se moría que me lo cobrara a cuotas [...]” (testimonio, mujer, Casa Museo de la Memoria). A pesar de todo, el miliciano cumplió su amenaza y asesinó al hijo de la señora.

Se interpelaba al actor armado en especial cuando se le conocía y/o era del barrio, confrontando sus decisiones, amenazas o comportamientos. Sin embargo, no siempre daba resultado, como vimos en el testimonio anterior. Del mismo modo el testimonio de una mujer de la comuna 13 nos muestra los altos costos que implicaba enfrentar a los grupos armados. Ella narra cómo evitó que se llevaran a un grupo de niños que supuestamente iban para una actividad cultural, pero ella suponía iban a ser reclutados por los grupos armados, como le había ocurrido antes a su hermano menor. Ella enfrentó al hombre encargado de llevarse a los niños y les ordenó bajar del bus. Él la amenazó, pero ella no permitió que se llevaran a los niños. Días después esos hombres entraron a su casa y la violaron como castigo, según ella, por su desafío (CNMH, testimonio, mujer, 2016). Como se ve, las mujeres interpelaban a los grupos armados, desafiaban su poder a través del uso de la palabra y de su lugar de madres. No obstante, ellas fueron también objeto de múltiples formas de violencia.

A pesar del temor que los grupos armados producían, las personas trataron de hacer algo, de defender a los suyos, de hacer evidente lo arbitrario de los actos de los grupos armados. Un joven de la zona nororiental narró cómo su familia, durante los inicios de la década de los noventa, señalaba con desconfianza a los grupos de milicianos que recién empezaban a conformarse en el barrio, les extrañaba que intervinieran en asuntos familiares o de vecinos y pretendieran asumir la posición de autoridad. Como señal de su inconformidad no les permitieron el acceso a los programas y locales donde funcionaba la organización social de la cual eran parte:

Recuerdo que una cosa que se comentaba entre mis tíos y mis papás que no les gustaba, era que ellos empezaban a meterse en problemas familiares, en lo doméstico. Cuando había un papá agresor y esas cosas, entonces se metían a dirimir sobre los hijos, los hijos malcriados, a los que no les prestan atención en la casa. Y empiezan a hacer los Festivales de la Cerveza, que son como las peñas culturales que hacían, donde hacen sancochos, juegos para los niños, se reparten regalos en navidad, ellos eran mucho de esa onda también. Ellos [los milicianos] hablaban que estaban por la gente, por el bien de la comunidad. Yo conocí como la perspectiva de mi familia, mi familia trataba de evadirlos, nunca les permitió reunirse en la fundación, ellos se pararon en la raya, ustedes por un lado y nosotros con el trabajo que estamos haciendo nosotros (CNMH, testimonio, hombre, Medellín, 2015).

También en el corregimiento de La Loma las y los habitantes fueron enfáticos en señalar que, si bien los milicianos y paramilitares hicieron presencia en el territorio, lograron mantenerlos al margen de sus actividades. Un líder comunitario nos describió ese esfuerzo:

Incluso como la época de las milicias, los milicianos quisieron sentarse con los de la Mesa de Trabajo allá, y nosotros no lo permitimos. Hubo personas de la Mesa de Trabajo que se pararon en una de las reuniones y dijeron: si esa gente llega acá, hasta ahí llegamos nosotros. Entonces [...] pero ahí ya había una decisión de la Mesa de que no, y lo que hacían ellos era darnos [alrededor de la reunión de la Mesa de Trabajo Barrial] vuelta, mirar quiénes estaban, mirarnos, pero en ningún momento nos llenó eso de temor, ni de miedos y continuamos los trabajos sean con dos personas, tres, diez, veinte, los que llegaran en su momento (CNMH, taller La Loma, hombre, Medellín, 2015).



📷 “En la comuna 9 les llegaron unos panfletos que decían que no se podía ir a los parques, que no se podía salir a determinadas horas. Entonces nos reunimos un grupito de amigos (...) sacamos una especie de panfleto que decía lo contrario: que no nos dejáramos intimidar, que hay espacios y que no nos pueden asustar tanto. Entonces lo que hicimos fue: conseguimos el fogón, la pipeta y nos íbamos (...) entonces poníamos el fogón para hacer un promedio de cien cafés o chocolates, pues depende de lo que hubiera en el billete. Entonces nos reuníamos alrededor mientras nos preparaban el chocolate, siempre en los parques y nos pasábamos dos o tres horas en el parque tratando de sobrepasar la hora que habían dicho. Sí, entonces por eso le ponía *Resistencia con café, pan e historia*” (CMH, testimonio hombre, colcha de la memoria, taller con hombres, noviembre de 2015). Fotografía: Corporación Región.

Realizar las actividades culturales y organizativas era entendido por las y los habitantes como una forma de resistencia, vencer el temor a reunirse para realizar una actividad cultural o sobreponerse al miedo que les producían los asesinatos en los días previos, era demostrarles que no lograban controlar las dinámicas del barrio. Si bien no expresaba un dis-

curso público de resistencia, en su interpretación ese seguir con la vida fue una forma de resistir:

Si no se hacen los eventos culturales, en una parte donde hay conflicto armado, es como darle razón a los malos [...]. Entonces eso es una forma de resistir, a través de la cultura, la otra es: si hoy asesinan tres o cuatro personas en La Loma, y mañana hay un evento yo no puedo, yo no puedo, yo no puedo dejar de hacer el evento, es que no puedo, porque sería un irrespeto a la comunidad, eso no nos funciona. Entonces mire, a través de la cultura, a través de los programas sociales podemos erradicar la fuerza de los vándalos (CNMH, taller La Loma, hombre, Medellín, 2015).

Un líder comunitario de la Loma narró cómo debió enfrentar a los grupos paramilitares que lo acusaban de ser aliado de las milicias por aparecer en algunas fotografías participando de actividades donde estaban también algunos milicianos. El líder enfrentó los señalamientos del comandante paramilitar exigiendo respeto por su trayectoria como líder comunitario, llamó la atención sobre el reconocimiento social que tenía dentro de la comunidad y el respeto ganado por su trabajo social. Afirmaba que a pesar del reclamo del comandante de las autodefensas, logró “salvarse” porque no salió huyendo, se mantuvo en el territorio confiando en que su trayectoria social quedaría demostrada frente a este nuevo actor armado que hacía presencia. La defensa de su trabajo, el hecho de mantenerse en el barrio y de responder frente a los señalamientos y cuestionamientos de los paramilitares fue, según él, lo que lo mantuvo con vida (CNMH, testimonio hombre, taller La Loma, 2015). De igual forma un líder de la junta de acción comunal en el barrio 8 de Marzo que intentaban organizar las fiestas comunitarias por el aniversario del barrio, contó lo difíciles que resultaban las negociaciones, pues eran tanto con ELN como con AUC. Pero las fiestas eran la única forma de integrar a la comunidad, de mantener el contacto con los pobladores y de reactivar los lazos de confianza y reconocimientos con sus líderes tradicionales.

Eran pequeños espacios en los que por cortos períodos de tiempo ellos lograban nuevamente ejercer su liderazgo, recordarles quiénes eran y lo que habían logrado. Estos eventos permitían, además, socializar informaciones sobre el desarrollo de algunas actividades barriales y gestiones ante organismos gubernamentales.

Dábamos algún mensaje, algún logro como el bachillerato nocturno, comentábamos lo nuevo que habíamos logrado, hacíamos un recuento de la historia del barrio, eso lo hacíamos y lo seguimos haciendo. Después de las fiestas de aniversario las cosas volvían a la calma, ellos seguían con su dominio (testimonio líder comunitario. En Nieto y otros, 2008, página 224).

Esta actitud no es una acción menor si consideramos que los grupos armados impusieron estrategias de terror para generar miedo y silenciar a los habitantes. Dicha interpelación y confrontación es directa, pero no involucra acciones violentas. Los habitantes del asentamiento de La Honda, comuna 3, narraron la manera como debieron enfrentar a los paramilitares desmovilizados cuando estos pretendían entrar a hacer parte de las organizaciones sociales. Si en un primer momento, cuando detentaban el poder armado, la táctica era no mostrarles miedo, en este segundo momento, cuando estaban desmovilizados y trataban de integrar sus organizaciones, la estrategia era no reconocerlos y hacer públicas y conocidas sus intenciones, por ello la importancia del acompañamiento institucional:

Hay algo y es que después de la desmovilización vino la reorganización en términos institucionales y legales de los paramilitares [...]. Desde el 2005-2006 hacen un llamado a todas las juntas de acción comunal de la comuna 13, y en todo Medellín yo creo, en Santa Inés, en Manrique. Uno de los grandes desmovilizados lo que hace es ir llamando a reuniones y llamó a la junta de acción comunal de La Cruz y de La Honda que eran las únicas de la comuna que no le habían copiado en los llamados anteriores. Entonces

lo que hicieron las juntas de acción comunal en ese tiempo fue ir a las organizaciones que nos estaban apoyando, la Pastoral social y demás, y ellos los asesoraron. De igual manera tuvieron que ir, eran tres tipos con las armas en la mesa y decían: “bueno, ustedes tienen que hacer parte de algunas de nuestras organizaciones o tener integrantes en sus juntas de acción comunal y desde ahí trabajar juntos, una idea muy organizativa”. Pero se les pararon en la raya y les dijeron que no, incluso fue alguien de la OEA a esa reunión y la Pastoral Social. Cuando vieron que no iban solos sino acompañados, entonces se timbraron mucho y como ellos estaban recibiendo ciertas garantías legales no podían imponer demasiado porque si no sus procesos judiciales se iban a pique, entonces fueron cuidadosos. El hecho fue que La Cruz y La Honda en ese tiempo no se le arrodillaron al control paramilitar. Igual siguieron las organizaciones brindando apoyo (CNMH, entrevista colectiva La Honda, hombre, Medellín, 2015).

Las personas intentaron poner un freno, marcar un límite, de manera individual o colectiva, aprovechando actos públicos o hablando directamente con ellos en sus casas, intercediendo por sus familiares o por los vecinos para controvertir órdenes, para impedir su presencia, para reclamar por sus actos. Tanto frente a grupos armados consolidados en el barrio, como frente a aquellos que recién llegaban e intentaban someter a la población con el miedo.

Desobedecer era una forma de resistir: “Ellos han aprendido es cómo hacerles el quite y cómo mejorar sus condiciones, eso se centra mucho en cómo mejorar su vida” (CNMH, entrevista, mujer, antropóloga investigadora del desplazamiento forzado, Medellín, 2016). Tal vez esta frase ilustre bien en qué consiste la desobediencia en contexto de dominación. Así, por ejemplo, encontramos testimonios de personas que prefirieron desplazarse antes que obedecer o, por el contrario, aquellos que decidieron quedarse como una forma de desobedecer las órdenes de abandonar sus casa.

Una mujer en la zona nororiental contó la historia de cómo desobedeció la orden de abandonar su hogar y optó por encerrarse en su casa y no salir más para que pensarán que ya no vivía nadie en ella (Patricia, entrevista. Museo Casa de la Memoria. Habitante del barrio popular 2). Esa decisión de quedarse a pesar de todo y atrincherarse fue también practicada por muchos empresarios de la ciudad durante los años ochenta y noventa. A pesar de la violencia del narcotráfico, del riesgo inminente de que sus empresas fueran compradas por los grupos de narcotraficantes, de tener que enfrentar cambios sustanciales en sus estilos y ritmos de vida para protegerse y proteger a su familia, los empresarios decidieron permanecer en la ciudad. Como afirmaba un empresario, ellos se atrincheraron en las mismas instituciones que habían creado para proteger sus intereses gremiales a inicios de la década de los ochenta:

Porque sí hay una amenaza clara a la estabilidad empresarial de Antioquia, sobre todo el Valle de Aburrá, y yo lo siento mucho cuando me toca hablar de estas cosas: sirvieron esas amenazas en que la gerencia no se fue de aquí. Se atrincheraron en Proantioquia y en esas instituciones; comenzaron a arroparse y ahí sí aparecieron los gremios. Y como la gerencia no se fue de aquí y, por ejemplo, estas empresas estaban agonizando [...] y un rico comprando y yo bregando a defenderme aquí y entre toda esa solidaridad que se creó nace el GEA que antes se llamaba Sindicato Antioqueño (Lopera, 2016, páginas 16-17).

La resistencia acabó por ser un aprendizaje social y familiar. Uno de nuestros entrevistados afirmó que le llamó la atención a su hijo para que evitara involucrarse demasiado con las milicias. Hacer como si obedeciera, pero no involucrarse de lleno con ellos, pues tenía la certeza de que en cualquier momento ese poder no estaría presente y serían las mismas personas del barrio las encargadas de señalarlos como colaboradores. Pero de la misma forma, cuando hicieron presencia los paramilitares él cuenta cómo simulaban aceptar su dominio, pero no cumplían las normas ni acataban sus mandatos:

Hubo muchas formas de resistencia mientras pasaba todo eso [...] con este señor que era de un bloque paramilitar X. Él era presidente, a mí me contaban que cuando él estaba, mucha gente no iban a la asamblea, ellos se ponían de acuerdo, lo deslegitimaron y la Alcaldía no decía nada. Entonces lo que empieza es una desobediencia entre ellos para irlos sacando y luego retomaron una junta [...]. El asunto es que una cosa que dijeron en Medellín que dolía mucho era que todo el mundo se había arrodillado a los paras y eso no fue cierto y lo digo con mucho orgullo que lo que fue La Cruz y La Honda lograron resistir sin arrodillarse, eso fue muy bonito (CNMH, entrevista colectiva La Honda, mujer, Medellín, 2015).

Las diversas trayectorias de las víctimas les permitieron acumular aprendizajes en su recorrido. Así, una mujer narró el momento en que las personas de un barrio, la mayoría víctimas de la violencia se pusieron de acuerdo para no legitimar la autoridad de los grupos armados. La decisión consistía en no acudir a ellos para resolver sus problemas:

Entonces cómo vamos a solucionar el que los combos no vengán a solucionar nuestros problemas, de que los combos no sean los que vengán a solucionar nuestras dificultades. Porque si nosotros empezamos a que ellos sean parte de nuestras vidas, entonces ¿cuándo vamos a salir de ese punto donde ellos tienen la potestad sobre donde vivimos, sobre la familia? Entonces prohibido ir a poner quejas, prohibido ir a solucionar problemas con ellos, eso también nos puso a pensar: vamos a sentar y vamos a ver cómo solucionamos el conflicto del ruido, de que esto, que lo otro. Entonces empezamos hacer todas esas charlas y el encuentro de nosotros es muy chistoso porque se lavan los bloques cada 10 o 15 días y ahí nos contamos todo, y ya uno es con la emoción de que llegue ese día porque cada uno con la escoba, con el límpido se van contando todo, decimos que ha pasado, pero fue una forma de decir que quitarnos todo esto (CNMH, taller Mesa de Víctimas, mujer, Medellín, 2015).

Encontramos estas formas de interpelación y confrontación a actores armados en muy diversos sectores: profesores universitarios que se enfrentaron a grupos de encapuchados, maestros de instituciones educativas públicas que evitaron que hombres armados entraran a los establecimientos o se llevaran consigo a estudiantes o profesores, grupos de jóvenes (punkeros antimilitaristas) y líderes sociales que realizaron sus actividades culturales o de celebración muy a pesar de las órdenes de mantenerse en casa o de no usar el espacio público.

5.4.3.

Lugares de refugio: "yo sobreviví gracias a..."

Hay lugares de la ciudad marcados por la violencia y el miedo, sitios por los que pasar causa escalofrío sólo con imaginar las cosas que allí ocurrieron y que fueron señalados en los ejercicios de memoria realizados: las casas de pique, las canchas, la esquina, el F2 en Belén, por mencionar sólo algunos. Pero hay otros que significaron lugares de refugio, de posibilidad de escape y de vida: las casas de la cultura, las casas juveniles, las organizaciones culturales, las escuelas de música, los colegios, universidades, bibliotecas, iglesias y las familias o grupos de amigos se convirtieron en lugares estratégicos que permitieron encontrar una alternativa a la violencia. Es importante destacar algunos de los relatos que dan cuenta del significado y la importancia de esos lugares. Fue allí donde el germen de la resistencia cotidiana frente a la violencia dio su fruto, fue allí donde se gestó la idea del poder de lo colectivo como resistencia. Esos espacios que tuvieron su origen en la tradición del convite, del trabajo comunitario, de la construcción colectiva, tan propio de las comunas de la ciudad, permitieron que pervivieran otro tipo de sociabilidades, otras formas de concebir la relación con los otros y con el territorio.

Instituciones como Ratón de Biblioteca, el programa de Escuelas de Música, la Escuela Popular de Arte, la Casa Rosada en la comuna 13, Casa Kolacho, entre muchas otras, generaron en los jóvenes que los frecuentan una posición diferente frente al mundo:

Lo chimba²⁰⁴ de Ratón de Biblioteca era que todo era literatura, había unas promotoras de lectura. Unas locas a mí me leyeron Anaïs Nin a los catorce, descubrí a Bradbury, descubrí a Juan Rulfo, descubrí unas bombas, y dejaban llevar los libros para la casa, y era gratis, entonces te llevabas cuatro o cinco libros y eso era uff [...] Ellos ya cuando me vieron que yo era tan entoncito entonces ya me hicieron del parche [...]. Entonces fueron como un montón de lugares donde yo llegué y donde esos adultos me dieron un sí, como una autonomía para hacer cosas ahí (CNMH, entrevista, hombre, habitante comuna nororiental, Medellín, 2015).

Fueron muchas las ocasiones en las cuales escuchamos la frase “yo sobreviví gracias a la biblioteca”, “gracias a la Fundación”, “gracias a la Corporación”, esos lugares que propiciaron otro tipo de sociabilidades más ligadas a las solidaridad, la confianza mutua, las artes, la cultura, la música, el teatro, la danza le permitieron a los jóvenes encontrar otras formas de relacionarse y de habitar sus propios territorios.

El testimonio de un hombre sobre los años ochenta es revelador sobre lo que significó el encuentro con esa otra opción: relató cómo su contexto familiar y barrial estaba marcado por la violencia, pero él supo encontrar en la lectura, los grupos culturales y las bibliotecas populares un espacio propio:

Una de las cosas que me ayudó muchísimo fue haberme vinculado a proyectos culturales desde los 14 años, de educación popular, de bibliotecas populares, de escritura, de lectura. Me parece

204 “Lo emocionante, lo interesante”.

que eso fue muy significativo y le puedo decir que casi todos los que sobrevivimos nos integramos a esos procesos de grupos juveniles, de organizaciones artísticas. O sea, eso me marcó y me llevó a ser profesor y a tener vocación de maestro y ese es mi horizonte porque siento que hay un compromiso muy fuerte como hecho reestructurativo y constructivo de otras posibilidades. Yo diría que soy hijo de una propuesta de educación que fue muy perseguida pero funcionó en los barrios populares (CNMH, taller mayores de 40 años, hombre, Medellín, 2015).

En el recorrido por la comuna noroccidental, la Casa de la Cultura de Castilla, la Biblioteca Popular de la Esperanza, la Fundación Picacho con Futuro, la Corporación Simón Bolívar, Casa Mía, los bares de rock, fueron nombrados como lugares de refugio, espacios que le permitieron a los jóvenes expresarse culturalmente, en una comuna donde el rock y el punk tenían una gran fuerza.

Los grupos juveniles liderados por la Iglesia fueron también espacios donde los jóvenes se sentían protegido y respetados: “Entonces casi que el refugio de uno era Pastoral Social o ahí con los grupos juveniles y como que yo pienso que en algún momento eso también hizo que la gente lo respetara a uno, pues porque veían que uno era una buena persona” (CNMH, testimonio, hombre, 2015). Esa idea de que ciertos lugares les proporcionaban un blindaje, un aura protectora, fue también enunciada por jóvenes hombre y mujeres que hacían parte de organizaciones sociales, casas juveniles y bibliotecas populares.

Las bibliotecas no sólo fueron un lugar alternativo frente a la violencia, literalmente se convirtieron en lugares de refugio frente a la guerra. La Biblioteca Comfenalco Centro Occidental en la comuna 13²⁰⁵ fue un

205 Inaugurada el 21 de diciembre de 1995, hacía parte del plan para el fortalecimiento de las bibliotecas públicas de la Consejería Presidencial Para Medellín y el Área Metropolitana y la Alcaldía de Medellín, las cuales convocaron a participar a las Cajas de Compensación Familiar.

ejemplo de resistencia en al menos dos aspectos: por permanecer abierta y funcionando a pesar de los fuertes enfrentamientos entre grupos armados de la más diversa procedencia, y por ofrecer una alternativa de vida frente a la guerra y por ser lugar de refugio y protección en medio de los combates. En varios testimonios los habitantes de la comuna 13 hicieron hincapié en el hecho que la biblioteca fue la única institución en permanecer abierta a pesar de la intensidad de los conflictos. Pero los bibliotecarios no sólo mantuvieron la biblioteca abierta, llevaron a cabo muchas acciones de resistencia frente a la guerra, en particular tratando de hacer de la biblioteca un lugar seguro frente a la violencia. Desde lo más básico, que era qué hacer en el momento de los enfrentamientos armados: cerrar las puertas para evitar que los combatientes entraran, ubicar un lugar seguro debajo de las escaleras para resguardarse, alejar a las personas de las ventanas, llamar a las casas de los niños para avisar que estaban a salvo y sólo cuando el enfrentamiento terminara los niños podrían salir. Hasta mantener una buena porción de agua aromática para darle a los usuarios e intentar tranquilizarlos. Durante los enfrentamientos era también común que a los niños les presentaran películas infantiles con el volumen alto para evitar que escucharan y así aislarlos de la situación.

Durante los días siguientes a la operación Orión, la biblioteca Centro Occidental de Comfenalco prestó un servicio esencial a la comunidad para acceder a la información básica y ubicar a sus familiares heridos o presos, lograr denunciar o hacer respetar sus derechos:

El Servicio de Información Local se volvió como un referente, “vea mi hijo no aparece, vea mi niño no sé qué, se lo llevaron no sabemos dónde está”. Entonces, claro, nosotros vamos a llamar a la Procuraduría, vamos a llamar a la Defensoría del Pueblo. Nosotros con ese teléfono todo el tiempo tratando de ubicar la gente llamando hospitales, a las clínicas que estaban ahí cerquita a ver qué heri-

dos había ahí, yendo a los entierros entonces claro la gente nos veía en todo eso y decían estos manes son de aquí, estos son de nosotros (CNMH, grupo focal bibliotecólogos, hombre, Medellín, 2016).

Desde antes, las y los funcionarios de la biblioteca intentaron crear un referente diferente al de la guerra para sus usuarios, crearon espacios lúdicos, recreativos y formativos que representaban una oferta cultural en la comunidad.

“El estudio” como lugar de refugio, la idea de “salir adelante” fue un referente frecuentemente asociado por los testimonios a las formas de resistencia y sobrevivencia. Resulta revelador el testimonio de un joven de la comuna 13 que relató la violencia sexual sistemática de la cual era víctima por parte de un paramilitar. A pesar de la violencia padecida durante largo tiempo, describe cómo “el estudio” fue para él su posibilidad de escapar a esa situación:

El conocimiento, el irme a la Universidad, el trasnocharme, mire, todos estas son cicatrices del trabajo, mi piel guarda los registros por mucho tiempo, por mucho tiempo, es algo genético, creo. Y esto son marcas que me recuerdan que haber encontrado en ese contexto del estudio, lo académico, prepararme para ser útil a una sociedad; funciona, da resultados, ¿sí? Estudiar para mí se convirtió en esa puerta de escape. En esa forma de resistir (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2016).

Durante finales de los años noventa y la década del dos mil fueron creados varios lugares de encuentro de las víctimas, considerados también como lugares de refugio. Las Madres de la Candelaria son enfáticas al afirmar que la Asociación es como su segunda casa, aquello de lo que no pueden hablar en casa, es expresado abiertamente entre sus compañeras, allí encuentran la comprensión y la solidaridad que buscan (CNMH, grupo focal desaparición forzada, Medellín, 2015). Las mujeres y hombres

víctimas de violencia sexual han encontrado en la Unidad de Víctimas y en particular en el servicio de apoyo psicológico un lugar para comprender lo que vivieron, para empoderarse y sobreponerse a la violencia a la que fueron expuestas.

5.4.4.

Cuando el espacio del trabajo es un campo de batalla: “haciendo frente”

Este apartado se centra en algunas profesiones que debieron enfrentar cotidianamente actores armados o situaciones de violencia o amenazas, así como salvaguardar, proteger vidas o mitigar los daños de personas bajo su responsabilidad, proporcionar alternativas o simplemente acompañar. Son sólo algunos casos que se espera puedan poner en evidencia la multiplicidad de acciones, estrategias y tácticas que las personas llevaron a cabo para sobrevivir y resistir en medio del conflicto.

En la ciudad, personas de muchas profesiones (medicina, educación, rama Judicial, bibliotecología, periodismo, comercio, transporte, sacerdotes, entre muchos otros) debieron hacer frente a las demandas de los grupos armados, desafiar sus órdenes, exigir respeto por los lugares de trabajo e incluso acceder a cumplir órdenes para proteger sus vidas o las de otros. En el taller de la Universidad de Antioquia, uno de los docentes de Medicina afirmaba que durante los años ochenta y noventa los médicos de Medellín debieron hacerse cautos en el lenguaje y en la manera de tratar los pacientes, pues nunca sabían a quién se estaban enfrentando (CNMH, taller Universidad de Antioquia, hombre, Medellín, 2015). Del mismo modo, en una entrevista con médicos de la ciudad, estos narraban las diversas situaciones a las que se vieron enfrentados, desde la atención en urgencias durante la época del terrorismo de las bombas, hasta las acciones militares en

los barrios de la ciudad. Eso llevó a que algunos médicos en Medellín sean hoy especialistas en atención de emergencias e incluso entrenen a otros médicos en el país (CNMH, entrevista colectiva médicos, Medellín, 2016).

Los docentes de escuelas y colegios debieron enfrentar a los actores armados para preservar la neutralidad de las instituciones educativas. El rector de un colegio en la comuna nororiental durante la década de los noventa contó como tenía que negociar con los actores armados para proteger el colegio y sus estudiantes, no sólo de los cobros de cuentas de bandas o narcotraficantes, sino también de milicias que pretendían “limpiar” el barrio de supuestos bandidos (CNMH, entrevista, hombre, profesor, 2016). Estos docentes no tenían más recurso que la palabra y el diálogo, su autoridad y legitimidad social para enfrentar a estos actores:

Hubo un momento en que un capitán del Ejército que llegó al colegio, y cuando yo miré, todas las puertas de los salones tenían un soldado, todo el colegio estaba militarizado. Como tenía tres sedes, ellos fueron a buscar a un niño de 13 años en el colegio para llevarse-lo. Van a rectoría, entonces yo les digo que no lo podía entregar, que yo se lo entrego es a los padres de familia, y dijeron que necesitaban hacerle una indagatoria porque él está expendiendo droga. Y yo les decía pero cómo se llama, y me dio el nombre. Y le dije permítame yo busco en la secretaría a ver en qué grado está porque son 1.200 muchachos [...]. Yo llamé al coordinador y le dije que el muchacho lo escondieran como fuera, pero que no lo fueran a entregar. Efectivamente al muchacho lo escondieron en el sótano de una casa al frente. ¡Claro! Los rectores no colaboran, ellos son los que tiene los muchachos, están escondidos [afirmaba el militar] y daban un informe por radio. Pasaron dos años y el muchacho se graduó en el colegio, él estaba en séptimo y se graduó, yo luego hable con él, le comenté y le pregunté que qué es lo que pasaba, y me dijo: “Es que mi abuelita empaca la droga en unas cajillas de fósforo y yo las llevo a la terminal, yo las entrego”; él me contó todo. Cuando el muchacho me cuenta, uno tiene que definir lo ético, la formación y entonces yo

empiezo a preguntarle y me dice que ellos no tienen de qué vivir: “mi abuelita no tiene”, pero que ya están dejando eso, el caso es que las condiciones que se dan ahí es eso, y que todo lo que uno hace, una ayuda humanitaria imprimiendo unos principios (CNMH, entrevista, hombre, educador, Medellín, 2016).

Educadores en la comuna 13 enfrentaron milicias, guerrilla, Ejército y paramilitares. Incluso algunos de sus estudiantes hacían parte de esos ejércitos. Ellos, al igual que el rector de la comuna nororiental mencionado, sólo tenían la palabra para resistir, incluso cuando eran señalados como auxiliadores o promotores de los otros grupos armados:

Nosotros de alguna manera pues también nos les paramos en la raya, pues les dijimos que no, que el colegio no era una zona de guerra, era una zona neutral, que ellos no podían irrumpir así en la institución así fueran parte del Estado. Entonces ellos nos acusaron de que nosotros cantábamos [...] el himno de las FARC. Nosotros dijimos que eso era totalmente mentira, que eso nunca había pasado, que si ellos tenían pruebas nos las mostraran, si tenían grabaciones, todo eso porque eso nunca había sucedido. Entonces pues a regañadientes terminaron por aceptar y salirse del colegio (CNMH, grupo focal educadores, hombre, Medellín, 2015).

Por su parte, los y las periodistas optaron por narrar la guerra a pesar de los riesgos que enfrentaban y que cobraron la vida de algunos de ellos. Las masacres, los carros bombas, los magnicidios, los atentados eran los temas predominantes en la agenda informativa, particularmente en la década de los noventa. Es el caso de los corresponsales y el personal administrativo de *El Espectador* que debieron enfrentar las arremetidas de Pablo Escobar contra el periódico. Las amenazas eran permanentes hasta que en octubre de 1989 asesinaron a Marta Luz López, administradora de la sede del periódico y jefe de publicidad y a Miguel Arturo Soler, jefe de circulación. Carlos Mario Correa (2008), corresponsal en Medellín para el diario, ofrece un relato que constituye un testimonio de resistencia,

sobrevivencia de los periodistas. En su libro nos cuenta cómo lentamente el periódico fue haciéndose invisible para protegerse de los ataques, cómo era vivir con la incertidumbre y zozobra por la inminencia de una bomba, qué hacían día a día para mantenerse con vida. Un fragmento de su libro es particularmente elocuente sobre cómo el periódico, pero también la ciudad, fue lentamente cerrando sus espacios vitales y contrayéndose para huir del peligro, para hacerse imperceptible:

La sala de redacción quedaba en una de las habitaciones que daba hacia la calle. Un mes después de mi ingreso nos tocó abandonar la primera pieza y nos corrimos a un cuarto interior, pensando que si ponían la bomba, el peligro era menor adentro de la casa. Por esos días nadie llevaba carro a la sede, era menos arriesgado llegar a pie o en taxi. [...] La suma de nuestros temores nos fue arrinconando y finalmente, debido a los numerosos atentados en Medellín y a la información de la policía sobre una inminente bomba a la sede de *El Espectador*, nos metimos tres piezas más al fondo, hasta terminar en la cocina. Allí acomodamos de la mejor manera posible todas las oficinas de *El Espectador* (Correa, 2008, páginas 31-32).

Tal vez uno de los hechos más significativos en términos periodísticos sea la creación de la sección Unidad de Paz y Derechos Humanos del periódico *El Colombiano*: Carlos Alberto Giraldo le sugirió a la directora del periódico, Ana Mercedes Gómez, crear una unidad especial para explicar, con un contexto más amplio, lo que estaba pasando en Medellín y en el departamento. Así nació la Unidad. Allí se registró la consolidación del paramilitarismo en la ciudad, los secuestros y crímenes de las milicias y de la guerrilla, el surgimiento de las organizaciones como las Madres de la Candelaria, las amenazas al IPC y a la Corporación Jurídica Libertad; la toma militar de la comuna 13 y de la 3. De este grupo surgieron fotógrafos como Jesús Abad Colorado y Natalia Botero, quienes nos mostraron en imágenes la dura realidad de la ciudad y del país.

Hubo también quienes se atrevieron a contar otras historias, de esas que es necesario estar muy atento para vislumbrar. Los periodistas de *La Hoja*, periódico local que surgió en 1992, se atrevieron a mirar a Medellín con otros ojos para mostrarnos a personas protagonistas de historias minúsculas, desgarradoras algunas veces, pero llenas de vida. Las crónicas y reportajes publicados en el periódico mostraron que había otra Medellín y que valía la pena internarse en ella.

5.4.5.

Gritos, susurros, silencios: las formas de contar, expresar o negar la violencia

Hasta ahora se ha mostrado cómo las organizaciones sociales lograron establecer contactos, redes y alianzas con instituciones y ONG locales, nacionales e internacionales para denunciar lo que pasaba en la ciudad. Los pobladores de Medellín, organizaciones e instituciones no dudaron en hacer visible la realidad de lo que se vivía. La ciudad se pensó e invitó a otros a pensarla para tratar de encontrar salidas. En este apartado se indaga sobre las formas cotidianas en que las personas lograron o no hablar de lo que pasaba, denunciarlo, y de los riesgos que ello representaba.

Denunciar la violencia asociada al conflicto armado con el propósito de que algo cambiara, dar a conocer la situación, buscar solidaridad, fue un recurso muchas veces usado. Ya vimos cómo algunas de las acciones colectivas de resistencia tienen como propósito fundamental llamar la atención hacia los fenómenos de violencia, denunciar, exigir soluciones, proponer pactos, reglas de juego, defender esos pactos. Pero hubo también individuos que se atrevieron a denunciar a pesar de los riesgos que corrían.

Dos casos estuvieron presentes en el recuerdo de los empresarios entrevistados: Pablo Peláez, exalcalde de Medellín, y Germán Posada, ganadero. Ambos pagaron con sus vidas haber denunciado públicamente el narcotráfico:

Pablo Peláez en esta reunión fue muy crudo y muy crítico contra los narcotraficantes y se atrevió a decir cosas muy fuertes en público. Y en ese evento, un evento público, había, no sé, 500 personas. En el Palacio de las Exposiciones había una mesa larga, él estaba muy cercano al centro y dijo unas cosas muy duras ahí. Muy parecidas a las que dijo German Posada en una asamblea del Fondo Ganadero de Antioquia y se apoyó en un mural que tenía la oficina del Fondo Ganadero y había unos buitres y unos gallinazos y empezó a decir quién representaba cada gallinazo y entre ellos metió gente de Medellín vinculada con la mafia y con Pablo Escobar. Después de esos dos discursos los mataron a los dos. Violentemente. A Germán Posada lo persiguieron, él iba manejando su carro, lo persiguieron. El tipo trató de escaparse hasta que tuvo que parar el carro, lo chocó, no recuerdo, y ahí lo acribillaron. A Pablo es parecido: iba con su chofer en el carro de Holasa, en El Poblado y lo acribillaron ahí, miserablemente (Lopera Becerra, 2015, página 28).

Hablar alto y claro era un riesgo, pero muchas personas lo asumieron como un compromiso social impostergable. Del mismo modo, los universitarios han buscado por todos los medios hacer público su rechazo a la violencia y llamar al diálogo como alternativa. La palabra ha sido su principal estrategia para sobrevivir y resistir a la violencia²⁰⁶. Los actos violentos tuvieron respuestas en medidas de seguridad representadas en más vigilancia, cámaras, requisas en la entrada y salida, entre muchas

206 A finales de los años noventa hubo presencia clandestina de grupos de la guerrilla y paramilitares en la Universidad de Antioquia y una relación compleja de desconfianza, tensión y confrontación abierta con la fuerza pública. Los diferentes grupos armados realizaron acciones violentas en la Universidad, como el asesinato de profesores, estudiantes y del administrador de una de las cafeterías. Estos eventos dificultaban la acción colectiva pues los integrantes de la Universidad preferían silenciarse y no participar por temor a las represalias, incluso algunos de ellos debieron salir del país.

otras (Pérez Toro, 2015). Pero también se llevaron a cabo campañas de sensibilización y actos simbólicos que tenían como objetivo hacer un llamado a respetar la integridad de los miembros de la comunidad universitaria y sus instalaciones²⁰⁷. Reunirse para tratar de comprender esa violencia a la que se vieron enfrentados fue una práctica inherente a su quehacer, de ahí que fueran frecuentes las iniciativas de diálogo y concertación como encuentros, “mesas”, “comités” o “comisiones”, conformadas por diversos públicos: estamentarias, multiestamentarias, institucionales o interinstitucionales o aun multisectoriales.

Otros también encontraron en la potencia de la palabra y la denuncia una manera de gritarle a la sociedad lo que vivieron. Las mujeres víctimas de violencia de todo tipo han encontrado en el colectivo Ave Fénix una forma de representar y visibilizar a través de la escritura la violencia vivida. Muchas de ellas han logrado con ayuda de la Unidad de Víctimas un proceso de transformación, de ser víctimas silenciosas a denunciar ante las autoridades y la sociedad lo que vivieron.

Después surgieron grupos de apoyo como para promover que la persona hablara, se promovió que la gente denunciara a través de las Personerías, la Procuraduría, la Fiscalía, pues entonces se fue derrumbando un poco el mito de que hay que guardar silencio y se empezó a hablar, aparecieron los museos de la memoria, las casas de la memoria, y las entidades pues [...]. Primero fue la Ley 1448 que promovió la ley de víctimas y eso dio como una autorización como para que la gente hablara de la violencia y se denunciara (CNMH, entrevista, mujer, sicóloga Unidad de Víctimas, Medellín, 2016).

²⁰⁷ Iniciativas que tuvieron origen tanto en el estamento administrativo como estudiantil y profesoral. Algunos ejemplos: Jornada por la vida y la seguridad (1998); Jornadas por la vida y Todos somos el blanco (2002-2004); Jornadas de Reflexión (2005); Cuida tu Alma (2005-2013); Abracemos la Universidad (2006); Y la muerte no tendrá señorío (2007); Libertad, bien sagrado (2007); Nuestra voz (2009); Un Alma con muchos rostros (2009); El espejo del Alma (2010); Ahora con el Corazón-Defendamos la vida como un bien supremo (2010); Soy de la Universidad de Antioquia y me identifico con ella (2010); Marcha silenciosa Artes (2010); Ahora con el corazón. Defendamos la vida como un bien supremo (2010); Cultura de la Legalidad (2103). Tornado de Pérez (2015).

Sin embargo, algunas personas decidieron guardar silencio. Las razones del silencio son muchas y tan diversas como los contextos y los sujetos. El miedo, la intimidación, la sensación de la inutilidad de la denuncia, las amenazas, la vergüenza, el no tener alguien dispuesto a escuchar, el temor a que no se creyera lo que se había vivido, o la percepción de ser la única persona que le había pasado algo similar, entre muchas otras, fueron las razones esgrimidas por los entrevistados. Una mujer, habitante de la comuna 13, afirmaba que el silencio era una forma de proteger a sus hijos del odio y el deseo de venganza. Ella guardó todo su dolor y angustia para proteger su familia del horror que significaría la violencia sexual a la cual fue sometida. Pero además desconocía que había muchas otras en su misma situación, fue su ingreso al programa de atención psicológica de la Unidad de Víctimas la que la llevó a comprender lo vivido, a dimensionarlo y a saber que había muchas como ella:

Yo lo callé, no le conté a mis hijos que eran muy pequeños, no se lo conté a mi esposo, no se lo conté a nadie, fui a un hospital demasiado golpeada, omití, negué, no dije lo del abuso sexual. Pero nunca pensé qué era que lo hacían, pensé que me lo hicieron a mí pero nunca me imaginé que se lo hicieron a otras personas (CNMH, entrevista, mujer, Medellín, 2016).

Un joven, también residente de la comuna 13 y víctima de abuso sexual, narró cómo guardó silencio por vergüenza: “eso me cambió la vida, yo no me sentía con ánimos, yo ya no era capaz de mirar a nadie a la cara, yo me convertí de cierta manera en un niño especial, en un muchacho especial. Yo no tenía interacción social, yo me sentía avergonzado, sentía como si los demás me vieran el letrero acá en la frente de “me violaron” (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2016). Así también lo narró una mujer víctima de estos abusos: “otra estrategia fue guardar silencio no decir nada, no ver nada, tratar de llevar la vida lo más normal posible y pues como protegerse uno” (CNMH, taller con víctimas de violencia sexual, mujer, Medellín, 2015).

Otra forma de silenciarse la contó el hijo de un abogado de izquierda, que narró cómo su padre, luego de verse perseguido y su familia amenazada, decidió renunciar a sus acciones político: “mi padre renunció conscientemente a sus aspiraciones políticas por la protección de su familia” (CNMH, grupo focal creadores, hombre, Medellín, 2015). Otro relato revelador de estos silencios lo presentó una mujer, habitante del barrio Villa Lilian, a quien le asesinaron su hijo. Ella sabía quién era el asesino, aun así, debía actuar como si no supiera nada:

Era muy horrible, muy duro, porque uno con miedo porque era un asesino, yo lo saludaba normal, y yo sí decía “ay Dios mío bendito, dame paciencia, que yo pueda pues ver a este hombre y no decirle nada”. Mi esposo decía lo mismo, no, eso era mejor como comer callado porque yo todavía tenía cuatro hijos para sacar adelante (Archivo de Testimonios, Museo Casa de la Memoria).

5.4.6.

Solidaridad y protección: levantarse día tras día

Las acciones de solidaridad y protección se encuentran unidas, porque a veces la línea divisora entre estas no es muy clara y hay acciones que terminan correspondiendo a los dos sentidos. Lo que sí es claro es la necesidad de dar cuenta de este tipo de acciones, ya que han sido fundamentales no sólo para la sobrevivencia de las personas, sino para generar posibilidades de continuar la vida y los procesos sociales a pesar de las violencias y las victimizaciones vividas.

En muchos relatos es posible identificar formas muy diversas de protegerse y de tejer lazos de solidaridad para hacer frente a la violencia y sobrevivir. Algunas permanecen en el tiempo e incluso a veces en diferentes grupos y sectores poblacionales, otras emergen según las circunstancias de

cada momento: tipo de victimización o posible victimización, diferencias en el control territorial por parte de los grupos armados (control homogéneo o territorios en disputa), el día o la noche, entre otras circunstancias.

Durante los momentos de mayor confrontación entre grupos armados o de incursiones armadas del Ejército o la Policía, las personas aprendieron a acudir a ciertas acciones para sobrevivir: “trancar las puertas” para evitar que durante los enfrentamientos entraran a las casas; identificar los lugares de las casas que eran más seguros: los baños, la parte trasera, aquellos lugares de la casa contruidos con material (adobes y cemento); no dormir sobre los colchones, sino debajo de ellos; colocarle cintas a las ventanas para que en caso de explosiones o disparos los vidrios no explotaran sino que se resquebrajaran; identificar los lugares del barrio que eran seguros y donde podían guarnecerse en caso de enfrentamientos.

En el contexto de la operación Orión en la comuna 13, un habitante del barrio Belencito Corazón, dio cuenta de un repertorio de acciones de protección, con la diferencia de que en la siguiente historia se dio de manera continua:

Todas las noches llegábamos muy temprano a casa para “atrincherarnos” en nuestras casas, exactamente en el cuarto de mi madre, debajo del colchón de la cama de ella, ya que la mayoría de las noches había enfrentamientos entre la guerrilla o los paramilitares contra el Ejército. Esas noches eran aterradoras, horas de disparos, balas sobre la casa, el sonido que hacían al romper el viento, ese inolvidable silbido de muerte manchado de sangre, mi madre nos contaba cuentos o historias mientras esto sucedía para evitarnos un posible trauma (CNMH, estrategia “Llegó la carta”, carta 14, Medellín 2015).

La anterior historia también refleja una acción de sobrevivencia y de cómo una mamá piensa no sólo en la protección física de sus hijos, sino también en la protección emocional cuando decide, en medio de las con-

frontaciones, contarles cuentos para tratar de hacer menos difícil la situación.

Las mujeres y sectores LGBTI han tenido que desarrollar sus propios códigos para sobrevivir y protegerse, algunos de ellos están relacionados con invisibilizarse para no parecer atractivas o llamativas a la vista de los actores armados:

Yo soy de la comuna 13 y me acuerdo que cuando niña, yo no era niña, era un machito más, porque estaba a cargo de mis hermanos, porque violaban mucho a las niñas entonces yo no me echaba el brillito porque me daba miedo ser una más violada encontrada en una manga. Era muy común cada 8 días, los fines de semana, encontraban en la manga al frente de mi casa una niña muerta, violada con una varilla introducida hasta acá, porque si esto está grabado lo van a estudiar y encuentran reportes de que esto es verdad (CNMH, grupo focal de violencia sexual, mujer, Medellín, 2015).

Pero esa acción de camuflarse e invisibilizarse era mucho más frecuente y no se limitaba sólo al riesgo de la violencia sexual o de la estigmatización, era también una práctica de muchos de los sectores de izquierda política o líderes sociales para protegerse. Camuflarse, estar atentos a la calle, quién te seguía y cómo llegar a la casa o al lugar de trabajo: “esa fue una época en la que como dicen ustedes ahí tocó camuflarse, como camuflarnos, implementar medidas de seguridad desde que salías de la casa hasta llegar a la Universidad, desde que salías de la Universidad hasta llegar a la casa, para dónde te movías, cómo te movías” (CNMH, taller mayores de 40 años, mujer, Medellín, 2015).

Incluso los policías debían cuidarse, pues era justo el camino de la estación hasta llegar a sus casas el que resultaba más peligroso. Ellos llamaban antes de salir para sus casas, con el fin de verificar que todo alrededor estuviera normal, que no hubiera sujetos extraños o situaciones

anómalas. Como estrategia de sobrevivencia, en las familias de policías también recurrían al ocultamiento de la identidad. Sus madres o esposas debían poner a secar los uniformes en los baños, ocultos de los ojos de los vecinos, para que no supieran cuál era su profesión (CNMH, grupo focal policías, hombre, Medellín, 2015).

Algunos empresarios también narraron cómo sus vidas cambiaron, en particular durante los años noventa, en el auge de la guerra contra el narcotráfico. Ellos y sus familias modificaron sus hábitos en la vida cotidiana. A lo largo de las entrevistas con empresarios fue evidente como este sector de la sociedad comenzó a realizar cambios en las rutas de movilidad, formas de vestir, el carro en el que se transportaban, hacían lo posible por no ser llamativos. Los empresarios debieron encargar sistemas de seguridad privada para ellos, sus empresas y sus familias, portar armas, crear circuitos de protección:

Entonces recuerdo mucho esas anécdotas: alguna vez, en alguno de los tantos entierros a los que había que ir, me bajé del carro blindado, los guardaespaldas estaban al lado, yo andaba en la parte de adelante del carro, yo no andaba atrás. Estaba con el changón [arma de dotación] al lado, entonces el changón se vio y la gente se quedó horrorizada. Mire dónde estamos (CNMH, entrevista, hombre, empresario, Medellín, 2015).

Encerrarse, crear esquemas para protegerse, cuidar las amistades, invisibilizarse, camuflarse, cambiar las formas de hablar y de expresarse, todas esas acciones lo que hicieron fue romper el tejido social y el sentido dotado a lo cotidiano: “¿podemos recuperar en forma inmediata la calidad de vida que hemos perdido en Medellín? ¿Podemos volver a restaurantes, ir a conciertos, a teatro, a cine? Los problemas de seguridad en Medellín nos obligaron prácticamente a enclaustrarnos en nuestras propias casas” (CNMH, Entrevista, hombre, empresario, 2015).

La seguridad privada fue otra estrategia de protección. Las unidades cerradas o la contratación de vigilancia privada (guardaespaldas) para protegerse: a ellas han acudido tanto personas de estratos altos de la ciudad como líderes políticos que se han visto amenazados y desconfían de las fuerzas del Estado:

Cuando él quedó de diputado, él hizo unas denuncias de la primera masacre que hicieron los paramilitares aquí en un pueblo de Antioquia. Entonces a él le hacen un atentado al frente de la IV Brigada, nosotros vivíamos aquí por Laureles y él va para la casa y le hacen el atentado en todo el frente de la IV Brigada. Lógico que él tenía derecho a escoltas del Gobierno, pero él no confiaba en ellos y tenía privados, yo creo que por eso salvó esa vez (CNMH, grupo focal exilio, mujer, Medellín, 2015).

Las acciones de solidaridad, el organizarse, protegerse y construir colectivamente son lo que ha permitido que la ciudad no sucumba a la violencia. Muestran una serie de tejidos entre vecinos, familiares, víctimas, ONG, organizaciones comunitarias y universidades, los cuales en ocasiones han sido fragmentados, pero nunca totalmente eliminados, porque siempre están emergiendo nuevos apoyos y procesos de solidaridad y resiliencia. Además de las mujeres, los hombres y los jóvenes también se han unido y han tenido acciones de solidaridad para protegerse, particularmente esto se ha visto en contextos donde hay confrontaciones armadas o reclutamiento forzado. Entrar o salir de los territorios en grupos, acompañándose unos a otros; llamar a ciertos locales que son claves para pedir información sobre el estado de seguridad del barrio; ir a los entierros, acompañar a los dolientes en esos momentos de aflicción. Los grupos de mujeres de los asentamientos de desplazados que emprendían largas caminatas en busca de alimentos para toda la comunidad.

Las mujeres, a través de lo simbólico, lo espiritual, el rol y la fortaleza que les da el ser madres, la capacidad e importancia que le dan a

la socialización y la palabra, podrían catalogarse como “titulares” de las acciones de solidaridad, sin desconocer el importante papel que juegan otros grupos poblacionales como los hombres y los jóvenes. En el caso de las mujeres víctimas de violencia sexual, el compartir con otras mujeres que han vivido experiencias similares, hablar sobre eventos que no le han contado a nadie, les ayuda a dejar de sentirse seres aislados y muchas veces culpables, y empiezan a redimensionar la victimización vivida. En estos casos el acompañamiento sicosocial²⁰⁸ individual o grupal, ha sido fundamental y así ellas lo reconocen, ya que de estos acompañamientos han surgido importantes procesos de sanación y solidaridad para ellas.

Los espacios de escucha entorno a lo simbólico: la luz, las flores, el agua, un abrazo, han sido muy importantes en los procesos de sanación de las mujeres, porque son espacios de apoyo, solidaridad y acompañamiento entre ellas misma. Es el caso de Mujeres Tejiendo por la Paz, lo han hecho aun sin el apoyo de profesionales o alguna institucionalidad, así lo expresa una de sus integrantes:

Por ejemplo nadie cree pero una velita prendida, las florecitas, el abrazo que nosotros nos damos es una parte de la reparación que nosotros simbólicamente recibimos. [...] Estos talleres para nosotras de tanta violencia nos ha traído mucho beneficio, de ir aceptando estas cosas, de ir las aceptando, no de olvidarlas, pero sí de ir aceptando e ir llevando la vida un poco más tolerante porque era que aquí hemos llorado, pero sí que hemos aprendido de esto (CNMH, taller de memoria, mujer, Medellín, 2015).

El rol de madres y la consideración que sobre la familia tienen las mujeres, es una condición que las ayuda a sobreponerse ante las pérdidas:

²⁰⁸ En este acompañamiento hubo una referencia importante a instituciones como la Universidad San Buenaventura, la Universidad de Antioquia, la Universidad Luis Amigó, Provisame, Museo Casa de la Memoria, Corporación Matamoros, Fundación Corazón Verde, Corporación Ave Fénix, entre otras.

Lo que me ha ayudado a salir de esta situación es el amor de madre, los valores que uno como madre le inculca a los hijos. Así su padre haya sido asesinado, hay que inculcarle valores y respeto a los demás. Sin odio y sin venganza. Nadie se muere por el dolor más duro, hay que seguir viviendo, por los hijos, por la familia (CNMH, taller de memoria, mujer, Medellín, 2015).

Los jóvenes también reconocen la importancia del afecto como una estrategia que posibilita, constituye y representa la solidaridad, dentro de la cual destacan el papel que tiene la mujer como protectora:

Personalmente lo que me protege a mí [...] yo a muchos sitios no puedo ir, a muchos sitios de la ciudad, yo estoy amenazado en varios lugares, pero yo ando con la tranquilidad de la cadena de afectos, es la cadena de afectos lo que me mantiene vivo. Es la gente que nos quiere, la gente que nos respeta y nos mantiene vivos, ¿cierto? Entonces esa cadena de afectos es también el respeto, el respeto de llegar a tal territorio y no es que "llegó jehhh!". O sea, cualquier parche o una unión entre comunas, y no somos visajosos²⁰⁹, ni les prometemos a la gente cosas que no podemos hacer, no, hacemos con la gente. [...] Nuestra raíz principal. Empieza por las doñas ¿sí ven? Es las doñas que están ahí: la abuela, las mamás, que están ahí y que están según eso, una cosa de familia y esos son los únicos que nos pueden proteger, pues es lo que vemos (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

Para finalizar, hay un relato que sintetiza la importancia de las acciones de solidaridad y protección, mediadas en gran medida por la organización social y por el papel de las mujeres:

¿Por qué sobrevivió esta ciudad? Yo creo que, primero que todo, por dos cosas: porque asociarse, el trabajo comunitario aquí ha

209 "Ser discreto, no llamar la atención".

sido muy bonito, ha sido fuerte y ha sido un ejemplo para el país. Y segundo porque esta ciudad tiene muchas mujeres. Yo con el movimiento de víctimas me di cuenta que una sociedad se levanta dependiendo de la labor de la mujer ahí. Una mujer tiene una cosa: que es terca. Es terca hermano y el día que usted la ofenda, se embolsó, te lo recuerda toda la vida, pilas. Y esa mujer se va a negar, nunca se va a negar a olvidar a su hijo, a su ser querido, va a luchar siempre por ello y esta sociedad yo no sé cómo encuentran las mujeres para levantarse día tras día después de todo lo que han vivido, lo que han sufrido ellas en carne propia y por sus seres queridos. Pero esas son las que nos han dado muchas veces el ejemplo para salir adelante y las mujeres ni siquiera te hablan de venganza. Las mujeres te hablan de justicia y creo que es una cosa que debe quedar clara en cualquier informe, porque una gente dice que muchas veces uno recuerda pa' reclamar venganza. A mí me han enseñado mucho las mujeres y por eso también he cesado mucho como mi activismo, como mi condición de accionar insurgente sino mi accionar de derechos humanos es porque las mujeres me enseñaron que uno por lo que tiene que clamar es por el tema de justicia (CNMH, entrevista, hombre, Medellín, 2015).

5.5.

A modo de síntesis

Medellín resistió a la violencia gracias a la confluencia de acciones individuales, de organizaciones sociales y respuestas institucionales que permitieron encontrar salidas a momentos de crisis. La ciudad resistió y sobrevivió porque sujetos, comunidades y colectivos se organizaron para comprender lo que pasaba, trabajar juntos y superar sentimientos como el miedo, la angustia y la desesperanza.

La década de los ochenta está marcada por la defensa de los derechos humanos y la presencia de organizaciones como el Comité de Defensa de

los Derechos Humanos y el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, entre otros, que denunciaron la violencia política contra estudiantes, profesores, sindicalistas, líderes sociales.

En el momento más fuerte de la violencia, los primeros años de la década de los noventa, la Consejería Presidencial Para Medellín y su Área Metropolitana y la Nueva Constitución Política de 1991 crearon un marco institucional de posibilidades que permitieron a las organizaciones sociales debatir públicamente, en diversos escenarios, sobre el futuro de la ciudad, las prioridades de las comunidades y la definición de políticas públicas. La Consejería y los escenarios de debate y participación como los foros ciudadanos, las mesas de trabajo y el Seminario Medellín Alternativas de Futuro, sentaron las bases de lo que sería el Plan de Desarrollo Estratégico para Medellín y lo que en buena medida representa el cambio sustancial de la ciudad.

Durante el segundo momento crítico, entre 1995 y 2005 es posible identificar dos etapas: la primera entre 1995 y 2003 con fuerte presencia de población desplazada en la ciudad que buscan visibilizar en el escenario público su problemática, las condiciones de precariedad en que viven y las permanentes amenazas que reciben por parte de los actores armados. Una segunda, entre 2004 y 2014, en que tanto organizaciones de desplazados como otras organizaciones de víctimas empiezan a surgir y a demandar la garantía de los derechos que la legislación les otorga. En este lapso hay un uso recurrente de lo simbólico y la lúdica para denunciar las acciones violentas, reclamar justicia y reparación y construir una memoria colectiva sobre hechos de violencia que marcaron la ciudad y sus habitantes en las tres últimas décadas. En las organizaciones surgieron otros protagonismos diferentes a los tradicionales, los jóvenes y las mujeres fueron esenciales. Las y los jóvenes con el recurso al arte, la cultura popular, la música. Y las mujeres con el discurso de la justicia y el reconocimiento y con su acción persistente de visibilizar los daños.

La población de Medellín encontró siempre formas de resistir a los intentos de dominio y control de los diferentes grupos armados. Acciones de resistencia subterránea, simulación de connivencia o adaptación fueron usadas en toda la ciudad, como parte de un repertorio de estrategias singulares de supervivencia que van desde la confrontación y el cuestionamiento a las pretensiones de imponer un orden o un castigo, hasta aquellas acciones invisibles que evadían las normas o permitían reconfigurar una cotidianidad perdida por la guerra.